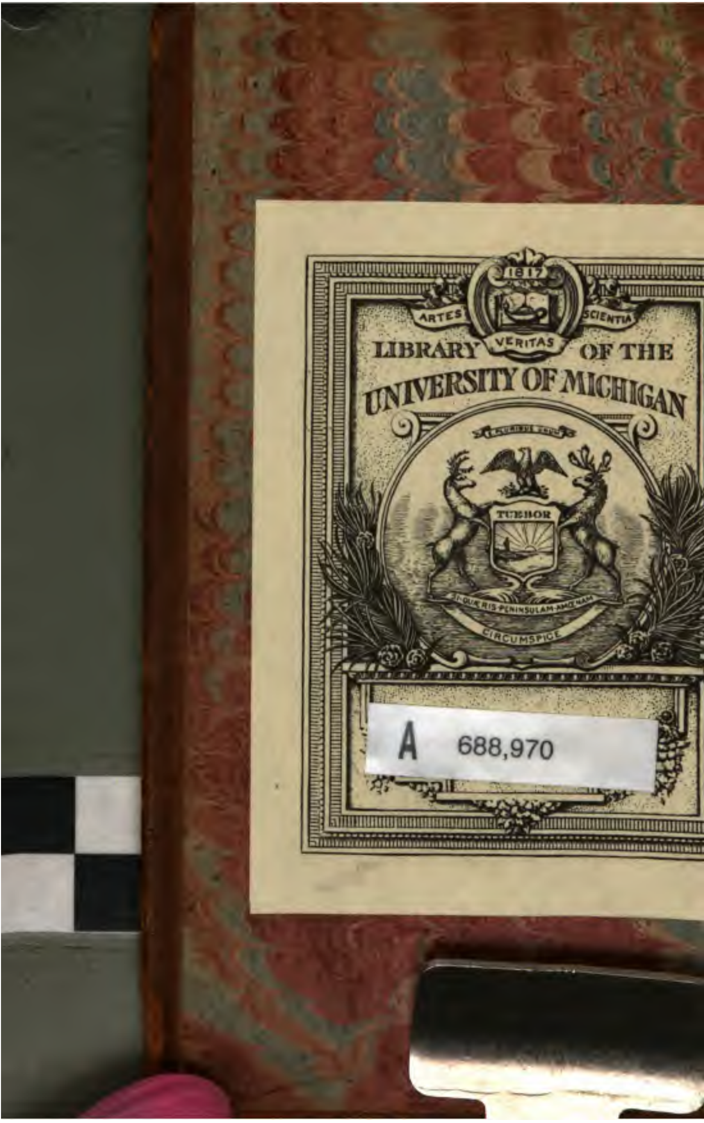



1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE
A 688,970



[illegible] 50

GALATÉO ESPAÑOL;

SU AUTOR

LUCAS GRACIÁN DANTISCO,
criado de S. M.

AÑADIDO

EL DESTIERRO DE IGNORANCIA, QUE ES QUATERNARIO DE AVISOS CONVENIENTES Á ESTE NUESTRO GALATÉO:

Y LA VIDA

DEL LAZARILLO DE TORMES, CASTIGADO.



CON LICENCIA: BARCELONA.
EN LA OFICINA DE JUAN FRANCISCO PIFERRER, IMPRESOR DE S. M.
M. DCC. XCVI.

DEL LICENCIADO
Gaspar de Morales.

SONETO.

Dichosa suerte, tiempo venturoso,
Edad felice, llena de alegria,
Dó se descubre claro en este dia
Grandeza de un ingenio milagroso:
Con larga mano el Cielo poderoso
Te dió valor, saber, cortesanía.
La gala, discrecion y gallardía
Con que tienes el mundo tan gozoso;
Pues hoy al ignorante haces prudente,
Al mas discreto tornas cortesano,
Pones en perfeccion al que no sabe,
Publícate por luz toda la gente,
Y espejo en que se mira el mundo ufano,
Gracian, de discrecion perfecta llave.

DE LOPE DE V

al Autor.

SONETO.

Alegres nuevas, venturoso di
Dichoso bien, del Cielo enriquec
Albricias os demando, albricias p
De la nueva que traigo de alegri
Los que buscais recato y policía,
Perfecta gracia del cortés pulido,
Sabed por cosa cierta que ha ven
La curiosa Princesa cortesía.
Espejo de vivir, claro dibujo,
Comun provecho, aviso, y noble
Ofrece, en quanto pida el buen
Llamase el Cortesano que la trajo
Gustoso, general, gracioso, gra
Gracian, galan, gallardo, Galaté

AL AUTOR.

SONETO.

La hermosa y muy discreta gallardía,
Hija del Cortesano buen deseo,
Tuvo un hijo llamado Galatéo,
Que en virtud y valor resplandecia:
Mamó la leche de cortesanía.
En su buen trato, zelo, ornato, arréo:
Su mucha gentileza y limpio aséo,
Es tal, que el mas galan por él se guia.
Este se nos presenta aventajado
Con otros exemplares documentos,
Por otro Galatéo que le iguala.
Quién corrige defectos sin enfado?
Quién da gusto y placer con dulces cuentos
Gracian y Galatéo, gracia y gala.

AL LECTOR.

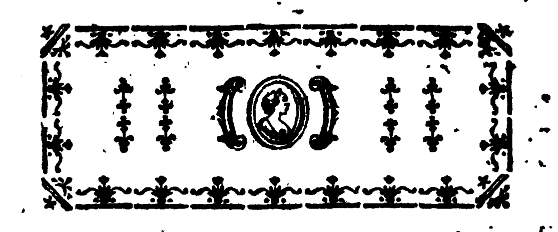
Habiendo visto en el discurso de mi vida por experiencia todas las reglas de este Libro, me pareció aprovecharme de las mas, que para el tiempo de la juventud pueden ser de consideracion, traduciendolas del Galatéo Italiano, y añadiendo al propósito otros cuentos y cosas que yo he visto y oído, los quales servirán de sainete y alhago para pasar sin mal sabor las pildoras de una amable reprehension que este Libro hace: que aunque vá envuelto en cuentos y donaires, no dexará de aprovechar á quien

tu-

tuviere necesidad de alguno de estos avisos, si ya no tuviere tan amarga la boca, y estragado el gusto que nada le parezca bien; pero los demás, si fueren tales, que no se hallen en esta pintura retratados, gustarán mucho de su pulideza, y buen cuidado. Y si alguna cosilla de estas le tocare, quedarán advertidos de ella, y corregirán su defecto sin empacho de nadie, con solo haber leído y pasado este Tratado. Bien sé que algunos dirán, que ¿cómo pasé yo por estas cosas, y advertimientos tan mal, y me hago maestro de ellas? pero respondo con el mismo Galatéo, que dice, que ántes, como escarmentado de haber estropeza-

zado en ellas, las pone para que otros no caigan tan sin aviso como él cayó; y así, yo quedo escusado, dando por principal descargo, el avisar con él á cosa mia tan propia, y en tiempo que no le puede ser reprehension, sino advertimiento, para que quando sea de edad se avise de lo que yo holgára me hubieran avisado, que (aunque he procurado vivir en gracia de todos) hubiérame guardado mas. Esta, pues, pretendo del curioso Lector, pues mi intencion es de servirle, sujetándome á recibir con amor la reprehension que me quisieren hacer.

El



El Autor dirige la obra á un hermano suyo, avisándole de lo que debe hacer, y de lo que se debe guardar en la comun conversacion para ser bien quisto y amado de las gentes.

Como sea cosa cierta que tú comiences aquel viage, en que yo hè la mayor parte de mi juventud gastado en esta mortal vida, por el amor que te tengo, he propuesto conmigo mismo demostrarte los pasos, por los quales yo he caminado, y estoy experimentado, para que quando fueres por ellos sepas dexar lo malo, y elegir lo bueno en la derecha vida de tu salvacion. Y porque tu tierna edad no es suficiente y apta à recibir estas reglas y consejos, guardandolos para su tiempo, quiero comenzar à tratar de los

que

que por ventura podrian parecer à algunos de poca substancia: y es lo que yo estimo que se debe hacer, para que comunicando y tratando con la gente seas bien acostumbrado, y tengas trato y conversacion apacible y agradable, que no es ménos esto que virtud, ó cosa semejante á ella; como lo seria el ser liberal, constante ò magnánimo: saber el modo, y manera de palabras y costumbres con que te has de gobernar. Y esta apacible conversacion tiene fuerza de incitar y respetar en tu loor y estima la voluntad y benevolencia de aquellos con quien hubieres de tratar y vivir. Y por el contrario, se debe desechar el termino grosero, y descuidado que podria causar odio, y mala voluntad y desprecio tuyo. Y puesto que no haya pena puesta en las leyes para los que conversan torpe y groseramente, (ya que la culpa no sea grave) básteles ser castigados con hacerse mal quistos de la gente; porque verdaderamente, así como los hombres temen los fieros y selvaticos animales, y (aunque no hacen cuenta de algunos chiquillos, como son las abispas y moscas, de quien no tienen ningun temor) con todo eso por el continuo enojo y enfado que se

recibe de ellos, mas á menudo se quejan de estos que de los otros grandes; y asi acontece, que la mas de la gente quiere tan mal à estos desapacibles hombres por su descuido, como á los que son malos y perversos. Por eso nadie debe dudar, que quien se dispone à vivir, no en las hermitas ó partes solitarias, sino en las Ciudades y Cortes entre las gentes que no le sea utilísima cosa el saber ser en sus costumbres gracioso y agradable, y de suerte que temple su conversacion y trato, no tanto á su alvedrio y voluntad, quanto al contento y agrado de aquellos con quien trata. Bien conozco que tu primera edad ha de ir por el camino trillado de la infancia, pasándola con sencilléz, y exercicios pueriles: pues Séneca siendo tan sabio (como fue desde su niñez) no los dexó, ántes cuentan de él, que habiendole ido á buscar à Córdova (de donde dicen que era) dos Embajadores Romanos, que se tenian por sabios, como le vieron entre los otros niños de su edad jugando al peon, se maravillaron mucho cómo siendo tan sábio hacia aquello, y no creyendo que lo fuese, se llegaron à él, y le preguntaron: ¿Qué haces, niño Seneca? Alzó la cabeza, y respondióles: Aqui es-

toy

soy dando al tiempo lo que es suyo. Ellos quedaron confundidos mirandose el uno al otro y no le osaron preguntar mas.

Segun esto, mal haria yo si pretendiese sacarte de tu curso, antes soy de parecer contrario; porque ni al niño le está bien hacerse viejo, ni menos al viejo hacerse niño, sino que en cada edad se dé, y guarde su punto. Pero bien gustaré que desde que comiences á tener uso de razon para entrar en el estado de juventud tengas vistas, y leidas estas cosas, de suerte que no enfades, y sepas dar contento. Y esto se debe tomar medianamente, porque el que se deleita de asegundar mucho el placer del que le escucha, puede ser tenido por juglar, ó por ventura lisonjero, ántes que por modesto gentil-hombre. Como tambien se podria llamar desapacible quien en el placer ó desagrado del que le oye no tiene algun cuidado. Presupongo primero y ante todas cosas, que se debe atender al oficio, cargo ó asiento en que cada qual ha de comer y vivir, ó á saber bien administrar su hacienda, y en esto preciarse mucho de él, porque sin ello no hay que hacer cuenta de estas reglas, y documentos, que para ser bien quisto, y amado

de

de la gente comienzo á dar. Como le aconteció á un discreto Ciudadano, que trayendole un casamiento para una hija que tenia rica y hermosa, le informaron lo primero de todo, de como era un gentil-hombre, de buena parte, gallardo, gracioso, discreto, y muy bien quisto; finalmente, qual yo pretendo figurar en este Tratado: el qual (despues de haber oído muy atento todas sus buenas propiedades) les dixo: Señores mios, todo eso es muy bueno para despues de comer, y de cenar, pero no me dices de qué oficio vive, y gana de comer: qué provecho tiene de su persona, ó en qué le pueden haber menester: y así quedaron atajados con todas las virtudes, y buenas partes que habian referido. Pues así ahora, debaxo de este presupuesto, en lo que es policía, digo, que nuestra manera de conversar es mas deleitable, teniendo mayor cuenta con el gusto de otros que no con el propio nuestro.

QUE COSAS SE DEBEN EVITAR.

Y si queremos investigar quales sean aquellas cosas que agradan generalmente los mas de los hombres, y quales sean las que los enojan, podrémos facilmente hallar en este Tratado, qué maneras se hayan de evitar en la conservacion, y quáles se deban elegir. Digamos, pues, que cada acto que es de enojo, ó enfado á qualquier de los sentidos, es á saber, que sea contrario al apetito, aquello que puede representar à la imaginacion cosas malas, torpes, y asquerosas, no solo no debe hacerse en presencia de la gente, pero ni aun nombrarlas ni traerlas á la memoria, haciendo algun movimiento, ó exercicio exterior.

Por lo qual se vé, que es mala propiedad de los que quando están con vos hablando os miran, y os afijan tanto los ojos en el rostro, que parece que vén alguna maravilla, y hanse visto algunos, que quando están hablando con otro, se le pegan tanto, que le dan con el aliento en el rostro, pues es cierto, que todos aborrecen el olfato de otros, puesto

to que no sientan en él mal olor. Pues ¿ qué sería, señores, si este tal no tuviese buen olor de boca, ó rociase quando habla, (como hacen algunos) que salpican á todos los circunstantes ? Digo que sería bastante causa de ser aborrecido.

Y yo he visto personas, quando ván encareciendo alguna cosa, bufar, y resoplar tan recio, que les pueden avisar que digan: Agua vá, ántes que hablen.

Tambien es malo, que en presencia de los que no son muy familiares, traigan las manos ocultas, y escondidas debaxo de la ropa, antes las deben tener descubiertas con cuidado, especialmente entre personas de respeto.

Tampoco seria cosa decente, que viniendo por la calle con otros, como suele acontecer, y vé, qual que perro muerto, ó alguna cosa asquerosa, volver á sus compañeros, y mostrarsela, diciendo: ¿ Habeis visto como hiede aquel perro ? debiendo ántes (ya que él miró) procurar que los que van con él no lo vean, ni reciban asco.

Asimismo es mala costumbre, quando por haber comido mucho, ó resfriandose les viene gana de regoldar, hacerlo con tanto descuido y sonido que todos

lo echen de ver, ántes debe de ser tan disimulado que no se le entienda; y algunos hay tan advertidos, que al tiempo que bostezan ó regueldan, traen la mano por el rostro como que igualan la barba, y tapan la boca en aquel punto; de suerte que no se echa de ver. Esto hacia bien al contrario un hombre que regoldaba con mucho ruido y afirmaba ser todo aquello salud, porque era evaquacion del ayre y frialdad del cuerpo; y loandose por esta via de su sanidad, le respondió uno de la conversacion, diciendo: Señor mio, Vmd. vivirá sano, pero no dexará de ser puesco.

Tambien parece mal el no tener mucho cuidado con las narices, porque hay algunos que resuellan muy recio por ellas, y à veces con las palmas las refriegan, y luego las manos una con otra, y otras veces meten los dedos por las ventanas de ellas, y se están haciendo pelotillas de lo que sacan allí delante de todos. Como tambien algunos suelen hacer fideos de la cera que cogen de los oídos, y en esta suciedad y descuido hemos visto caer á muchos.

Y mucho menos debe nadie usar el tomar en la mano alguna cosa que huela

mal, ó pueda dar asco, y llegarsela á otro cerca del olfato, para que vea como hiede; diciendo: Por vida vuestra que veais esto como huele mal, debiendo antes procurar que no la vea.

Pues asi como todas estas cosas, y muchas otras de esta manera, enfadan los sentidos del olér y del gusto, mediante el de la vista: asi tambien el rugir de los dientes, el frisar piedras asperas, el refregar el hierro desplace á los oidos, y parece que os dá en las muelas, y debese el hombre guardar de ello lo mas que pudiere.

Debe tambien procurar el hombre honrado abstenerse de cantar, (mayormente á solas) si no tiene la voz buena, ó bien entonada, de lo qual hay pocos que se guarden, antes parece que naturalmente los que mas malas voces tienen se recatan menos de esto: y pueden alabar esos tales, que cantan mucho, pero muy bellacamente. Son pues como aquellos que tosiendo ó estornudando hacen tan gran ruido que atruenan los que alli están.

Hay otros que escupen alto y contra el ayre: los quales en semejantes actos, usandolos sin discrecion, salpican la cara

á los circunstantes. Y hallase tal de estos, que bostezando, suena ó relincha como bestia; de manera, que con la boca todavia abierta quiere hablar, ó proseguir su razon, y echa fuera aquella voz, ó por mejor decir, aquel ruido que hace el mundo quando se esfuerza á querer decir algo, y no es entendido, y ofende á todos. Antes debe el hombre bien acostumbrado evitar el mucho bostezar lo mas que pudiere, (allende de las cosas sobredichas) porque parece que tiene algun descontento: y el que tanto bosteza dá á entender, que queria estár en otra parte antes qué allí, y que la conversacion donde está, y el razonamiento, y manera de ella le desagrada. Y aunque es verdad, que parece que no está en su mano dexar de bostezar, con todo eso si tiene el pensamiento empleado en alguna cosa, ora sea de deleite, ó de otra cosa no bosteza, porque no se acuerda de ello: pero si está ocioso luego piensa en ello, y por eso acontece, (como habremos visto muchas veces) que quando alguno bosteza adonde hay personas ociosas, luego bostezan todos, y anda una cierta conformidad, y correspondencia de bocas abiertas que parece juego de tontos: lo

qual

qual hubieran escusado, si aquel tal no se lo hubiera traído á la memoria: y en fin tanto quiere decir bostezar, como estar trastocado ó sin memoria. Hase pues de evitar esta costumbre tan desagradable á la vista, al oído y al gusto; porque usandolo, damos indicio de tener el ánimo adormecido y soñoliento, lo qual nos podria hacer poco amables de las personas con quien tratamos.

Hase visto asimismo otra mala costumbre de algunos que suenan las narices con mucha fuerza, y paranse delante de todos á mirar en el pañizuelo lo que se han sonado, como si aquello que por alli han purgado, fuesen perlas ó diamantes, que le cayessen del celebro.

Tambien es mala costumbre quando alguno mete la nariz en la vasija ó taza del vino, ó sobre la vianda que otro haya de comer, por ocasion de olér, ó hacer la cata para dár su parecer: antes no querria yo que probase mas de aquello que él solo há de beber ó comer, pues podria caer algo de la nariz, de lo qual el otro tendria asco, aunque en verdad no cayese; pues hasta la imaginacion es pesada cosa. Ni menos debe dár de beber á otro en el mismo vaso adonde él haya be-

bebido, quando no fuese muy familiar ó criado suyo, ni dár á nadie la pera ó manzana despues de haberla él mordido; porque no guardarse bien de todas estas cosas, caso que parezcan de poco momento, en fin las pequeñas heridas ó golpes, si son muchos ó muchas veces dados, pueden causar muerte.

Quiero, pues, contar al proposito de esto lo que aconteció en Verona, Ciudad de Italia, adonde hubo un Obispo muy sabio, asi de escritura, como de policía, llamado Don Juan Matéo Gilberto, el qual entre otras sus loables costumbres, fue muy cortés, y liberal, honrando en su casa á los Gentiles-hombres pasageros con aquella medianía de aparato que á su estado convenia. Acaeció, pues, que pasando por alli un caballero, llamado Conde Ricardo, pasó algunos dias con el Obispo y su familia, que todos eran curiosos, pulidos, y de costumbres loables; y como en el trato y comunicacion hallasen al Conde discreto y gentil caballero, le tenian en mucho precio y estima: pero solo le hallaron un pequeño defecto en sus costumbres, (en el qual el Obispo, y sus criados cayeron luego) y asi tomó acuerdo con ellos, sobre como se lo dirian

rian y avisarian de manera que no recibiese enojo. Pues habiendose de partir el dia siguiente el Conde, despedido del Obispo, y rendidas las gracias de la cortesía que con él habia usado, llamó el Obispo á un su discreto criado, nombrado Galatéo, (de quien este Libro tomó el nombre) y le mandó, que saliese á caballo con el Conde, por via de acompañarlo, y fuese con él algun trecho, y quando le pareciese tiempo, con muy dulces palabras le avisase de aquel defecto que tenia: el qual lo puso por obra, y acompañandole, yá que se queria despedir con rostro muy alegre le habló de esta manera: Señor mio, el Obispo mi Señor me mandó diese á vuestra Señoría de su parte las gracias de la merced que le ha hecho, por haberse querido servir de su casa, y en recompensa de tanta cortesía, me mandó que yo os hiciese un presente, y os suplíca mucho le recibais con ánimo agradable: y el dón es este. Vos, Señor, sois el mas discreto, gallardo, y gracioso caballero de quantos ha visto ni tratado; por lo qual habiendo con buena atencion examinado vuestra buena manera de proceder, no halla en vos otra cosa que sea sumamente digna de loor,

 fue-

fuera de un acto ó ruido disforme
haceis con los labios, y con la boca, r
cando á la mesa, que es muy desapaci
y os envia á suplicar recibais en luga
dón esta amable reprehension, y adve
miento ; os hace cierto, que no
otro alguno en el mundo, que tal, ni
buen presente os haga. El Conde, que
defecto no habia hasta entonces mira
ni tenido quien se lo hubiese avisa
oyendo reprehender, se paró un
colorado; pero como valiente hom
tornando á tomar buen corazon, di
Direis al Obispo, que si asi fuesen t
los presentes que los hombres se ha
unos á otros, como el suyo, ellos se
harto mas ricos de lo que son; y de
ta cortesía y liberalidad usada conm
le dareis por mí infinitas gracias, ase
randole, que de mi defecto me guar
bien de aqui adelante: y asi se desp
de él.

Ora, pues, ¿qué creeriamos nosc
que hubiese dicho el Obispo, y su n
familia, á aquellos que vemos á ma
de puercos con el ocico en la comida
todo metidos, y sin alzar la cara, ni
bolver los ojos, y mucho menos las
nos de la vianda, y con entrambos ca
l

llos llenos, que es como si tañesen trompeta, ó soplasen la lumbre? esto por cierto, no sería comer sino engullir, los quales emporcando las manos hasta las muñecas, ponen de tal manera las servilletas, que las rodillas de fregar quedan mas limpias, con las quales no tienen verguenza de limpiarse muchas veces el sudor, que por la priesa que se dán á comer les corre de la frente y de la cara, y al rededor del pescuezo, y á buelta de esto se limpian tambien las narices: verdaderamente los tales no merecian ser recibidos, no solo en aquella pulida casa del Obispo que diximos; pero debrian ser echados de entre los hombres bien acostumbrados.

En las comidas, y regocijos no te señales en ser asqueroso, como algunos que tienen por donaire hacer cosas sucias, rebolviendo los manjares y la bebida, midiendo los estomagos de los otros por el suyo; porque (aunque parece que se rien, y gustan de ello) le han de acusar de sucio, y grosero, y entre gente práctica y pulida parece mal. Y los curiosos, sirvientes y criados, que se ocupan en el servicio de la mesa, no se deben en ninguna manera rascar la cabeza, ni otra

parte del cuerpo delante de sus Señores, en especial quando comen, ni tener encubiertas las manos en el seno, ni en otra parte; antes las deben tener descubiertas, y tan limpias, que no parezca en ellas señal alguna de suciedad.

Y aquellos que sirven los platos, y la copa, diligentemente se abstengan de escupir en aquel tiempo, ó tosér, y mucho mas de estornudar, porque en los actos semejantes tanto vale, y asi enoja á los señores la sospecha, como la certidumbre.

Y si acaso hubieres puesto peras ó manzanas á asar, ó pan á tostar sobre las brasas, no lo has de soplar para quitar la ceniza que tubiere, porque se dice que no hay viento sin agua; antes lo debes sacudir ligeramente en el plato, ó con argumento y maña para desviar la ceniza. Lo mismo acontece á los que para quitar alguna pagilla, ó qualquiera otra cosa, están soplando el vino que han de beber sus amos; y suele ser ordinario de algunos para templar el caldo, que está quemando, estár soplando; pues no siendo muger, ó cosa propia, de quien no se pueda tener asco, es cosa inconsiderada.

No ofrezcas á nadie tu lienzo de nari-

ces

ces para que se limpie, por muy limpio y lavado que esté, porque aquel á quien tú le ofreces no lo sabe, y podria tomar asco de ello.

Todas estas costumbres, y malas propiedades, y qualesquier otras á ellas semejantes se han de evitar; porque pueden enojar á alguno de los sentidos de aquellos con quien tratamos, como tengo dicho.

DE OTRAS COSAS contrarias al Entendimiento, y al Gusto.

HAgamos, pues, ahora mencion de aquellas cosas que sin enojo de algun sentido desagradan el gusto de las mas personas, en cuya presencia se hacen.

Primeramente debes saber, que los hombres naturalmente apetecen, y se inclinan á diversas cosas, porque algunos quieren satisfacer á la Ira, y algunos á la Gula, otros á la sensualidad, y otros á la Avaricia, y finalmente otros á otros deseos y pasiones: para enmienda de los quales hay tantos remedios en nuestra santa Fé; y metiendo cada uno la mano en su seno, verá qual de estos apetitos le

ha-

hace mas guerra, para poner mayor tencia al que con mas fuerza le bate.

Parece, pues, que apetecen los bres aquello que les puede concede acto del comunicar, y conversar con otros; y esto puede ser amor, ra, y pasatiempo, ó alguna otra c éstas semejante; pues no se debe ni hacer cosa, por lo qual se dé á señal de poco amor, ni desprecio.

Por lo qual, poco gentil costu es aquella que muchos suelen usar, c es dormirse adonde en honesta junta conversacion estén razonando; po haciendolo asi por puro descuido, pa que no los estiman, y que hacen caso de aquel tal razonamiento: de de entender, que el que duerme está cuidado, y tan á su sabor, que suele chas veces roncar, ó hacer alguna desagradable al oido ó á la vista, y mı menudo se halla estár sudando, la entre abierta con mucha fealdad. Es t bien mala costumbre enderezarse, ni vantarse en pie adonde otros están a tados hablando, ni pasearse en tal sa por el aposento; porque son como aq llos que se menean, y se están brindan

y desperezos bostezan, revolviendose á un lado, y á otro, que parece que en aquel punto les toma la fiebre ó cesion.

Mal hacen tambien aquellos, que estando entretenidos en semejante conversacion, sacan una carta, ó villete de la faltriquera, ó del seno, y se la ponen á leer alli delante.

Y peor los que con unas tigeras, ó cuchillejo se ponen á cortar, ó raer las uñas, que es como si no tubiesen en nada aquella conversacion, y que se paguen mas de otro entretenimiento para pasar aquel tiempo.

No se debe tener tampoco aquella manera que algunos usan, como es, cantar entre dientes, ó tabalear con los dedos, ni menear las piernas, porque quien esto hace parece que no se cura de otro.

Ni se debe el hombre revolver en el asiento, ó en pie, de manera, que muestre á otro las espaldas, ni tener la una pierna sobre la otra, ni tan alta, que aquella parte que cubre los vestidos se pueda vér, especialmente persona Eclesiastica. Y mucho mas se deben recatar de esto las mugeres, á quien les está mejor el sosiego, para no estár meneando los pies, ni temblando las rodillas, tomandoselas con las manos. Tam-

Tampoco se debe estár de codos en la mesa, ni en las sillas muy recalcado y brincandose ; porque semejantees cosas no se suelen hacer sino entre aquellas personas que el hombre no respeta. Verdad es, que si un Señor hiciese esto delante de sus criados, ó en presencia de algun amigo de menor condicion que él, no mostraria soberbia, sino amor, y amistad.

Debese el hombre tener sobre sí, y no apoyarse, ni recostarse á otro, y quando con alguno habláre, no le ha de estár dando con el codo, ó con la mano, como muchos suelen hacer á cada palabra, diciendo : Qué digo? No es esto verdad? Oidme, Señor Fulano, y todavia les están sacudiendo con las manos en los pechos, y asiendolos de los botones. Y yo ví uno, que tenia tal maña en esto, que desabrochaba á quantos hablaba. Finalmente os están estos siempre asiendo del sayo ó capa, ó de otra parte, para que les oigais, sin jamás estár quedos, ni saber hablar con reposo; que podeis decir quando salís de sus manos, que quedais batanados y molidos.

Bien vestido debe andar cada uno, segun su estado, y edad, porque de otra manera parece que en quererse señalar

des-

desprecia la gente, y por eso solian los Ciudadanos de Padua tomar pasatiempo quando veían algun gentil-hombre Veneciano andar por su Ciudad en sayo.

Y no solo debe el hombre vestirse de fino paño, seda ó raja; pero hase de esforzar de allegarse lo mas que pudiere al uso de los otros Ciudadanos, y someterse á su costumbre, aunque acaso le parezca á él menos acomodada, y pulida que lo antiguo. Y si en toda la Ciudad se usa traer atusado el cabello, no debes traer cabellera. Ni donde otros Ciudadanos andan con la barba larga te la debes tú cortar; porque esto es contradecir á otros, y la contradicion de usos y costumbres no se debe hacer sino en caso de necesidad como dirémos despues, porque esto nos puede hacer odiosos de la gente mas que otra qualquiera mala costumbre.

No se debe nadie oponer, ó contradeçir al comun uso en cosas tales, ni solo seas el que en tu barrio traigas la ropa baja hasta los pies, adonde todos los demás la traen muy corta, poco mas abajo de la cintura; porque ni mas, ni menos te acontecerá, como al que tiene el aspecto, y rostro feróz, que su natural tan feo hace que toda la gente se rebuelva á mirar-

tarle como cosa extraordinaria. I
mo es en los que traen su vestido
el uso ordinario, solo conforme
mor y voluntad, ó que quieren t
cabello y barba muy largo, ó po
mo muy atusado y corto, fuera de
se usa. Y que siendo mozo traiga
ra muy llana y estendida, un so
bajo, casi como de muger, ó las
guillas, y guarniciones de sus cami
disformes de grandes, y sin propo
porque á estos tales, todos se vue
mirarlos, y á señalarlos, y ellos es
esto muy ufanos, como aquellos
quales les parece que han querido
al uso comun, contra todo el p
del Pueblo.

Han de ser, pues los vestidos
asentados, y que vengan bien á las
nas; porque los que tienen vestidur
eas y nobles, pero mal entalladas,
aseo, no parecen ser hechas á sus
pos, y dán á entender una de dos
ó que los tales no tengan ningun cu
de sí, ó que no conozcan lo que
ser gracia ó mesura, ni cumplim
alguno con las gentes.

Tampoco, por el contrario,
bueno ser tan demasiado curiosos en
q

que gaste lo mas del tiempo solo en pulirse y ataviarse; y hay algunos de tal manera, que ponen todo el gusto, y su felicidad y cuidado en sus vestidos y compostura exterior: y por otra parte son frios, é inutiles, y de poca substancia en su trato y conversacion, que no son mas que para mirados, ó topados en la calle, y en las juntas á donde otros de su jaéz se rien, y huelgan, y se descomponen, como es en el campo, y otras holguras de esta manera, están ellos tan mesurados, y compuestos, como si fuesen figuras de bulto muy pintadas. Y hallanse algunos de ellos tan Narcisos, y satifechos de sí, que si como se miran en espejos se mirasen en agua, no dexarian de ahogarse. Estos, pues, martirizan tanto los cuerpos, apretandose y entallandose, que se ha visto algunos no asentarse todo el dia por no ajar las calzas, y como ván tan estirados y haciendose pedazos, quedan tan cansados quando se ván á dormir como si hubiesen peleado todo el dia.

En el tiempo que se comenzaron á traer calzas abultadas, algunos mancebos dieron en meter trapos, y otras muchas cosas en ellas, tanto que hubo quien metió en sus follados aros de cedazo, y otras in-

invenciones, casi con tanta codicia
sancharse, como algunas mugeres
en estos tiempos en traer sus verd
anchos y pomposos, en la qual n
no me meto por ser tan ancha, y ta
de coronistas, que cada dia dicen d
solo diré, que el recato que las m
solian tener en los pies, despues que
verdugados se les ha subido á la gar
y juegan al trocado con el uso; por
entrais á vér una Dama, que por cas
rebuelta, ó al descuido, si se hal
aquel cuello tieso, y postizo que
usan, aunque se le parezcan los pie
causa del verdugado, antes echa ma
la funda del pescuezo para taparle
acuda á tapar los pies; y en tiempo
sados, no solo no se cubrian en sus c
pero llevaban descubierto cuello, y
quando salian fuera: otro extremo
contrario de lo que usan.

Pero tornando á los verdugados
culinos, que son la pompa, y bayet
las calzas, contaré aqui lo que aconte
uno, que quiso aventajarse tanto en
que atestó de salvado un follado de te
pelo que traía; y estando sentado en
na conversacion delante de unas Da
adonde él deseaba mostrar su bizar

pulidezas, hablando algunas cosas, á su parecer de donaire, con el mucho placér que tenia, no sintió una pequeña herida que se le hizo con un clavo de la silla en el uno de sus dos costales de salvado, que aunque fué el mal de calza, lo sintió despues en el alma. Pues como él se fuese meneando, y estirando con mucha gallardía, iba destilando el salvado poco á poco sin que lo echase de vér; pero las Señoras, como estaban frontero, y lo vieisen, que parecia con el movimiento harina que salia de tolva, reianse mucho de esto, mirandose unas á otras, y el galan pensando que su buena gracia, donaire, y plática fuese favorecido, reiase á la vuelta de las Damas, y gustaba tanto, que como se iba encendiendo mas la conversacion, tanta mas cantidad de salvado daba su molino. Crecia por momentos la risa, asi de verle tan confiado, como de la mucha sangre que le salia de la herida, hasta que de vér él mismo el monton de salvado que habia caido, cayó en la cuenta, y disimulando su corrimiento, se despidió, y se fue á remediar su mal, á donde pudiera ser hallado, como dicen, por el rastro de la sangre.

Mejor que éste se aprovechó de las

bayetas de sus calzas un preso, que llamandole á visitas sobre cierto achaque de que le acusaban, como fuese en el tiempo que se habia puesto Pragmatica, sobre que no se pudiese traer bayetas en las calzas, y él llevase sus afollados muy atestados, dixeron los Alcaldes, que ¿cómo traía calzas contra la Pragmatica? El qual comenzó á dár su descargo de esto, y fue descargando poco á poco de lo que tenia dentro, y asi sacó de las calzas dos sábanas, y dos tablas de manteles, quatro camisas, y una escobilla, y espejo, peynes, y tocadores, y otras cosas de su menester, diciendo, despues de tener embarazada la Sala con toda aquella municion: Sepa Vuestra Alteza, que como no tengo otro aposento mas seguro, sirvenme estos muslos de recámara á donde guarda mi hacienda, que segun hay de estrechura en esta carcel, no es mal aposento, que hartos hay en él que le tienen por bueno: y asi fue admitido, y bien reido su descargo y le mandaron que no mudase la hacienda de sus aposentos, sino que desembarazase la Sala, y lo guardase como le pareciese.

Pues volviendo á los usos, digo, que hay algunos tan amigos de su volun-

que aunque parecen mal en su manera de trages, y conforme á su estado, pueden andar bien, no lo quieren hacer por no sujetarse al uso comun y ordinario. Asi á este proposito cuentan de un vecino de Salamanca, que con ser hombre de mucha hacienda, andaba vestido de viejo, pero traía debajo del brazo el paño, y seda que tenia nuevo para vestirse, para que viesen que no lo hacia por dexar de gastar, (pues traía consigo la costa) sino por vér en qué paraban los trages que en aquella sazon andaban, los usos por la posta. Hombres todos notados, y rebeldes á lo que es policía, estima, y buen cumplimiento.

Tus vestidos, pues, conviene que sean segun la costumbre de los de tu tiempo, manera y condicion; porque nosotros no tenemos poder para mudar el uso á nuestro parecer y antojo, antes debemos andar con el tiempo. Bien es verdad, que hay caso en que pueden tener licencia de no vestirse puntualmente al uso; como quando uno tubiese las piernas muy largas y delgadas, ó muy gordas, fuera de lo ordinario, en tal caso podria alargar sus vestidos un poco mas de lo que se usa. Y asimismo si alguno las tubiese

tuertas, ó desproporcionadas, no debe traer calzas de color muy subido por no convidar á los otros que vean su defecto; porque ni las vestiduras en el plático, y curioso cortesano han de ser demasiado lucidas, ni muy viejas y descuidadas. Ni es bueno quererse nadie señalar en los vestidos por diferenciarse de los demás, sino que cada qual vista conforme su estado, porque el Clerigo no ande como el Soldado, ni el Soldado como el Seglar.

Estando en Roma con Ludovico de Babero Castrucio, Duque de Lorena, y Senador de Roma, cuenta, que por bizarría y grandeza mandó que le hiciesen una ropa de camelote carmesí, y en el pecho, escrito con letras de oro, un mote, que decia de esta manera: Egli é como Dio vuole; y detrás en las espaldas otro, que decia: Esata como Dio vorra. Esta era ropa, que me parece á mí, que convenia mas á su trompeta, que al mismo Castrucio; pues los Potentados no lo deben hacer aunque son libres de toda ley: ni alabaria yo al Rey Manfredo en andar siempre vestido de verde. Por esto se debe tener cuenta siempre con lo que se usa, sin dár que decir, ni causar admiracion á nadie: como procuraba ha-

cer

cer un discreto Embajador, que habiendo de ir con su embajada á un Reyno estraño, y adonde le decian que habia trages muy barbaros, envió delante, para que le tubiasen hecho el aposento á un su Mayordomo, diciendole: Tenedme hechos vestidos, y ajuar conforme al uso de la tierra: y mirad que si se usan albardas me tengais comprada la mayor del Pueblo. Por esto se han visto Embajadores ir con embajadas á Reynos estraños, y en entrando en ellos vestirse al modo de la tierra; pues es manera para ganar la voluntad del Señor, y negociar mejor. Y asi concluyo en esto de los trages, que aquellos que tratan de hacer poca estima de ellos son recibidos de mala gana, y con poco amor en las conversaciones.

DE LOS QUE CON HECHOS, *y obras son desabridos.*

IBamos diciendo de los que procuran ser contrarios á los demás, y mienten en los trages; y al proposito hemos dicho lo mal que parecen los extremos; pero aun hay otros que pasan mas adelante, que la sospecha, que sus hechos, y obras son tales, que con ellos no se

puede estár, ni dudar en conversacion; antes por su mala condicion les parece siempre mal todo quanto vén y oyen, y enfrian la conversacion, y el gusto de los que la tienen buena, y por la mayor parte la deshacen: y hay tales de estos que quando están con todos juntos asentados á la mesa para comer, las manos lavadas, ó por ventura la vianda traída, detienen á los demás, parandose á escribir una carta, ó procurando otra qualquiera ocupacion de poca substancia, ó se pasean un poco, diciendo: Buena hora es: bien se puede esperar un poco, ¿qué priesa es esta de hoy? Y tienen toda la compañía disgustada, como aquellos que no tienen respeto á otra cosa, sino á su voluntad, sin considerar el gusto de los demás que allí están.

Estos tales, allende de esto, quieren ser aventajados de todos, recostandose en los mejores asientos, y ser servidos primero que los otros; á los quales ninguna cosa les contenta, sinó lo que ellos dicen, ó hacen, torciendo el rostro, ó la boca á todo.

Algunos otros son tan estraños, y rebeldes en sujetar á su voluntad, que ninguna cosa se puede hacer que sea á su

modo, y siempre responden haciendo mala cara á todo lo que les dicen; y no cesan jamás de reñir, y dár voces, amenazando á sus criados y pages, y con esto tienen en continua tribulacion la compañia toda, como quien dice: A gentil hora me llamastes esta mañana: ¡mira que bien limpiaste esto? ¿Por qué dexaste de venir conmigo á la Iglesia? Bellaco, bestia, no sé yo como no te rompo la cabeza. Maneras todas muy desapacibles para delante de nadie, y tales, que aunque el hombre tenga su ánimo lleno de humildad, usando esto, no por malicia, sino por no mirar en ello, ó por mala costumbre, con todo eso dá muestras de soberbio en estos actos exteriores, y se hace mal quisto de la gente; porque la soberbia no es otra cosa sino el no estimar á otros, sino á sí: pues es asi, que cada uno quiere ser estimado, y bien tratado por poco que nos parezca que valga.

Tampoco se debe hacer ninguna cosa delante de otras personas, á quien desearíamos dár contento, que les muestre mas señorío, que amistad, antes debemos dár muestras de tener alguna reverencia, y mesura á la compañia con quien tratamos.

Por lo qual es reprehendido en s
te tiempo el reñir, ó decir malas p
á los criados, y mucho mas el c
los con bofetones, ó porrasos,
como una manera de mandar, y
exercitar su jurisdicion: lo qual n
be hacer delante de aquellos á q
bemos hacer honra; porque se
disgusto, y aguase mucho la c
cion, mayormente si estan á l
donde es lugar de placér, y no d
dalo, y por esto no le conviene
terarse. Y si acaso se enojáre, no
mostrar, ni dár á entender su pe
bre, y mas si tubiere forasteros p
vidados; porque habiendoles traí
servirlos, y dar contento, les es
do tormento, que es como qua
está comiendo alguna cosa mui a
aceda, vemos, que los que están
do, hacen tambien actos, y vi
acedia: asimismo el vér que ot
tiga nos turba, y dá pena.

Puedense tambien decir, que
chos al revés aquellos que en t
cosas son contrarios á los otro
se puede vér, que mala es toda
riedad para los que desean volve
animos de los otros, y pretende

se bien quistos, pues consiste solo en contradecir, y oponerse al placér de los demás; lo qual no es trato de amigos, sino de enemigos. Y por esto se esfuerce cada uno de echar de sí este vicio, y mas los que procuran ser amables á las gentes; porque en lugar de placér engendran odio, y mala voluntad: antes conviene que nos sujetemos á la suya, adonde no se pueda seguir daño, ni verguenza nuestra.

Tampoco se debe nadie hacer estraño y rustico, sino muy agradable y doméstico. Y debes saber que aquel se llama apacible, cuya conversacion, y manera es tal (en el comun uso y costumbre) qual los amigos usan con sus amigos, no acusandolos, ni increpandolos á cada cosa que hagan ó palabras que digan, antes les deben sobrellevar los defectos que tienen, y disimular con ellos; porque al que se estraña, y aparta de la conversacion le tienen por mal acondicionado, y como estraño; y por el contrario, los hombres domésticos y apacibles son tan buenos cortesanos, que donde quiera que ván parecen conocidos y amigos de cada uno, con mucha loa de su buen termino y trato apacible. Conviene, pues, que se muestren á saludar con buena crian-

crianza, y hablar y respond
manera, como si cada qual
tierra y conocido.

Esto hacen mal algunos,
tristes, y cetrinos, que á nadi
buena cara, y á cada cosa d
Estos tales no reciben honra,
ni caricia que otros les hagan
tan barbaros, no quieren se
ni les dán contento, ni se a
los motes, y cosas de gusto,
san todos los ofrecimientos. Y
cen: El Señor Fulano me dixo
ludase de su parte, y os visita
den: ¿Qué tengo yo de hacer d
des, ni visita? Fulano me preg
cómo estabades? Venga él, y t
pulso. Estos tales merecen ser p
dos de las gentes.

Tampoco es bueno ser nadi
cólico y triste, ni darlo á ente
que comunica y trata, aunque
debe comportar con algunos e
ó especulativos en algunas de
cias, y Artes liberales: y asi e
procuran pasarse á solas su trist

Ni menos debe ser el hombr
licado y achacoso, que sea men
darle la gente guardando, con

los tenores; porque con los tales, antes se tiene servidumbre, que compañia. Y son algunos de estos tan vidriosos y puntosos, que están mirando muy puntualmente, qué titulo les distes, y si tantico os descuidais con ellos, les nacen luego querellas y enemistades, diciendo: Vos no me llamasteis Señor, ni V. md. ni á la mesa me disteis el lugar que yo merecia, y me convenia: No me habeis venido á vér á mi casa habiendo yo ido á la vuestra. Esto se habia de hacer con un hombre de mis prendas; y otras muchas cosas semejantes á estas, que no hay quien las pueda sufrir, ni tratar; porque como se aman tan fuera de mesura á sí mismos, quedales poco espacio y lugar para querer á otros: y asi con facilidad, y por cosas de aire se deshace la amistad suya, como amistad cubierta con un velo delicadísimo, por lo qual no puede ser apacible, sino sumamente desagradable. Y esta tal ternura y delicadeza de trato, se debe dexar á las mugeres, digo de algunas tan frágiles y achacosas, que ponen su estima en cosas de puntillos, y gastan mas tiempo en averiguar sus niñerias de lo que sería menester, por el zelo, y poca seguridad que tienen unas de

de otras. Esto, pues, digo sin perjudicar á las mas, y de mejor trato, y tan suave, que hariamos harto en saberlas imitar.

DE LA MANERA QUE SE DEBE tener en el hablar.

PUedese errar en el hablar de muchas y varias maneras; y primeramente en la materia que se propone, la qual no debe ser fria, de poca substancia, ni baja y vil; porque los que la oyen, en lugar de recrearse, escarnecen la plática, y del que la dice tambien.

Ni tampoco en la buena conversacion se debe tomar tema muy sutil, ni esquisito; porque con fatiga se debia entender de los mas, y debese mucho guardar el que está hablando que no sea de suerte su plática, y conversacion que se pueda correr con ella alguno de los circunstante, ni pararse colorado, ó recibir pesar y afrenta de ella.

Ni menos se debe hablar de alguna suciedad, ni porqueria, aunque parezca agradable al auditorio; porque á las personas honestas no les está bien estudiar de dár contento á otros sino en las cosas honestas y decentes.

Y

Y mucho mas se debe cada uno guardar de hablar en las tales conversaciones, sin consideracion, ni respeto de cosas sagradas, ni hacer motes ó pasatiempo de ellas; porque el tal uso es de personas mal acostumbradas, y muchos hallarás tan discretos, que se apartan luego de allí donde desenvueltamente, y sin reverencia oyen hablar de estas cosas.

Y no solamente se debe hablar santamente, y con mucho respeto y consideracion de cosas de Dios; pero debe el hombre curioso, en todo razonamiento, procurar que las palabras dén testimonio de su vida y obras.

Pues quando en las conversaciones de la gente de suerte, y curiosa procuramos, para no errar, ni parecer groseros, reglas y avisos, mayormente delante de nuestros mayores, y amigos poderosos, á quien debemos respeto, y nos obligan á compostura y humildad, por mucho que seamos sus privados y favorecido: ¿quánto mayor cuidado, y vigilancia debemos tener en las Iglesias, y lugares sagrados, especialmente mientras se celebran los Oficios Divinos? Materia es que se dexa bien entender, y así en esto no me quiero meter, pues para hacer lo

que

que tanto nos conviene, tenemos las manos llenas en la Sagrada Escritura, de cuyos divinos exemplos, y santa cortesanía nos advierten los Predicadores y Ministros. Pero trataré solamente de quanta cordura sea, aun para lo que es policía, estár en la Iglesia de tal manera, que no se dé nota á nadie; por donde se vé, que hacen mal los que parlan, y están inquietos en semejantes tiempos y lugares: ni se deben hacer alli las reverencias con mucho ruido de pies, como en los Palacios, ni al despedirse de los Altares pretendan gallardía, sino humildad. Tambien es ceremonia superflua lo que muchos usan por manera de crianza con sus iguales, que es tomar el agua bendita, para echarla al que vá con él, pudiendosela él tomar, pues la gracia que recibe ha de ser con su obra. Lo menos que alli se pudiere pasear, ni volver las espaldas á las Imagenes, ni recostarse se procure, ni mirar con curiosidad los que entran, ó están en la Iglesia, ni hagas demasiados meneos, y visages quando rezares, como hacen algunos, alzando muy á menudo las manos, y estendiendo los brazos, como quien se despereza, besando los dedos, persignandose por todas las partes de su

cuer-

cuerpo, que pueden alcanzar con la mano, y haciendo á este tenor meneos exteriores, y tales, que desasosiegan, y se llevan tras sí los ojos de los circunstantes, pues mas se sirve Dios de los corazones, que no de las apariencias, y en fin, procura ser antes el Publicano en tal lugar, reconociendo su bajeza, que no el Fariséo.

Y si alguna cosa que vieres allí te moviere á risa, sea de manera que no impidas la devocion. Es verdad, que se suelen ofrecer cosas, algunas veces allí, donde mas es menester la compostura, que hacen salir de quicio á los que la tienen. Al proposito de esto no podré dexar de tocar, aunque de paso, algunas impertinencias que vemos, que por su buena intencion, se disimulan; y asi se vé muchas veces, que algunas personas ván rezando, y componiendo sobre las palabras que oyen, ó pueden percibir del Sacerdote, interpretandolas por el sonido solo, especialmente mugeres, que no cesan de hablar; y es muy comun, que quando oyen: *Per Dominum nostrum, &c.* dicen ellas; *Perdoname Señor*; y quando se vuelve al Pueblo: *La vuelta del Espiritu Santo me venga, &c.* Y se vió una vieja, que cada vez que el Clerigo decia; *Dominus vobiscum,*

cuit, iba ella glosando : *Los* (
Patriarcas , *los Cardenales sean* (
Asi á este proposito oí de
sona fidedigna, que estando
ger, de estas habladoras, enc
á Dios su casa, entre otras cos
dia, decia : *Suplícote Señor mio*
to, *que para fulanica*, *mi hija*
marido rico, *sabio*, *y gentil-h*
no sea jugador, *mugeriego*, *ni*
tras esto decia otras mil imp
tanto, que quando no se aco
que pedir á Dios, pedia : *Que*
taba allí en aquella oracion no
rase, *ni derramase la olla* ; *y*
fuese á su casa la hallase bien
sazonada. De creer es, que q
impertinencias oía, no podia
reirse, y apartarse á otro cabo
perder la devocion con estas
otras semejantes ; por lo qual,
al que las oye, y vé le viene
reirse con los que allí estubier
tanto recato que no se eche de
Volviendo, pues, con nuest
á lo que se debe hacer en la
cion, dixe, que es muy reprob
blar de cosas muy contrarias
y á las personas que nos oyen

aquellas cosas se hable, que de suyo, y á su tiempo dichas son buenas y aprobadas: por donde en los regocijos y fiestas, ni en las comidas no se deben contar historias melancólicas de plagas, muertes, infortunios, ni pestilencias, ni se haga memoria ó recuerdo de materia dolorosa, antes si alguno hubiese caido en contar algo de esto, se debe por buena y dulce manera desviar aquella tal plática, y ponerles en las manos otro sujeto mas convenible y alegre: aunque yo oí decir de un Filósofo antiguo, que afirmaba, que para conservacion de la vida humana es necesario que haya tiempo de llorar, como de reir. Y por esta ocasion, decia ser inventadas antiguamente las fábulas lastimosas que llamaban tragedias, porque representadas en los teatros, como en aquel tiempo se acostumbraba, sacasen las lagrimas de los ojos á los que de ello tenian necesidad, y así llorando guareciesen de sus enfermedades: pero como quiera que sea, á nosotros no nos está bien entristecer los ánimos de las personas con quien hablamos, mayormente adonde se trata de solazar y dar gusto; porque si fuese verdad que alguno enfermase por no echar lagrimas, ligero seria remediar

esto con la mostaza fuerte, ó co
un poco de humo; y así conviene
tales tiempos de pláticas melancó

Tambien nos debemos ir á la n
lo que es estar hablando imperti
y gastar en ellas mucho tiempo
bras solo por nuestro propio gust
mo algunos, que cebados del an
tienen á sus hijuelos, no hablan
cosa que de ellos y de sus amas,
do: El niño es tan bonito, y n
ayer tanto reir, que no lo creereis:
quilla es la mas agradable, dice y
ma, Taita, y otras muchas cosas
manera: y piensan; que asi com
gustan de aquello, y se entretiene
los que los oyen toman el mismo
tiempo; porque cierto ninguno e
en ello, que guste de pasar su tie
oir siempre aquellas cosas, y mas q
los padres las traen fuera de prop

DE LOS QUE SE PON
á contar sus Sueños.

Mal hacen aquellos que se po
contar puntualmente sus sueños
tantas veras, y haciendo tanta
villa de ellos, que es un desvanecin

de cabeza el oirlos, si ya no fuese que el que los cuenta hallase en ellos alguna maravilla, ó por lo ménos tanto donaire en algunos de ellos, que conozca el gusto de los que le oyen tan aparejado, que tomen pasatiempo de ellos. Y puesto que algunos sabios dexaron antiguamente libros escritos de sueños, con mucho entendimiento y agudeza, no por eso nos conviene en la comun conversacion hacer razonamiento de ellos.

Y de quantos sueños yo he oido referir (aunque á pocos he dado oidos, y á ninguno crédito) el que mejor me ha parecido, fue uno que contó haber soñado Micer Flaminio, Gentil-hombre Romano, que no me pareció material, sino de mucha consideracion: al qual le pareció, durmiendo, estar sentado en la casa de un riquísimo Boticario su vecino, y sin saber quál fuese la ocasion, veía que todo el Pueblo, con grande ruido, robaba quanto allí estaba, y quien tomaba un lectuario, quien una confeccion, quien una cosa, quien otra, y comiala luego allí, de tal manera, que ni redoma, ni apollada, ni olla, ni bote, hubo que no quedase vacío; y entre estos habia una redomita pequeña llena de un lindísimo

licor, el qual todos olieron, pero no hubo quien le quisiese comer: y no estubo mucho, quando vió venir un hombre de grande estatura, antiguo, y con venerable aspecto, el qual mirando los vasos, y hallando qual roto, qual trastornado, y la mayor parte de ellos quebrados, puso la vista en aquella redomilla que dixe, y poniendosela á la boca, se bebió todo aquel licor sin dexar gota, y luego se salió fuera, como habian hecho los otros; de lo qual le pareció á Micer Flaminio maravillarse mucho, y vuelto al Boticario, le preguntó: Maestro, qué cosa es esta? Y por qué causa ha bebido este hombre viejo con tanto sabor el agua de la redomilla que los otros han desechado? A lo qual el Boticario le respondió: Hijo, aqueste hombre venerable es nuestro Señor, y el agua que él solo bebió de los demás (como tú viste) desechada, es la discrecion, de la qual los hombres no se quieren mantener por cosa del mundo.

Tales sueños como éste se pueden bien contar, y ser escuchados; porque mas tienen semejanza de buen pensamiento despierto, que no vision de sentido atormentado; pero los otros sueños sin sentido ni apariencia, como por la mayor

yor parte se sueña, así de hombres doctos como de indoctos, no se debe gastar el tiempo en ellos.

DE LOS MENTIROSOS.

Aunque nos parezca, que ninguna cosa hay de menos momento que los sueños, con todo eso vemos otra mas vana y peor, como son las mentiras; porque de lo que el hombre ha visto entre sueños, todavia hay alguna sombra, y casi un cierto sentimiento; pero de la mentira nunca hubo sombra ni imaginacion alguna: por lo qual menos se requiere tener embarazados los oidos, y entendimiento de quien escucha mentiras, que no con los sueños; porque éstas siendo burlas, tienen este peligro, que algunas veces suelen ser recibidas por verdad. Aunque entre gente de bien tienen este pago los mentirosos, que despues que les han caido en el chiste, no solamente no son creidos, pero ni aun escuchados, como palabras sin substancia, y es, ni mas ni menos, como si el que las está diciendo no hablase, y se estubiese soplando, y echando viento. Y sabe, que hablarás á algunos tan amigos

de decir mentiras, que las dicen
á algun fin de provecho ni de dañ
solo porque la mentira de suyo le
como el bebedor de vino, que lo b
chas veces, no por sed ni necesid
tenga, sino solo por la gula del be
embrianganse tanto en el decirlas
afirmando cosas imposibles; quie
creidos. Como oí contar de un me
que afirmaba, que un dia estand
sediento, fué tan certero de arco,
rando un bodocazo á un cantaro
taba lleno de agua en una ventan
hizo un agujero redondo, por don
un caño de agua, en el qual, p
la boca, bebió á su placer; y co
que hasta aquí le habian dado algun
so, prosiguió diciendo: que despu
al mismo agujero otro bodoque
mayor, y le dexó tapado tan jus
no se salia gota de agua; y aunq
bien reida la mentira, uno de los q
estaban conocióle el humor tan jac
so, y enfadado de ello le dixo:
vmd. gasta su tiempo en valde,
cansa á todos; y quien esto nos
persuadir, ó nos tiene por inocentes
enemigos. Otro le decia: Señor m
mentidores he visto, pero vmd. pue
mentidor del Papa.

Algunos dicen la mentira por solo su vanaglonia, contando haber hecho maravillas, y ser grandes hombres de guerra y gobierno, y quieren entretener la gente con cosas tan dificiles de creer, que se les conoce la patraña desde una legua; y así los circunstantes no les darán entrada en su crédito, si no traen testimonio, por venir, como vienen, tocados de peste de vanagloria.

Puedese mentir tambien callando; es à saber, con sus hechos y obras de cada uno, como algunos, que siendo de mediano estado en sus personas y oficios, pretenden parecer mucho mas, y usan tanta solemnidad y señorío como si fuesen Duques y Condes en su manera y trato. Estos, pues, se ponen á hablar tan pomposamente sentados, como dicen, por tribunal, paboneandase, y haciendose cabeza, à donde no son mas que pies: procurando, como las monas, imitar à los poderosos en el aparato de sus casas, que es un tormento el ver que no conozcan su enfermedad, ni se quieran sangrar de sus cabezas.

Hay otros mentirosos en esta manera, que sobre vestidos no muy buenos, se doran de cadenas, anillos y medallas, col-

gando de acá y de allá , y
rece que lo traen para ven
gala, y à estos tales se les
una legua su soberbia y van
nen su valor en sola la corte
cia : cosas bien desapacibles
mes de lo que es razon y
tumbre.

Y debes saber, que en mu
dès, y en las mejores y ma
permite que el rico se vista n
ciado del pobre en la mejoría
víos: porque los pobres parec
ben ultrage, y mas si son h
bien nacidos, quando otros m
ta diferencia en su vestir.

DE LOS JUEG

Antes que pasemos adelante,
blamos de lo que es tiempo ma
trataré (aunque de paso) de
perdido, y á veces perjudicial, q
sueños y mentiras, como el que
en el juego.

Y por esto no se debe dar (el
tende ser Galatéo y bien quisto)
con codicia de ganar, especialme
*s, pues se vé claro, que quien c

su tiempo y hacienda en esto, no le queda lugar para usar de la cortesía, trato y conversacion amable, conforme al buen intento de este Tratado. Pues si juega de precio, se entiende, que en su intencion no es otra cosa sino ánimo de acrecentar su hacienda con pérdida de la de sus amigos: y asi el juego se ha de tomar por lo que suena, que es juego, y no veras, tan pesadas como se han visto en los que en él solo se exercitan. Y en efecto hace vicio de lo que podria ser virtud: pues usando de él por solo juego, moderando el precio y el tiempo, es una conversacion para pasar el tiempo que tienen de vacante bien, sin perjuicio de nadie, especialmente los que no tienen oficios, ni cargos ocupados, sino que estando ociosos están haciendo quimeras con el pensamiento: y habiendo de jugar por pasatiempo, ha de ser de poco, y con los amigos y conocidos, y aquellos juegos que sean de mayor conversacion: y no sabiendolos muy bien, no debes aventurar precio, por poco que sea, ni jugar con los que son coléricos y mal acondicionados, sino con quien te puedas ir riendo y holgando: que hay algunos que quieren ser tan prestos, que se aïran y pitonan de no

na-

nada, dan golpazos con los
cen palabras desconcértada
agüeros y abusiones. Y au
ordinario los jugadores, q
que no lo hacen por el din
el mal decir, la verdad es,
que sea les pesa mucho de
tos tales, si la vez primer
el humor, no asegundar
mejor. Con esto, pues, dar
materia, y con un donair
ballero dixo á unos que ju
mera; y fué, que estando
con otros, les preguntó, po
tan enojados? Y respondió el
Señor, porque estamos aq
cedades; dice: Pues si eso
pueden envidar sin miedo,
que resto tienen harto. Y
cioso mote recibieron estos
sion; y yo los dexaré en est
proseguir con mi curioso G

DE LA JACTA

Tampoco es permitido al
do y de valor tratar luego
de su linage, ni de su hon
y mucho menos alabarse á

los hechos y valentías suyas, y de sus antepasados, ni traerlos en plática à cada ocasion, como muchos suelen hacer, que parece que quieren contender con los circunstantes; porque si acaso son de menor condicion, seria como abatirlos, y darles en cara con su miseria ó baxeza: lo qual desplace mucho á todos. Y en esta falta vemos que caen los que tienen poquito estómago, y lo poco bueno que tienen no les cabe en el cuerpo.

Ni por eso se debe el hombre abatir, ni ménos ensalzar fuera de razon: y antes debe consentir que se pase (como dicen) por alto alguna cosa de sus méritos, que mostrar punto de arrogancia con sus palabras; porque aun lo bueno que tubiere en este caso quando es muy encarecido, no contenta: y por otra parte entenderémos, que aquellos que se aviltan, y abaten con palabras fuera de mesura, y desechan las honras que manifiestamente les pertenecen, muestran en esto mayor soberbia que los que usurpan las tales honras que ellos no merecieron. Por lo qual dirá alguno, que por ventura el sabio Gloto no mereciese el titulo que le daban de Maestro, por haberle refutado: pues se sabe, que en aquellos

tiempos, no solo era Maestro, pero el mas singular de todos. Porque cierto es, que quien se esquiva de llamar el título que merece, y el que todos los que de su estado procurarian, muestra tambien despreciar á todos los otros: y así el desechar la honra y gloria, que tanto es estimada, es un cierto gloriarse y ensoberbecerse sobre los demás; como sea verdad, que ninguno de buen juicio refutaria las cosas tan amadas, que por su virtud y estudio ganó, si no es aquel que las tiene muy sobradas y abundantes. Por lo qual no nos conviene vanagloriar de nuestros bienes y haciendas, como algunos, que se pagan tanto de sí, que con un poco de aplauso que les dan los circunstantes, se paran à hacer cercos en el suelo, y rayas con la espada, ó con otra cosa, y estando como suplicacioneros, metiendo parábolas en sus hechos y hazañas, figurando las Ciudades y Exércitos, las mas veces delante de los que nunca supieron de guerra; como algunos, que se paran á decir: He aquí, Señores, el fuerte, el enemigo vino por esta parte, los nuestros por estotra, yo iba marchando en la vanguardia, &c. Pues qué donaire es ver hablar de esto, aun hasta en las taber-

ber-

bernas y bodegones, á los devotos y ordinarios de ellas, muy à rienda suelta, especial quando han cargado bien de n osto, metense en cólera, y echando fuego, con aquel herbor, gobiernan el mundo. Y quando alguno de estos charlatanes se vé recibido en esta presidencia, no hay mas que ver; porque solo él sabe regir y gobernar: y párase á decir: Está, Señores, el mundo perdido, no hay cosa con cosa: no me espanto, sino de cómo los Moros no se nos entran por las puertas: A fé de hidalgo, aunque pobre, que si en mi mano estubiera, que de otra manera nos cantára el gallo, y con esto se echaron otra preparacion á taza firme.

No puedo dexar de contar aquí de lo que fui testigo de vista en Valladolid, teniendo mi posada junto á la plaza, y à donde de ordinario habia taberna, y una mesa para los feligreses que allí venian á ganar curso, en la qual desde un tercero ó sobrado que caía encima de la dicha taberna, se veía y oía todo lo que pasaba. Presidia, pues, en aquella sazon un Sacamuelas, llamado Castromocho, hombre docto, y de los que mejor entendian un jarro de vino en aquel tiempo, el

el qual estando alli con otros sus aliados y camaradas un dia , despues de haber comido y echado sus colañas , comenzó uno á dudar, y preguntar de esta manera: Digame ahora el Señor Castromocho , y los demás Caballeros que aquí están, ¿ quál es la mas limpia yerva que se halla hoy dia en el mundo ? Unos decian, que el azucena , otros que el clavel, otros que la espadaña ; y así de esta manera otras muchas, cada qual dando su razon como mejor sabia : però Castromocho , estendiendo el brazo , y pidiendo silencio , les dixo : Ahora bien , ninguno de vosotros acierta ; daos por vencidos : Sabed que la mas limpia yerva que hay es la hortiga; porque con las demás os podeis limpiar, y traer en la mano , y donde os pareciere , y con la hortiga no ; porque se defiende , todos lo aprobaron. Pero acabada esta materia , pidió vino el Sacamuelas , y todos y los mas se echaron otro refresco, tan desnudo de agua, que se les echaba de ver en el mirar dulce de sus ojos; y luego preguntó otra dificultad allí al comun, de esta manera: Dígame ahora el Señor Castromocho , y vuesas mercedes : á dónde va á parar el alma en saliendo de las carnes ? Castromocho respon-

pondió, diesen primero todos su parecer, que él absolveria la qüestion á la postre; y así unos dixeron, que al Cielo, otros al Infierno, otros al Purgatorio, conforme á las obras de cada qual; mas concluyó Castromocho con su declaracion, diciendo: Oíos ahí vosotros. Habeis de saber que el alma en saliendo de las carnes vá á Santiago de Galicia derecha, salvantes, si el tal no fuese despensero, que estos tales no van por este camino, sino por otro peor. Y con esto que dixo, y otra ruciada que se echó, se quedó dormido desgastando el humor, y así se acabó aquella ilustre y honrada conversacion. Pero dexemos éste durmiendo, que él despertará si quisiere, quizá con diferente y contrario parecer del primero, y volvamos á los de capa negra, de quien tratabamos, al propósito de la jactancia. Digo, que debe cada uno callar en cosas de su loor lo mas que pudiere; pero si acaso la ocasion y oportunidad nos forzase á decir de nosotros alguna cosa, es apacible costumbre decir la verdad blanca, y remisamente, ó con un cierto descuido, sin hacer en ello mucho estribo: y por esto los que se deleytan de buena cortesanía se deben abstener de esto; porque

hay

hay algunos que tienen costumbre
decir su opinion tan resolutamente sc
qualquiera cosa de estas, dando sen
cia difinitiva, que es enfado el oirlos
mas tormento el esperarlos.

Hay otra suerte de hombres que t
se les vá en preámbulos y buena cr
za, como si dixesen: Señor, vmd.
perdone si acaso no supiere significar
to; porque yo hablo groseramente se
mi poco saber. Estoy cierto, que v
hará burla de mí; pero por obedec
no dexaré de decir lo que se me mand
tanto se están en esto, que qualquiera q
tion, por sutil que sea, se podria de
minar con ménos palabras de las
gastan en hacer tanto circunloquio.

Tambien son enfadosos, y mie
con los hechos muchos en su conve
cion, ó en el tomar de los asientos, r
trandose baxos y humildes, y abatién
en las partes donde les es debido el
mer lugar y mas alto, ellos todavía
fian á ponerse en el último grado,
es una fatiga grande ver el tiempo
se gasta en hacerles pasar adelante. Y
chas veces estais oyendo un Sermon
otra cosa con mucho gusto y atenc
y miéntras el Señor con rumor de bu
cri

crianza anda en pié os está dando pesadumbre su venida, y ellos procuran vanagloriarse, y tomar posesion de humildes con esta fingida hyproeresía, porque mientras mas les ruegan, mas ván ellos retrayendose hácia atrás su poco á poco, que no parecen sino rocines que se espantan, y no quieren pasar adelante. Por esto los que son prácticos, viendo el daño que hace éste su desasosiego, (por no quebrar el hilo de la conversacion) les es de menos inconveniente tomar el lugar ò asiento que se les ofrece, aunque sea el mejor, que no dar ocasion para aquel bullicio que por él se comienza à levantar. Y quando entran ò salen de las tales conversaciones, tienen yá por mejor crianza los prácticos no hacer ninguna, salvo entrarse ò salirse de presto, aun sin descubrirse las cabezas, ni despedirse de nadie, y no con solemnidad, y nunca acabando como algunos hacen.

DE LAS CEREMONIAS.

Por lo que hemos dicho entenderémos, que las ceremonias superfluas se deben evitar, las quales fueron de los antiguos menos usadas que no ahora: y à

este vano uso que parece semejante
mentiras, ò sueños que arriba dix
por su mucha vanidad, le llamamo
propiamente ceremonia, pues ant
mente las ceremonias se tomaban
aquella solemnidad que los Sacerdote
ban al rededor de los Altares, y e
Divinos Oficios acerca de Dios, y d
cosas Sagradas. Y hase usurpado este
bre despues acá, que los hombres s
menzaron à reverenciar unos con
con artificiosos modos, inclinandos
torciendose de lado con reverencias
señal de acatamiento, descubriendo
cabezas, y llamandose señores, y
titulos extraordinorios: besandose las
nos como si las tubieran sagradas, ò
ran Sacerdotes; y alguno viendo esta
tumbre tan nueva y tan impertinente
llamó ceremonia, por frasis nueva, à
nera de decir, asi como llamamos
bien triunfar, por via de burla, el
y comer, y regocijarse.

Son, pues, las ceremonias si quer
mirar la intencion de aquellos qu
usan, una vana significacion de hor
reverencia, acerca de aquel à quie
hace acatamiento, y está puesta, a
el semblante y menéo, como en las

tras con titulos y ofertas ; y digo vana, en quanto nosotros honramos con la vista y apariencia à aquellos que con el corazon no les hariamos acatamiento : y con todo eso la usamos por no salir de la costumbre, y á unos llamamos el Ilustre, ò el muy Ilustre Señor Fulano, y à estos nos ofrecemos por sus servidores y criados, à los que no es nuestra intencion de servir. Y asi, no solo tengo por mentira las ceremonias semejantes ; pero por una cierta falsedad y traícion. Y andan de tal suerte estas tales en estos titulos de ilustre, y los demás ceremoniosos, (de quien ibamos diciendo) que sin mirar à los meritos, ni à la nobleza, ni al estado y calidad, los vemos poner à qualquiera que sea, tanto, que los oficiales no se distinguen muchas veces en la manera del trato y crianza que se usa con ellos de los nobles y calificados. Y asi como sea verdad, que antiguamente habia titulos determinados, y distintos del Papa, ò Emperador para cada uno; los quales no se podian dexar de decir sin hacer desacato al intitulado, ni menos se podian atribuir sin menosprecio à los que no tenian aquel privilegio : ahora en nuestros tiempos vemos, que se pueden usar mas libe-

ralmente los tales titulos y significac
de honra ; porque el uso es mas po
so señor , pues los tiene mas largan
privilegiados.

Este uso , que por defuera parece
no , es por de dentro vano y consis
semblantes sin afecto , y en palabra
significacion , empero por eso no n
licito mudarlo , ántes le debemos se
pues no es pecado nuestro , sino de
glo en qué estamos , aunque se deb
cer discretamente. Para lo qual se l
tener consideracion , que las cerem
y cumplimientos se hacen de tres n
ras ; es à saber , por utilidad , por
dad , y por obligacion.

Por utilidad se entiende toda me
que se dice por interés y provecho p
del que la dice , y ésta tal es fraude,
cado , y deshonesta cosa , pues jam
puede mentir honestamente : y este
do cometen los lisongeros , los q
(asi como cuentan del Camaleon , q
transforma en la color del lugar q
ponen) asi tambien estos tales se c
hacen en forma de amigos , segun
tras voluntades , qualesquiera que
no porque nosotros lo queramos ,
para que les demos algo ; y no por

darnos, sino por eugañarnos. Y aunque este tal vicio por ventura sea agradable para los que se dexan vanagloriar, no dexa por eso de ser acerca de sí abominable y dañoso: por lo qual no le conviene usar de él al hombre bien acostumbrado, porque si estas tales ceremonias son mentiras y lisonjas, quantas veces las usamos por manera de ganancia, tantas veces obramos como hombres malos y desleales; y por esta ocasion ninguna ceremonia de estas se debe usar.

CEREMONIAS POR vanidad.

LA segunda ceremonia, que diximos que se hace por vanidad, es como la que arriba deciamos, que por hacernos bien criados (aunque no nos vaya mas interés que nuestra vanagloria) damos à las gentes mayores titulos de los que se les debe, y pecamos por carta de mas, para que ellos hagan lo mismo con nosotros: y estas tales son adulaciones claras y conocidas de tal manera, que aquellos que las dicen y hacen á este fin, allende de ser tan malas de suyo, son enojosas y desapacibles por ser tan contra lo que es verdad.

CEREMONIAS POR *obligacion.*

La tercera manera de ceremonias, que son aquellas que se hacen por obligacion, ò por merecimiento no se pueden escusar; porque quien las dexa de hacer, no solo desplace, pero hace injuria, y muchas veces acaece por esto venir á reñir, y enemistarse, especialmente quando un Ciudadano dexa de honrar á otro, como es costumbre, no quitandole la gorra, ni hablandole con crianza, hace mal en ello; porque la fuerza del uso es grandísima, y en semejantes casos se debe tener por ley: y asi, quien llamase de vos á otro, no siendo muy mas calificado, le menosprecia, y hace ultrage en nombrarle, pues se sabe que con semejantes palabras llaman á los peones y trabajadores. Y aunque antiguamente, ò en otras Naciones se podian llamar tan bajos titulos, sin menosprecio de nadie, no debemos nosotros dexar de obedecer al uso moderno: cómo tambien estamos obligados à guardar la ley. Por lo qual es necesario que nosotros reconozcamos diligentemente los actos y palabras, que con los

qua-

quales el uso, y costumbre moderna suele saludar y recibir, ò llamar en la tierra donde vivimos: y aùnque en tiempo del Rey Don Pedro de Aragon, el Almirante le llamase muchas veces tu Magestad, por ser costumbre de aquel tiempo, no por esto debemos nosotros llamar á nuestro Rey de aquella manera ahora sea hablando con él, ahora sea por escrito; porque de la manera que guardó la costumbre aquel siglo el nuestro ha de guardar la suya. Y estas llamo yo ceremonias debidas, pues no proceden de nuestra voluntad, y libre alvedrio sino por ser puestas por ley, y uso comun; pero si acaso se pudiesen dexar, no ha de ser tan del todo que se hagan rebeldes à lo que es buena crianza: como algunos hombres desagradecidos, que piensan que todo se les debe de fuero, y no saben responder á nadie palabra que sea buena, y en esto huelgan de ser estremados y notados. Al contrario de estos háy otros tan demasiado de bien criados, que podemos decir, que tanto es lo demás como lo de menos, y todo se les vá en cumplimiento de buena crianza é impertinencias; y algunas cosas, que en sí no son nada, tardan tanto en agradecerlas que es enfado.

Esto hacen de puro ceremoniosos, como decir: Hame V. md. hecho tanta merced, que me tiene obligadísimo à que le sirva toda mi vida; plegue à Dios me dé tiempo para ello, que por venturosísimo lo tendria gastandole en el servicio de V. md. y cosas semejantes á éstas. De estos tales agradecimientos usó de industria un cierto Capellan de un Obispo, que habiendo su Amo dado ciertos beneficios, y rentas à criados suyos, à este Capellan (aunque le habia servido mucho tiempo) le dió el menor beneficio, porque era de hasta ochenta ducados, y servidero. Pues como los demas fuesen à dar las gracias de su renta, por haber sido premiados, unos à quinientos ducados, otros à trescientos, y à quatrocientos: el de los ochenta hizo mayores agradecimientos, mostrando mayor contento que los demas, de lo qual el Obispo, en cierta manera maravillado, le preguntó, que por qué le daba mayores gracias; habiendo sido la merced que le habia hecho la menor, y de tan poca renta? Respondió, que aquello estimaba él en mas que si le dieran mil ducados, por ser tan acomodado à lo que él habia menester; siendo, como era, tan colérico, que ni podia sufrir

Amo,

Amo, ni tan poco habia quien à él le sufriese, y no pudiendo con ella sustentar mozo, ni quedar con su Señoria, por ser el beneficio servidero, le daba tantas gracias por habrse liberado de Amo y de mozo. Así, pues, digo que en lo de las ceremonias, unos dan cinco de largo, y otros de corto.

Y aunque el besar en señal de acatamiento conviene derechamente solo à cosas sagradas, reliquías, y huesos de Cuerpos de Santos, si en la tierra donde estamos hay costumbre de decir: Beso las manos à V. md. y tengame V. md. por su servidor, no hemos de esquivarnos de decirlo: antes en lo que es saludarnos, y despedirnos, y en las Cartas Misivas, ó en los Villetes que escribimos, lo debemos usar. Y es ya costumbre y no hemos de estar atenidos al uso antiguo, ni maravillarnos de esto, como algunos hombres inconsiderados y desabridos, que se ponen à decir: ¿ Habeis visto á quien tengo yo de llamar Señor? ¿Y de qué es Señor? ¿ Es por ventura el Cura de la Parroquia que le tengo yo de besar las manos &c.? Pues está claro, que el otro que está acostumbrado de llamar, y ser llamado Señor, puede entender, que tu le

le desprecias, ò que le haces afrent
quando tu estado y grado no es
aventajado de otro, haces mal, si p
cer del caballero, y señor pretende
de vanagloria en su menosprecio,
teandole la merced con rodéos,
do: El Señor Fulano bien hará esto
personas, que aun pasan mas ad
echandole un vos confitado, para
le pueden pasar como pildora
como un decir; Señor mio, ha
por amor de mí; y à veces con u
risa, y una palmadilla que les dá
hombro se desmandan à echarles
secas, diciendo: A fé de quien
me habeis contado mucho; y t
ardides de vanagloria.

Van algunos asimismo tan
cuidado en estas ceremonias, q
medio de nombrar entre el tú,
él, y V. md. haciendo seis grad
tesía que ninguna Nacion alcan
porque si miramos al Frances
el vos sustenta todos grados.
ro tratar de lo que se puede
el V. md. arriba, ni en los tit
nes; porque sería meternos e
laberinto, basta que han d
con el tiempo, que se han l

comunidad de gente ordinaria con los titulos de ilustres, con tanta fuerza, y conjuracion, que los pobres nobles y muy nobles, magníficos, y muy magníficos que solian usar, andan ya huidos y desterrados de su antigua Patria y Nación. Y asi viendo esto la Nobleza de Caballeros, y gente calificada, se han aprovechado de subirse un grado, ò dos mas arriba, para poderse diferenciar, especialmente en las cartas de esta generacion, robadora de sus ilustres titulos.

Diré, pues, á este proposito lo que aconteció à un Gentil-hombre Cortesano, que escribiendo à un particular una carta, con el titulo de muy Magnífico Señor, (que era el que le pertenecia, segun su estado) le respondió, pareciendole poco, por no haber puesto Ilustre, que sabia poco de cortesía, pues le ponia aquel titulo. A lo qual, replicando el Cortesano, con otra carta, le dexó la cortesía en blanco, diciendo ponga V. md. en ese vacío la cortesía que fuere servido, que ya yo se la envio en blanco firmada de mi nombre.

Algunos otros hay, que por hacerse humildes, se pintan bobos, y tanta demasía de buena crianza quieren mostrar

que

que sè les conoce el poco entendim
en ella ; y aun desde muchas legua
ya no lo hiciesen à sabiendas , y pc
de donaire : como un recien casado
escribió à su muger una carta de
chos donaires , y concluyó ponien
la cortesía de abajo , Menor mari
V. md. que sus manos besa :.Fula
Otros algunos hay que de pur
cuidados pecan por carta demas
que escriben (por sí ò por no) do
grados mas de lo que le conviene
yormente quando le han meneste
algo , llamanle Ilustrísimo , y ai
nísimo , que es cortesía de Princi
acaso no lo pusiesen por donaire
un Caballero , que porque andab
de noche , le llamaba el Serenísi
guntado por qué ? Respondió c
do tan amigo de sereno habia
tanto en la cabeza , que no se
mar menos que Serenísimo.
Tampoco bien con este titulo c
simo un Ciudadano , que habie
lestado un Señor Gobernador
tado , à quien todos llamaban
simo , aconteció que como est
noche parlando con unos an
sobre la molestia que le hacia

nador: diciendole, pues ellos, que se quitase del sereno, que hacia mal, respondió: Ahí verán vuesas mercedes, quando el sereno me hace mal, que hará el serenísimo!

Tornando, pues, à nuestro proposito digo, que asi como las ceremonias demasiadas se deben evitar, asi tambien no se han de dexar tan del todo, que nos volvamos al uso antiguo, pues pareceria mal, como algunos rusticos, que querian, que los que escriben á los Reyes, y grandes Señores, pusiesen: Si tú, y tú hijo estais buenos, bien está, tambien yo lo estoy; afirmando que asi era el principio en las cartas de los Filósofos Latinos, que escribian al Comun de Roma.

Debense, pues, de saber, y guardar algunos documentos y reglas, para no errar en cosas semejantes, y primeramente se debe tener consideracion à la tierra donde el hombre vive; porque todo uso no es bueno en qualquiera parte, pues podriamos decir, que en Italia lo que acaso usan los Napolitanos) cuya Ciudad abunda de hombres principales, y de grande estado), no les vendria bien à los Luqueses y Florentines, los quales por la mayor parte son Mercaderes, y hombres sen-

sencillos, sin haber entre ellos Pri
pes, Marqueses, ni Varones. Y no
que los Gentiles-hombres Veneciano
acarician, y lisongean mucho, por
sion de sus oficios, sería bien que los
nos hombres de Rovigo, y Ciudad
de Asoli guardasen aquella solemn
de reverenciarse los unos à los otros
da cosa. Pues esto es costumbre de a
lla Señoría Veneciana; y al fin cada
de voluntad sigue las pisadas de su
ñor, y antigua Patria, aunque sea
saber por qué.

Asi tambien acá en España no
nos debemos considerar esta solemni
porque bien mirado en los Pueblos y
gares pequeños de Labradores, no
bueno guardarla con aquel estilo qu
usa en la Corte, mayormente en los
acios, que sería poner admiracio
Pueblo. Como cuentan de un Señor
titulo de estos Remos, que tenia
costumbre, quando pedia de beber,
do de noche, venir cinco ò seis de
criados con dos hachas alumbrando
lante de la copa: pues como esto hi
en una Aldea, un hombre algo sen
que allí se halló, como los vió v
descaperuzados, y con tanto apar
h

Hincóse luego de rodillas, y comenzó à adorar la copa, dandose fuertemente, y con mucha devocion en los pechos. El Señor, y los que con él estaban, con mucha risa le mandaron luego levantar, y preguntado, ¿para que hacia aquello? Respondió: Que como vió aquella ceremonia con tanta solemnidad, se hábia arrodillado pensando que le traian el Santo Sacramento, ò por lo menos algunas reliquias sagradas: y asi el Señor se avisó con la ignorancia del otro, de no usar mas aquello en Pueblos semejantes.

Allende tambien del lugar, se debe mirar al tiempo, y à la edad y condicion de aquel con quien usamos las ceremonias, y à la nuestra; y con los pobres, y gente menor cortarlas, ó à lo menos apuntarlas, y no expresarlas del todo: lo qual se hace bien en la Corte Romana; pero en algunas otras partes son de mucho fastidio, especialmente para los ocupados que gastan tiempo en ellas. Cubrase V. md. dice el Juez bien embarazado, y à quien le falta tiempo para los negocios: Y el que le está hablando, despues de haberle hecho muchas reverencias, con gran ruido de pies, con mucha flema le responde: Señor mio, yo estoy

así

así muy bien. Y tornandole à porf
Juez que se cubra : él torciendose po
lado , inclinandose hasta el suelo, cc
cha vanidad y pompa responde : `
plico à V. md. me dexe hacer mi de
esto; que esta es la obligacion mia;
tanto esta batalla , y gastase tanto
cén que apenas le queda tiempo pa
gociar. Y así los que visitan à los
y Ministros de oficios públicos , er
zados en gobierno , deben procur
vedad acortando todo lo que es c
mientos y ceremonias , mayorme
Señores, y personas de calidad, á
no se les puede decir con tanta l
como à los demás que se vayan
desocupen : antes acaece muchas v
tár los pobres negociantes agua
su vez para poder informar de su
eios, por ventura acechandoles des
ra , contandoles las palabras ; y cc
seo que tienen de verlos idos le e
tando sus impertinencias, y alguno
doles mil maldiciones , airados de
les gastan su tiempo, y pierden
yunturas , volviendose desconsc
sus casas sin haber hecho nada : Y
gunos tan torpes y mal mirados
lo saben conocer , ni las señales

en los Ministros para que los desocupen, pues se conoce en el no responder á sus palabras con mucho cuidado, ni les escuchan, ni dán aquel aplauso que les darian quando gustasen mucho de ellas; y se hallasen desocupados: Y si acaso les dicen estos tales que les dén lugar para cumplir con sus negociantes, (aunque se lo digan por buen estilo, y con llaneza) les salen murmurando, diciendo, que se han ensalzado con el oficio, y les cobran enemistad, y ponen fama de desabridos y mal acondicionados.

Ni aquellas mismas ceremonias convienen á los mancebos, que á los viejos y hombres graves, ni la gente menuda y mediana las deben hacer de la manera que los Señores, y principales lo usan unos con otros. Por esto las personas de letras, y virtud las procuran evitar quanto pueden, como aquellos que de mala gana emplean su tiempo, y pensamientos en cosas tan vanas. Ni los oficiales de oficios mecánicos, ni personas de condicion baja deben usar solemnes ceremonias con los Señores y principales, antes con humildad y llaneza acudan y correspondan á lo que el Señor les ha menester, pues parece que mas pretenden de los tales

 obe-

obediencia que honra que les pr
cer; y por esto yerra el criado qu
el servicio á su Señor, como si
no le fuese propio el mandarle: ni
quando el Señor está descaperuzac
darle vos cubrir; ni al que está er
en pie, ó paseandose le porfieis
venís de fuera, y sois de menor
cion, á que se siente, aunque él o
de asentar. Y quando el Señor pr
por haceros honra, os lleva á su la
recho, y gusta de aquello, no
tanto que esteis rebelde al favor c
hace.

Pues digo asi, que entre las pe
iguales, que se diferencian poco
personas, ó en los oficios, esta m
de buen cumplimiento, y buena c
se debe usar libremente; porque lo
hacemos algunas veces por hacer e
bér es recibido por paga, y poca
se le dá á quien la merece, y por *eso*
pasa un poco mas adelante de aq
que es obligado parece que le *hace al*
donacion mas de lo que es suyo,
amado, y tenido por magnífico y *libe*
y asi solia decir un solemne hombre (
go, que quien sabe tratar y acaricia
personas con muy poco principal hace

gruesa ganancia. Por esto los curiosos por buena crianza usan el dia de hoy decir: Mi Señor Fulano á sus amigos algo superiores, especialmente quando hablan con señoras mugeres, ó hijas de sus iguales, las dicen: Mi Señora, y con este lenguage se hacen gratos, y benévolos á todos.

Tú, pues, harás de las ceremonias, como hace el buen sastre del paño, que corta para vestidos, que antes le echa un poco sobrado, que corto y escaso; pero esto no ha de ser tanto, que por cortar una calza, sobre tanto paño que parezca un saco ó costál. Y si tu usares en esto un poco de conveniente largueza, acerca de aquellos que son un poco menos que tu, serás llamado cortés, y mucho mas si fuere algo mas que tu; porque serás tenido por bien acostumbrado, y practico gentil-hombre; pero al que se alargase en esto descompasablemente, harian donayre de él, y sería tenido por hombre vano. Y esta es la manera de ceremonia que atrás deciamos, la qual procede de nuestra voluntad, y no del uso, pues naturalmente se podia pasar la vida sin ceremonias, y en ella se vé claro que todo lo que es fuera del uso es superfluo,

y las que están recibidas en uso, podemos decir, que son burlas, ó mentiras lícitas, y fuera de él se podrian llamar vanidades; y para los ánimos nobles, que no se apacientan de estas apariencias vanas, es cosa odiosa y desapacible el tratar de ellas. Por esto los Poderosos mas se deben honrar de sus obras que no de las palabras de otros.

Hallo á este proposito, que un Rey llamado Edipo, siendo echado de su tierra, se fue á amparar del Rey Teseo en Atenas para librarse de sus enemigos que le seguian, y llegado delante de Teseo oyó hablar una su hija muchacha, y reconociendola en la voz, (como fuese ciego) no llegó á saludar á Teseo, antes con el amor de padre se fue derecho á acariciar la hija. Y habiendo despues mirado en ello, procuraba con Teseo escusarse, rogandole le perdonase. El bueno y sabio Rey no le dexó hablar en ello, y dixole: Confortate Edipo, porque yo no honro mi vida con las palabras de otros, sino con mis obras. Sentencia de hombre sabio, y que no se preciaba de lisonjas, ni adulaciones; porque el lisongero muestra claro, que el que se paga de sus lisonjas sea vano, y arrogante, simple, y de poco ingenio,

pues

pues se dexa conquistar y vencer de cosa tan liviana. Y las ceremonias vanas y superfluas, son adulaciones claras y conocidas, de tal manera, que aquellos que las dicen, y hacen à fin de ganancia (allende de ser tan malas de suyo por estár fundadas en pláticas falsas y fingidas), ellos quedan por enojosos y desapacibles por ser contra lo que es verdad.

Otros de estos hay que consisten en hechos tambien fingidos con solas apariencias; de suerte, que quanto se les echa de vér es mentir; y aunque parezca adorno suyo naturál, no lo es en sí mas de para engañar la vista, como los que pretenden hacerse gordos siendo flacos, y altos siendo chicos. Esto la Era de ahora, por la mayor parte, lo vemos en las mugeres que todas, ó las mas se disimulan. Por esto decia un Estrangero, que en España casi todas las mugeres eran altas, blancas y rubias por su natural, ó por su artificio. Otro decia, que las Españolas tenian hecho su fundamento en cumplimientos y apariencias solamente; porque quando se casó le dieron una muger blanca, rubia y bien dispuesta, y salióle no mas de media muger, y sin ningun cabello, tanto, que la noche de la boda vió

que la mitad de ella era de corcho c
do, y se la pusieron debajo de la ca
y la otra mitad de muger que le q
encima de la cama la halló à la mai
verdinegra, flaca, calba y descoloric
por esto se llamaba á engaño en ma
la mitad de su muger. Pero dicen,
se ha visto tal como ésta hallarse bur
por haber descubierto hartos mas d
tos en el marido de los que ella pud
ner por mas chica y negra que fuese
mo oí contar de una de éstas, que
biendose casado por poderes, con so
codicia de la hacienda del marido,
quando se fue á acostar, que el dicho
rido se quitó la nariz que traía pos
y un guante con que tapaba una r
manca; y finalmente, echando mano
boca tiró de ella una sarta de dientes
tizos: y asi en este juego de su des
nada codicia quedaron empatados
dos amantes.

Pero volviendo á nuestro propo
aun hay otra manera de ceremoniosas
sonas, las quales hacen de esto a
mercancía, y tienen de ellas su libr
caja, como es decir: A tal maner
personas se les puede hacer cortesía ó
sura con un cerrar poquito de ojos,

jada algo la cabeza; y á tal persona hablarla con cierta risa bajando tambien un tantico la cabeza, y el mas honrado se sentará en silla de respaldo, y el que es un poco menos en silla rasa, y el inferior en el banco. Como sea verdad que aquesta distincion de honra tan puntualmente puesta ha de ser enojosa: y por esto no debe nadie ser juez para determinar quien sea mas noble, ó quien menos.

Tampoco es bueno que se vendan las ceremonias, ni caricias, para pagar con ellas lo que se debe á nadie, como hacen algunos Señores con sus criados, ó inferiores, á quienes ellos deben dineros, que con ceremonias les hacen pago, dandoles licencia para que delante de ellos estén las cabezas cubiertas, librandoles el salario que les deben en privanza y favor: por esto podemos bien presumir, que los que se deleitan en el uso de estas ceremonias exteriores lo hacen por pompa y vanidad quando salen del uso comun de ellas.

Otros hay tan sin provecho, y ceremoniosos, que sin decir cosa de substancia, nunca cesan de hablar mucho y mal, aunque con mucha crianza, tanto, que por ella os obligan á que les esteis escu-

chando. Por estos tales dixo el que escribió la vida de la Corte.

Mitridato hablador,
Muy puesto en ser bien criado,
Que el dia que os coge al lado,
Os dexa con buen sudor
Del martirio que os ha dado.

Estos, pues, ponen toda su diligencia y cuydado en estár con sus mazos de lenguas, y muchedumbre de palabras tan impertinentes bataneando la gente, por parecerles que con su buena crianza tienen un poco de razonable muestra; y en las cosas graves, y de peso no se saben dár maña, y querrian que la conversacion toda se gastase en estas apariencias de fuera: y si se levanta alguna platica de buen entendimiento no gustan de ella, ni la entienden; y de estos impertinentes hombres hay infinito numero que á la primera vista engañan, y á la segunda enfadan; porque luego descubren su idiotecismo.

Iba uno de estos Mitridatos delante de una Señora acompañandola, y al entrar por una puerta angosta, la estubo porfian-

fiando que entrase delante de él, pareciendole que era buena crianza: la Dama se detubo, diciendole, que entrase él primero que aquel era su lugar; el qual resistió la entrada por un rato, hasta que yá entró diciendo: Mas quiero ser necio que porfiado: á lo qual la Señora acudió tan presto, diciendole: Vaya V. md. que todo lo es; y asi le dió la respuesta que él bien mereció.

Y para concluir en esta materia de ceremonias, digo, que hay algunos otros que siempre tienen grande abundancia de palabras de cumplimientos, y actos de cortesía, para suplir con esto su poca capacidad, avisandose, que segun son de poca substancia y provecho en sus obras, si esto de las palabras y cumplimientos les faltase no les podria nadie sufrir: por cuya ocasion abundan tanto de ceremonias superfluas, las quales generalmente enfadan las gentes de buen entendimiento, pues por ellas se impide el vivir cada uno á su gusto; es á saber con libertad, la qual se estima mas que otra cosa alguna.

DE LAS PALABRA
afectadas.

Las afectaciones y demasías se
ben evitar en los trages y ceremo
y mucho mas en las palabras,
yormente se debe cada qual guard
entremeter palabras latinas y extra
narias adonde no hay Latinos, ni
las entienda; porque en este yerro
muchos, que con un poco de Gr
tica que estudiaron, meten voc
latinos en quanto hablan, tan fue
proposito, que en la propiedad de
tro romance discordan, y suenan
mal, que no hay quien los aguarde,
tre buenos juicios hacen donayre, y
man algunas veces pasatiempos de
¿Observó bien V. md. el Eclipse pa
que me pareció que tuvo mora?
guntó uno en una conversacion á
el qual como por via de donayre, le
pondió de esta manera en el mismo
guage: No le observé la mora: p
de este ministerio suelen quedar a
las de dolor de cabeza.

Acerca de esto he visto solem
algunos vocablos, dichos por elega
y

de los quales solo quedan satisfechos los que los dicen, y los oyentes se rien muy de gana. A este proposito un cierto Beneficiado, que presumia de elegante en una Aldea, convidando á almorzar á dos Estudiantes conocidos, que á la sazon pasaban por alli, les dixo de esta manera: Señores mios, bueno será, que al presente decapitemos la cólera; porque yo deseo scindilla, *maximè con tan buena sociedad*; á lo qual respondió el uno de ellos: Señor Beneficiado, *elegantes hablastes mente*; y con esto quedó él muy satisfecho de su elegancia.

Conforme á esto contaré aqui un donayre que sucedió en Alcalá á un Doctor; y se le dixo en su vexamen, que aunque fue dicho por burla y donayre, (como se suele hacer) se entendió haberle acaecido, y fue asi: Que estando mirando un Mapa-Mundi, que tenia pintado en una bola grande, se llegó á él el Ama que le servia, diciendo: Ay señor, ¿y qué es esto tan redondo? A lo qual le respondió: Hermana, sabete que este es el Orbe, que quiere decir Planisferio, Mapa-Mundi, ó Globo. ¿No entiendes por ninguno de estos? Pues sabete, que es todo el mundo. Entonces ella con mas curio-

si-

sidad, y muy espantada de
todo el mundo, le preguntó:
ñor, Meco, mi Lugar, á d
Aqui le verás *inclusivè*, respond
tor; y si no, catale aqui *inte*
extensivè no puede ser; y en f
de vér *virtualiter*, ya que no l
maliter, y asi se quedó su Am
tenderlo, y él sin saberlo declar
minos de romance.

Confiado estaba tambien de
rico estilo otro, que para deci
puedo alargar, porque me falta
xo: Ceso, porque yá el corr
no subministra el Etiopico licc
rino cálamo. Bien es verdad qu
mezclar palabras latinas se
algunas veces por no poder m
aconteció á un Español, que
que habiendo residido desde
en Flandes en la Universidad d
y envejecido alli, ni bien habl
llano, ni bien Latin, ni Grie
Francés; y asi entre otras m
que decia graciosas, (por ir
un dia, por decir, no veis
guerra como viene á asentar
tre las matas de los escobares
esta manera: Ola, ola, ¿no ve

geros y catafratos como se vienen á castramentar entre las miricas? Por lo qual hemos mucho de procurar, que quando se hubiere de hablar en romance, no se hable en latin, como una Monja hacia, que para decir que le pintasen un San Pedro haciendo penitencia, dixo: Señor Maestro, yo querria mucho que me pintasen un *Flevit amarè*; que sea muy bueno. Asi tambien por el contrario pareciera mal, si lo que se ha de decir en latin se dixese en romance; como hizo un Sacristan en unas tinieblas, que al tiempo que habia de salir cantando: *Ecce lumen Christi*, no lo acertó á decir en latin, ó fue que se le olvidó, y salió con la vela muy alta cantando: He aqui el cirio encendido. Basten, pues, por aviso estos exemplares cuentecillos, para escusar palabras impropias y afectadas, sino que sean segun la sujeta materia que se ofrece, considerando siempre el tiempo, lugar y ocasion, y los oyentes para no poder errar, ni dár que decir.

DE LOS ENCARECIMIENTOS.

No menos que las afectaciones suelen ser los encarecimientos mal reci-

cibidos, y malos para ser c
nuestro comun hablar se deb
los Poetas y Fabuladores; pc
gunos tan encarecedores en
trato que se pueden llamar
que caen en su gracia, porqu
zados hasta las nubes, como
rán abatidos en su lengua los
yeron en ella: y asi andan p
mos, con harto peligro de
como si dixesemos lo que y
á uno de estos en una conver
careciendo la hermosura de
diciendo, que era tan en estre
sa, que por no deshacer á las
mosuras de aquel Pueblo, no
vér, ni estar con ellas, ni vivi
lle: y que sus Confesores la m
muy de mañana á Misa, ó muy t
que no se desasosegase la ge
que para podér retratarla se
comulgó el Pintor; porque no
se, y estorbase con tanta herm
tos tales engolosinan á la gen
encarecimientos, pero suelen
pago, que por muy hermosa
cosa que han loado, no pare
quando se vé, y quedan por h
zañeros, y de poca substancia

QUE NO SE DEBE DECIR *mal de nadie ni los motes y burlas sean pesadas.*

No se debe tampoco en la conversacion decir mal de nadie, ni de sus cosas, (aunque nos parezca que los que nos oyen toman gusto de ello, y prestan favorables oidos) lo qual suele acaecer, mediante la envidia, que por la mayor parte tenemos del bien, y honra los unos de los otros, pues al fin cada uno se guarda del caballo que tira coces. Por esto las personas cuerdas huyen de las lenguas de los maldicientes, considerando, que lo que aquellos tales nos dicen de otros, dirán tambien de nosotros en otra parte, y como se dice: huye del que trae nuevas semejantes, que ese es el que las lleva. Y los que se oponen, y contradicen á qualquier platica, contrastando, y haciendo question de ella, dan muestra de no conocer bien el natural de los hombres, que cada uno ama la victoria, y aborrece el ser vencido, no menos en las palabras, que en las obras: quando mas, que el oponerse uno de su voluntad á contradecir á otro, es obra de enemistad, y

no

no de amigos; por lo qual el que desea ser agradable en el trato y conversacion, no debe estár tan presto armado en el decir: Esto que decís no fue asi, sino como yo os digo; ni el hacer luego apuestas sobre ello; antes se debe esforzar de allegarse á la opinion de los otros, en cosas que le vá poco, pues la victoria en semejantes casos se torna en daño; como sea verdad, que venciendo la frívola qüestion, y de poca substancia, se disgusta muchas veces el cargo amigo: Y son estos vence guerras tan enfadosos á las gentes, que no osan tratar con ellos, por no estár cada hora en rencillas sin provecho, con las armas en las manos. Pero si alguna vez aconteciere, que alguno dispute, convidado para ello, se debe hacer por termino suave, y no se ha de ensanchar con el gusto de vencer, de suerte que se lo trague todo y atribuya á sí; antes conviene dexar á cada qual su parte, y en la porfia la razon, ó sin razon que cada uno tiene, se ha de dexar al parecer de los mas; y si fuere porfia demasiada, quedese á los mas importunos, dexandoles el campo franco, para que ellos se debatan, suden y fatiguen; porque son maneras odiosas para los hombres

bres modestos, y de loables costumbres. Asi, que de esto no se grangea sino odio y enemistad; y como por la mayor parte la gente se quiere atribuir á sí la gloria, abandona y desprecia el parecer de los otros, por mostrarse cada qual sabio, gallardo y muy inteligente. Por esto algunos aconsejan, reprehenden, disputan, y defienden á espada y capa, y á ningun parecer se ajustan sino al suyo propio, y están tan ciegos, y sujetos á su propia voluntad, que no es bastante otra alguna razon para salir de ella: y mientras estos tales no se rindieren al parecer de los amigos, no dexarán de errar.

Hay otros, que si os poneis á hablar con ellos, al tiempo que por descansar de vuestros trabajos, estais en conversacion, no saben sacar la plática de calamidades y desventuras, y malos agüeros, amenazando á la gente con los tiempos venideros: y quando oyen alguna victoria, y buen suceso, lo deshacen todo, por ser tan amigos de agorar, y de sola su opinion; los quales de pura fantasía y vanagloria, se melancolizan (persuadiendose, que con aquel desabrimiento autorizan mas su recia condicion.) Y algunos, á los quales yá sus años les piden reposo,

no hacen sino hablar calamida
jamás otra su plática, diciend
su tiempo habia otros hombres
rosos, y no como los de aora
hay quien valga nada.

Tambien está reprobado, y
cha razon, en la conversacion,
se nadie á hablar al oido á otro
cialmente el apartarse dos ó tre
tarse riendo, mirando á los otros
rer estár tapados, ni con reboz
los demás no lo están; pues e
manera es hacer traicion á aquel d
hablan, y con razon se agravian
de estos, y cada qual está sospec
con recelo.

Hay otros de tal propiedad, qu
do no están hablando, se dexan
tanto de su pensamiento, que sin
lo que hacen, están puestos los c
otro, riendose de lo que están ima
do, sin acordarse de aquel á quie
ran, y alli es cierta la sospecha, com
un Autor.

Si alguno me mira el gesto,
Y se rie de otra cosa,
Pareceme que es de aquesto.

Deben, pues, estár advertidos que

tán en público, y delante de gente, y no se han de descuidar tanto que sean notados: como los que están fijados los ojos en alguna parte cebandose solamente de su pensamiento.

Ni seria acertado, estando en semejante conversacion, sacar un libro, y pararse á leer á solas para su entretenimiento, aunque gustase tanto de la lectura, como un Colegial Trilingue en Alcalá, que se averiguó tomar tanto pasatiempo de leer en Marcial, que quando se queria ir á Guadalajara (quatro leguas de allí) se ponia su ropa larga de por casa, y decia, que le ensillasen un Marcial, y con él se iba leyendo su paso á paso, sin sentir el trabajo del camino.

No ofrezcas tu consejo á quien no le pide, pues no es otra cosa que mostrar que eres mas sabio que el que aconsejas, antes le dás en cara con su poco saber, y le tienes por ignorante, por lo qual, esto no se debe hacer con qualquiera conocido, sino solo con los amigos muy estrechos; ó con las personas que nos tocan de gobernar, ó quando viesemos en algun peligro al que aconsejamos; pero en el trato comun se debe el hombre abstener de mucho aconsejar: en el qual error

caen muchos, y mas á menudo los
menos saben; porque á los hombres
grosero ingenio pocas cosas les ocu
al entendimiento que los quepan en
ni se saben detener de no las publicar
go. Y asi, quien vá ofreciendo su co
jo muestra tener opinion y confianza
sí que le sobre á él entendimiento, y
falte á los otros. Y verdaderamente
algunos que se precian tanto de su
ber, que quando no siguen su parece
enojan y quejan de los que no le tom
como quien dice: Bien está, ¿el cons
de los pobres no es admitido? Fula
quiere hacer su gusto, y no me oye:
asi otras cosas á este tono, como que
pretender que otro obedezca tu cons
no sea mayor arrogancia que no que
él seguir el suyo propio.

Semejante culpa tienen tambien
que reprehenden los defectos de los ho
bres, dando á cada cosa sentencia difi
tiva, y poniendo á cada qual la ley en
mano: Tal cosa no se debe hacer:
dixisteis tal palabra, y no es bien dic
Guardaos del dormir á tal hora: El vi
que bebeis no es sano, antes ha de
tinto: Debeis usar de tal lavatorio, y no
esotros que haceis; y jamás cesan de c

I

regir, que son como los que no hacen sino limpiar el jardin ageno de qualquiera yerbezuela, y no miran que tienen el suyo lleno de hortigas y abrojos; y por esto se debe dexar este oficio á los Padres y Maestros.

No se debe menospreciar á nadie, ni tenerle en poco, aunque sea enemigo; porque mayor señal de desprecio se hace escarneciendo que injuriando; que aun del injuriado se hace alguna estima, y del despreciado no tanta, y á veces ninguna. Es, pues, el escarnecer un tomar deleite de la vergüenza que hacemos tener á otro sin ningun provecho de nosotros mismos: por lo qual en el comun trato y conversacion se deben abstener los curiosos de mofar de nadie; y asi hacen mal los que andan escudriñando y rechazando los defectos de otros (aunque los tengan) pues no es buen termino para quitarlos; y entre personas cuerdas, y de buen trato, huyen del que murmura como del demonio, pues ha habido tales, que quando no pueden decir mal con palabras, murmuran y contrahacen los defectos con meneos, risas y actos exteriores, y algunas veces hacen befas, y toman soláz y pasatiempo de los defectos

y miserías de otros, habiendo antes lastimarse y dolerse de ellos. Bien pu ser, que en las conversaciones (como cia un Cortesano) podria dár sabor agrito de lengua, y apetito grande el entretenimiento humano; pero agrio ha de llevar tanto dulce de an amistad que se hagà sin daño de ba de suerte, que el trato que se dá á quiera sea de poco momento, y q vergüenza lo pueda escuchar á qui dá; y asi, aunque estas befas, y es un reirse, y burlarse de las faltas cuidos del que las recibe, con tod estiman y aman al que las sabe bi cir; porque se conoce de él su in tan sin ánimo de injuriar á nadie lo qual los que saben motejar po y amigable manera, y sin perjui duda son mas amados que los q saben hacer, y son recibidos d con los brazos abiertos, estimad galados; como por el contrario son los que quieren seguir este saber, ni tener arte, ni parte bu ello, y por esto quien lo hicie pone mucha habilidad; porque ner cuenta con muchas cosas efecto (como digo) es tomar p

del defecto y error de aquel á quien debe amar, y hacer estima.

De otra manera mal se podrian diferenciar los motes de las injurias, especialmente, que hay algunas personas tan delicadas, que reciben por injuria los motes y burlas semejantes, y son tan desabridos, y de poco entendimiento, que en lugar de tomar gusto y pasatiempo, se aíran, y no se puede nadie burlar con ellos, ni tratarlos; porque hay algunos que quieren que les sufrais sus necedades y pesadumbres: y si les decis alguna cosa, por liviana que sea, como no estén de humor, salen de quicio, y revuelven con tanta pesadumbre, que aunque algunas veces se aplàquen con brevedad, aquello poco que les dura la boberia del enojo, podrian topar otros de tal humor que se viniesen á perder. Pues qué sería si son cabezudos, y no se les pasa el enojo, aunque duerman sobre ello, y disimulan con la intencion y ànimo dañado, y la apariencia alegre: no hay mas que decir de estos, sino que en cayendoles en el chiste, les echemos calza como á pollo, para ser conocidos de lejos. A este proposito, el Doctor Villalobos, gran Físico, segun está en un Dialogo suyo, y muy

gracioso, habiendo dicho á otro Mec
un donaire delante del Rey, se le cor
y por vengarse dixo al Rey: Sepa Vues
Magestad, que yo me precio mas de I
dico, que de gracioso y chocarrero; á
qual respondió Villalobos: Señor Doct
muestreme á ser necio, pues es tan Ma
tro, y no seré yo gracioso: Y como
tan de presto dicha la respuesta, fue
bien recibida, y el otro llevó el pago
merecia: pues asi acontece, que el
es motejado por soláz y amistad, su
afrentarse, y recibir enojo de ello, por
inconsiderado. Y aunque sea asi, que
motes y burlas suelen ser bien recibid
no le aconsejaría yo al practico ge
hombre se diese mucho á ellos: Ni d
procurar decirlos á menudo, y en t
tiempo y ocasion; porque bien mira
los motes no son otra cosa mas que
dides y engaños sutiles; y asi estos
mo el estár siempre apodando, deb
dexar á los que viven de ello, que a
que mas os digan, no os pueden perj
car, antes merecen ser premiados, si
cen graciosamente: pero quando el G
til-hombre Galatéo dice alguna agud
considere, que á cada uno le duele de
le digan su falta, ni error. Y asi por
cl

chas causas parece, que quien procura ser bien quisto, no se debe hacer maestro de befas, y mucho menos se precie de decir dichos satíricos y escandalosos, siendo, como son, perjudiciales, aunque sean mas agudos y graciosos, ni tomen tanta golosina, que pierdan el amigo; y especialmente es reprobado el hacer burla del defecto natural de alguno: aunque se ha visto en este caso, los que tienen por qué callar, decir á los otros, y ser respondidos agudamente: como fue lo que cuentan, que dixo un tuerto á un corcobado, que para llamarle corcobado, dixo asi: De mañana habeis cargado, compañero: á lo qual respondió: Harto de mañana es, pues vos no habeis abierto mas de la una ventana. Asi que cada uno de estos llamó al otro el defecto que naturaleza les dió. Pero aun mas en hondo entran estos dichos satíricos, quando se tocan en el linage y en la honra, como hizo un Christiano nuevo á otro, por motejarle de bujarron, que como le viese ir caballero en un rocin muy al cabo, le dixo: Compañero, ¿por qué subís tan á las ancas? A lo qual le respondió: Si subo tan atrás, es por no matarle en la cruz; y asi se vengó, motejandole de Judío, y empa-

ta-

taron la, traviesa. Por esto di
la agudeza y habilidad se em
chos asi perjudiciales, mas v
nunca la tubiesen ; porque nc
esto hacer con seguridad de
si no fuese en las cosas que l
hablan sin perjuicio de su pro
discrecion y agudeza. Verdad e
pasar esta trabajosa vida pr
algun soláz y pasatiempo, y
burlas suelen ser instrumento
recreacion, por lo qual son
que saben solazar y decir bie
viar á nadie, y son muy pocos
saben hacer ; porque han de
tidos de muchas cosas para
desgracia ; y acontece que lo
se suele grangear ganandole
se puede perder con otros
mente, donde no ha lugar e
tar se reprueba el motejar y
die ; porque no hay peor l
verdadera.

Por lo qual se debe sab
nos motes hay que muerd
can ; otros que no. De los
hay para que tratar, baste u
paracion que dió una Señor
mada Laureta, que los

morder al que se dán, como el corderillo, y no como el perro; porque si mordiese como el perro no seria mote sino villanía, é injuria. Y bien, asi, como por leyes, es castigado el que dice injurias á otro, tambien lo debe ser quien por via de mote dice cosas pesadas, y de deshonra á su proximo. A cuya causa los hombres discretos y bien acostumbrados, deben considerar, que la misma ley que dispone contra las injurias, ha de disponer contra los motes mordaces; y asi, quando motejáren han de picar ligeramente.

Tambien se ha de saber, que el mote, ora muerda, ora no, si no es sutil y donoso, no reciben de él ningun deleite los que le oyen, antes se entibian y resfrian; y si acaso se rien, no es del mote, sino del grosero motejador. Y porque ninguna otra cosa son los motes que engaños, y el engañar asi como es cosa artificiosa, no se puede hacer, sino por personas de agudo ingenio, (especialmente si son de improviso) mal conviene á los hombres torpes, y de grueso ingenio, si no fuese quando hablando acaso con aquella simpleza, dicen algunos dichos dignos de reir, que entonces se gusta mas del que naturalmente dice el mote ó apodo,

que

que no quando es con artificio fingido.
Como un Labrador, que siendo preguntado por unos Ciudadanos á qué venía, miró al uno de ellos, que tenia la barba negra y espesa, y dixo: Vengo á vender un cochino, hablando con perdon de las barbas honradas de este Señor; el qual dixo al Labrador: ¿Pues por qué me pedís mas á mí el perdon que á los otros? Respondió: Porque como su merced es tan repolludo, y barbi-espeso, parecióme en su barba pie de puerco por pelar. El dicho Ciudadano no pudo hacer menos que reirse á vueltas de los otros, aunque se corrió un poco del mote. Otro Vizcaino, enviandole por un repollo, compró un gallo, pareciendole que repollo era mas que pollo. Y á este tono debe de haber infinito numero de motes, asi naturales y sin malicia. Pero ni tampoco el motejar es concedido á todos los que tienen buen ingenio; porque es una especial gracia y prontitud, con un movimiento de ánimo que no le alcanzan todos: por lo qual los hombres discretos se conocen mejor, y no miran en esto á su voluntad, sino al talento y disposicion que tienen. Y quando una ó mas veces han probado la fuerza de su ingenio en

va-

vano, conocense poco diestros, y dexan de emplearse en semejante exercicio, pues es un cierto donayre, que pocos le saben dár su punto. Este es propio de algunos, que para cada palabra tienen aparejado un mote, ó un dicho gracioso. Y debes saber, que sacados los motes y donayres de su original, é inventor, no pueden ser tan graciosos traslados, y contados por boca de otros, ni puestos en escritura: y asi yo quedaré en parte escusado, si los que aqui pusiere por via de exemplo no parecieren tan bien.

Y de las maneras de motes, es una muy buena y graciosa jugar con un vocablo en diversa significacion: como un Caballero, que trayendole loco á su tierra, preguntó al pasar por una Aldea; ¿Qué Lugar es este? Y como le dixesen que se llamaba el Casár, respondió en este mote:

Quien pasa por el Casár,
Por todo puede pasar.

Diciendo una muger vieja y fea á un Señor de titulo de esta Corte que se queria casar en Valdemoro, respondió: No en Valdemoro se tornaria, quien con vos se casaria, Señora Fulana.

Asi

Asi tambien jugó de
con dos sentidos bien con
misma letra, un Gentil-ho
dolid, que habiendole dic
sea ciertos desdenes, y q
persuadir que ninguna r
bien á hombres, parece qu
niese á las orillas de Esgu
chuelo, á donde acuden c
dicias del Pueblo, la resp
Soneto.

En medio de Esgueva ent
Que el turbio rio allá Pisuer
A donde de continuo hay fruta
Estaban declamando dos Past
O Ninfa, en quien amor no
Ni hay amador que solo amor
Siendo vos Ninfa de la estrec
¿Cómo podeis pasar sin servic
Ahora esteis en Puente, Barc
En medio de las flores asenta
Gustando su licor tan esmerad
Que no es posible, ó Ninfa d
Que no haya algun Pastor vue
Siendo de todo el Pueblo vos

A este proposito, to
sentido literal, hizo un (

Alcalá una graciosa interpretacion dando un examen; el qual habiendo de comenzar en romance, (como es costumbre) dixo el preámbulo en latin; es á saber: *Amplissime Rector, gravissimi Doctores, nobilis juventus*, que es como decir: Amplísimo Rector, gravísimos Doctores, noble juventud. Pues como comenzó en latin dieron muchos golpes y patadas en señal de que hablase en romance. El porfió á decirlo asi, diciendo: Miren vuesas mercedes, que no suena tan bien en romance como en latin; y viendo que pateaban tanto, comenzó en romance con el sonido literal en esta forma: Muy ancho Señor Rector, pesadazos Doctores, noble mancebía, echando los ojos á las mugeres que estaban en las ventanas del teatro. En la qual entrada tuvo donayre y agudeza de interpretar el sonido solo: y asi fue recibido por mote, y dicho gracioso.

Algunos hay que quieren hacer esto, y no saben, y dicen unas palabras frias y de ningun sentido, esto con mucho desabrimiento, como es si les preguntan: A dónde está Fulano? Responden: Adonde tiene los pies, ó entre Cielos y tierra. Asi que hablan de otra manera que se espe-

ra-

raba, y sin ninguna sutil
mejantes frialdades pierde
cuerdos y bien hablados.
tienen este credito, de la
tenia un pobre hombre qu
otros que le daban credit
de mas de treinta mil d
guntandole, ¿cómo era po
pobre y desmedrado? Resp
ro está, Señores, que si y
qualquiera cambio: Seño
estár yo rico, y tener do
de renta, y casa alhajada
rece que habia menester
cados? ¿no me dais credi
digo? El me responderia q
y lo mismo los demás c
segun esto, teniendo credit
ser creído, ya puedo decir
dito de treinta mil ducado
nera probó éste su credito
diferente sentido.

Algunos otros hay tan
ta materia de motejar y b
se les entiende quando ha
de burlas, y por la muc
que tienen en el hablar de
fraces, quando acaso han
ras, como no son creído

juramentos; y asi, para no venir á estos terminos deben ser mas las veras que las burlas.

Y si algunas burlas hicieres por via de donaire, no sean pesadas como es el tomar algo á tu amigo que le dés cuidado, y pesadumbre mientras no lo halla, y hacerle sospechar, y andar desvanecido; ni tampoco tengo por buenas las burlas á golpes y porrazos, pues por ellas se ha visto venir á enemistades.

Pero porque no es nuestro intento ahora razonar quáles sean buenas ó malas burlas y motes, ni traer mas de los que son menester para comparacion á cada proposito, lo remito á muchos tratados que hay de dichos graciosos, y cuentecillos.

Baste, que los motes tienen en sí cierto testimonio de su donaire y belleza, ó de su frialdad y disgusto. Y para conocer si es bueno ó malo, no puede errar quien advirtiere en esto, y es, que el que moteja no sea muy confiado de sí mismo; porque se ve claro, que quando el mote es bueno y agradable, se le pagan luego de contado, solemnizandole con la risa y fiesta que le hacen; y quando no es aprobado del gusto de los cir-

cunstantes, se corre el
se guarda de no motejar
verdad que el defecto es
que le oye: y no siendo
ha de quedar convencido
tencia difinitiva, pues no
para sí mismo.

No menos que el saber
gracioso, ó un dicho agudo
el saber responder con p
quiera pregunta: y hay alg
niosos, y dotados de gra
ponden con tanta breveda
gunta, ó aplican á lo que
naire tan ingeniosamente
que le estubieron pensando
po para sacarle á luz.

Cuentan de aquel famo
buscandole unos sus cont
no le conociesen en el rost
raron conocer en la prest
con que respondia á todo l
guntaban; y asi tres de ell
ron con él, le preguntaro
tas juntas, por vér si se
no, y diciendole el uno: D
el segundo: Dove da la q
cero: Quanti son di Luna?
de dónde venís? A dónde c

Quántos son de Luna? El qual con solas tres palabras, respondió á todos tres, diciendo: Da villa, al culo, in quinta, de la Villa, á las ancas, cinco: Y asi fué conocido por esta su presteza.

DEL HABLAR CONTINUADO.

Hallase otra manera de dár entretenimiento, puesta en el saber hablar; es á saber, quando el donaire no consiste en los motes y dichos graciosos, que por la mayor parte son breves, sino en el hablar continuado, lo qual conviene que sea con orden, y bien expresado, de suerte, que el que hablare, sepa representar propiamente el modo y uso, con los hechos y costumbre de aquel de quien habla, de tal manera, que el que oye, le parezca ver con los ojos las cosas que le vá diciendo.

Y esto del saber bien decir, ha de ser no haciendo diferencias y demasías de tonos, ni tampoco como hacen los que representan Comedias. Y para ello es menester tener bien en la memoria el caso, cuento ó historia, y las palabras prontas y aparejadas para no hablar con bordon, (como hacen algunos) diciendo: Asi Se-

ñores, que como digo; y en
aquel tal, ó el otro, como se llan
dadme á decirlo, acordádme el
&c. que todas estas son malas n
que molestan al cuerdo oyente. Y
citáre un acontecimiento, en el q
vengan muchos nombres, no se
cir: aquel dixo, ni el otro habl
respondió; porque todos pod
aquel y el otro. Y el que lo
mente se puede errar, y no en
quien se dixo; y por esto conv
el que razona ponga nombres
cuidado que no se le olviden.

Tambien suele acontecer
tener tan poco cuidado, que
ván hablando se les pasa de
por dexarse divertir en otra
preguntan, ¿qué era lo q
que se me ha olvidado? Est
de hacer sin culpa del que
blando como la tendria el q
cion, ó alguna otra cosa, s
ta de lo que está haciendo
rece que dexarse olvidar a
ca estima de los que le o

Allende de esto se d
guardar de no decir cosas
que no son de substancia p

diciendo: como acontece estár los que oyen esperando el suceso del cuento, y decir el que le cuenta: aquel tal, que fue hijo de Fulano, que iba muchas veces á casa de un tal Mercader, que fue casado con una flaca, que llamaban la tal ¿no le conocistes? ¿Cómo no? antes no conocistes otra cosa: Un buen viejo muy derecho, que traía el cabello largo y peinado: Y asi cosas de esta manera; porque si no hacen mucho al caso, por demás es gastar el tiempo, pues atajan con ellas el gusto que se recibe con lo que se vá diciendo, y es de poco fruto para los que los escuchan, especial si son apresurados, y deseosos de saber el paradero, y no se le debe dár pena en esto, quando no se les dá mas que sea hijo de Pedro, que de Juan.

Y para el contar novelas ó cuentos, era de parecer un famoso Retorico, que quando se hace en ellas relacion de muchos, se deben componer y ordenar primero con los nombres y sobrenombres; y despues basta referir solo los nombres, porque estos son puestos segun la voluntad de sus padres, y los sobrenombres, segun la calidad y descendencia de las personas. Y si en la tierra donde es-

tamos no hay persona muy con
que nos viniese á cuento, se deb
rar el caso, ó comparacion en ot
ra, y poner el nombre como nc
ciere, para contar el cuento sa
mente y continuado, sin decirlo
drones y remedos. De esta ma
mueven los que nos oyen á may
cion, y nosotros quedamos sat
y ellos pagados. Y tiene tanta fi
ta manera de hablar asi, propia
ta, que muchas veces acaece pa
el caso que de suyo no es muy
y asi tambien el que de suyo
cho donaire, puede ser contad
ta frialdad, que le destruya y
der el que le cuenta: y aunq
son necesarios los ademanes
lla gracia que dé la viva voz
mucho efecto, no por eso de
recer bien, y conocer la dest
propiedad en el que lo
bien por escrito con buen
exemplares y comparacione
aparentes, que por ellas se
la imaginacion la cosa com
si realmente la viesemos: y
comparar nada, diciendo ó
parates, como algunos qu

danza de su cuento los que les están oyendo, diciendo: Haga v. md. cuenta que es Fulano: llegó el otro de esta manera y sacudióle así; y en lugar de comparacion, dán tales porradas de brazos, y lengua, que no hay quien los aguarde. Hay otros tambien, que dicen mil desatinos por comparaciones con tanta impropiedad y groseria, que dán que reir, como hizo en una Aldea un Sacristán, que para hacer unas amistades, y persuadir á unos que se amasen y quisiesen bien, les dixo: No os amasedes mas que mi mula, y el rocin de Anton de Madalena, que juntos se iban al prado, y juntos pacían, y juntos se volvian á casa; pues quando dos bestias se quieren y aman tanto, ¿por qué vosotros no tomais exemplo en ellas? De manera, que para la propiedad de lo que se cuenta y compara, hallamos, que con mas gusto se suele escuchar ó tener presente delante de los ojos aquello que se puede decir que aconteció á las personas que conocimos, que no lo que aconteció á los estraños que no vemos. Y es la razon, que como sabemos que aquel tal de quien se habla lo suele hacer asi, (por haberle visto como cosa

 de

de presente) asi ló que se cuenta de los estraños, no es tan bien recibido.

Las palabras, asi en hablar continuado, como en los otros razonamientos, quieren ser claras, de suerte, que qualquiera de la conversacion las entienda facilmente: y en quanto al sonido, y su significacion, buenas y hermosas; porque si te puedes dár á entender, diciendo la boca ó el labio, mejor es que no decir el hocico; y mejor dirás el vientre lleno, que no la panza llena, y si puedes ser entendido diciendo, el vientre embarazado, mejor será, que no la barriga llena.

DE LAS NOVELAS, Y CUENTOS.

Allende de las cosas dichas, procure el Gentil-hombre que se pone á contar algun cuento ó fabula, que sea tal, que no tenga palabras deshonestas, ni sucias, ni tan puercas, que puedan causar asco á quien le oye, pues se puede decir por rodeos, y terminos limpios y honestos, sin nombrar claramente cosas semejantes, especialmente si en el auditorio hubiese mugeres; porque alli se debe tener mas tiento, y ser la maraña del

del tal cuento clara, y con tál artificio, que vaya cebado el gusto, hasta que con el remate y paradero de la Novela, queden satisfechos y sin duda. Y tales pueden ser las Novelas y cuentos, que allende del entretenimiento y gusto, saquen de ellas buenos exemplos y moralidades, como hacian los antiguos Fabuladores, que tan artificiosamente hablaron, (como leemos en sus obras) y á su imitacion debe procurar el que cuenta las fabulas y consejas, ú otro qualquier razonamiento, ir hablando sin repetir muchas veces una misma palabra sin necesidad, (que es lo que llaman bordo) y mientras pudiere no confundir los oyentes, ni trabajarles la memoria, lo procure, escusando toda escuridad, especialmente de muchos nombres, de manera, que si en la Novela no hubiere mas de un Principe, ó un Rey, habiendole nombrado al Principe, basta despues repetir solo el dictado, como es decir: El Rey, el Principe, el Capitan, el Doctor. Y pues en todas las cosas de este Tratado procuramos traer comparaciones y exemplos al proposito, en este que se nos ofrece, pondrémos un cuento, del qual (por haber parecido bien á

unos discretos Cómicos) se hizo una hermosa Tragi-Comedia. Y porque en este libro procuramos dár pasto á los mas gustos, el que de esto no le tuviere, pase la Novela, si le pareciere larga, y prosiga las demás cosas de este Tratado,

NOVELA
DEL GRAN SOLDAN,
con los amores de la linda Aja, y el Principe de Napoles.

En la gran Persia hubo un Soldán, que por su esfuerzo y valor habia conquistado mucha tierra, al qual habiendo faltado la vista de los ojos de un accidente que le sobrevino, sentia la ceguedad, mas por no poder proseguir las empresas comenzadas, que por el fastidio que le daba. Este, pues, habiendo juntado todos los Físicos de su Reyno, para que aplicasen remedio á su enfermedad, sus Vasallos deseosos de esto le trageron un muy famoso Medico Christiano, que por infortunios habia

venido en poder de un Bajá. De éste tenia esperanza el Soldán le daria remedio, (como le habia dado á otros sus Vasallos en muy peligrosas enfermedades) y asi con grandes promesas que le hizo de libertad y riqueza, se puso en sus manos. El Físico hizo con muchas experiencias todo lo que pudo; pero no bastó remedio humano que le hiciese, se escusó con el Señor, suplicandole conociese su buen deseo y voluntad, la qual no le fue con tal intencion recibida, antes el Soldán tomó sospecha, que por ser Christiano le encubria la salud, y mandóle meter en muy cruel prision, ordenando, que si dentro de ocho dias no le diese remedio bastante para cobrar la vista, fuese despedazado de sus Leones. Este, pues, habiendo estado los siete dias en una mazmorra, viendo la muerte tan cercana, determinó de buscar manera como alargar la vida, entreteniendo al Soldán con fingidas esperanzas; y asi pidió le llevasen ante él, porque le queria dár remedio. Puesto en su presencia, despues de haberse escusado de no habersele dado antes, le dixo, que una sola cura habia hallado; pero que habia de tener paciencia por algunos dias, porque

se

se dilataria la cura, (aunque
si con diligencia se buscase
de noble sangre, valiente, bi
xionado, hermoso, sabio, y l
porque con la sangre, y sul
corazon de él, (mediante los
yerbas que él pondria) cobrar
como le diesen á él lugar de b
nas yerbas para este efecto.
aceptando su consejo, le dió li
pudiese andar libre por su Re
y con esta esperanza, comuni
tento con la Soldana, y con la
su hija (doncella famosa por s
da hermosura y valor.) Despa
el Soldán algunos sus BsJaes
sos Reynos, para que le buscase
sionero, qual convenia para su
prometiendo grandes mercedes
acertase con la empresa. Suce
como uno de sus Capitanes lle
una Galera á un Puerto del R
Napoles, y alli tuviese aviso, c
nos Caballeros mancebos anda
aquella parte á montear, pusos
boscada para haber la presa. A
aquella sazon el Principe de
por aquella parte á caza, el qu
guimiento de un corzo se hab

tado de los suyos. Este pues, era mozo de veinte y tres años, dotado de todas las calidades que el Medico Christiano habia pedido, el qual siendo salteado de los Turcos, aunque se defendió como muy valiente Caballero, despues de haber muerto y herido á algunos, con gran presteza fue preso y puesto en la Galera, y llevado al gran Soldán, que yá que no le conocieron por Principe, todavia sospechaban ser caballero de alta suerte. Qué tal fuese la tristeza con que en aquel Reyno quedaron el Rey, y la Reyna, sus Padres, y Vasallos de la pérdida del Principe, bien se dexa entender; y asi, dexandolo para su tiempo, dirémos de su viage, que fue tal, que en breve llegaron á la gran Persia, adonde fue presentado al Soldán, el qual muy contento llamó al Doctor Christiano, para que siendo tal aquel Caballero, qual convenia para su salud, pusiese por obra el remedio. El Físico, viendose atajado y confuso, habló al Soldán á parte de esta manera: Gran Señor, yo no puedo negar que este mancebo no sea qual conviene para sanar vuestra ceguedad, pero él viene alborotado, y lleno de corage; y si los humores y complexion no

están sosegados, no tendrá vir
razon para nuestro efecto: es
que sosiegue algunos dias, y s
como este cautivo tenga conter
que sea con vanas esperanzas
bertad. Esto le pareció bien al
luego lo comunicó con su mug
dana, y con la linda Aja su hi
se ofrecieron, si le dexaban en
cio, de hacerle tales regalos, y
de libertad, que presto estubie
y contento. Y así fue hecho; po
go que fue llevado el Princip
sento de la Soldana, que era mu
so quarto, y salia á la ribera d
daloso rio, que entraba en la
empleado, por mas favor, en e
de la hermosa Aja, la qual de
y por mandamiento de sus padr
bia de regalar y mostrar muc
Asimismo tenia orden el Docto
trar quando quisiese á la comi
Reyna, y Princesa, para dár avi
do el Christiano estubiese en
y avisar al Soldán para hacer e
cio. Viendo el Principe el buen t
to que le hacian, no podia p
dónde naciese tanto regalo,
presto, aunque sospechaba ser

haberle conocido ; y como él de suyo fuese tan agradable y perfecto galán, supo tambien agradecer, y servir con tanta destreza y gallardía á su nueva Señora Aja, que la voluntad fingida, y de industria disimulada, que ella le mostraba, se convirtió en un amor entrañable y verdadero. Este le pagaba el Principe con otro tal, y asi se amaban secreta y recatadamente, tanto, que quando se miraban, les parecia estár en gloria. El Doctor, que en esta sazon no debia de tener los pensamientos ociosos, viendo la priesa que le daban, procuraba medio para poder huir, porque tenian aplazado, que de alli á cinco dias habia de ser el sacrificio del Christiano, y no saliendo con el remedio, él habia de ser despedazado de los Leones. En esta sazon, saliendose un dia sobre tarde, paseando por la huerta la Soldana, y su hija con el Christiano, se apartó la Princesa, y el Principe, puesta la mano en su ombro, y mirandole muy tiernamente, le conjuró por el mucho amor que le tenia la digese quién era, prometiendole de tenerselo secreto; el qual con la mucha confianza de su amor, y en fuerza de la fé, y palabra que su Señora

le

le habia dado, le contó la v
mo era Principe, y unico
Napoles, suplicandola todavi
cubriese por la mucha difi
habria para su rescate. Pue
ella entendió quien era, y
en que estaba, comenzó á ll
gamente, aunque por amor
dre lo disimuló lo mas qu
este punto la Soldana hizo
Doctor, que se llegase, y vie
en buena sazon el Christia
dole la buena maña que se d
ja á engañarle, para tenerlo b
tento, y ella se quedó á la mi
algo distante, alli en la huert
mo el Doctor llegase adon
los dos amantes, la linda Aja
zó á maldecir disimuladamente
que diese orden, como no se
concertado, y su padre sana
via, sino que entendiese, qu
cia como habia propuesto,
nase, le habia de hacer ma
mas, que ella entendia, qu
maraña para alargar la vida,
se al Principe, le dixo: Ya, S
tiempo de encubriros lo que
que aqui tratemos del reme

la sentencia que le estaba dada, y todo lo que pasaba, de qué manera le tenian (por consejo de aquel Medico.) la muerte aparejada; pero que no tubiese pena, que ella daria traza como se pudiese librar, para lo qual se habian de poner todos tres como estaban en huida, en una Barca que á la ribera estaba, encomendandose á su buena fortuna, y allí le prometió de ser Christiana, y le pidió palabra de ser esposo, para que le llevase á su Reyno por Princesa de él; y que mediante algunos hechizos que ella habia deprendido de su madre, daria orden cómo poner sueño el dia siguiente á la Soldana, y á sus Damas, para que en este medio se pudiesen ir todos tres con el tesoro de su padre (del qual ella tenia las llaves.) El Principe quedó atónito quando supo lo que pasaba, y mucho mas de la destreza, y habilidad de su Señora, y del mucho amor que le mostraba: lo qual agradeció lo mas y mejor que allí pudo; y no viendo la hora que vér puesto por obra este negocio, se concertó para otro dia en acabando de cenar la Soldana, y asi tomaron su acuerdo, conforme á la traza de la hermosa Aja. El dia siguiente ella se

metió en la Cámara del tesoro
su padre, y allí apartaron en
las mejores joyas, y piedras d
habia, con toda la suma de oro
era innumerable cosa, y qua
Soldán y sus antepasados estal
de muchos años. Esto hecho,
como tener prevenida una Ba
mejores de la ribera, con ac
la queria para holgarse ella y
y algunas Damas, segun otras
hacer. Venida la noche, y acaba
la hermosa Aja, mediante los e
tos y mágica que sabía, puso
ñuo, que fue pegar una ced
con sangre de drago en un pe
el qual no le huvo prendido e
la Sultana, quando le vino un
fundísimo, y tal, que quedó
hasta bien entrado el Sol del
te. Luego mandó que se ret
las mugeres, y escondió al Pr
Doctor en la misma Cámara
y quando entendió que todos
cogidos durmiendo, y que l
podia despertar, se fue muy
dulce esposo: y finalmente,
ayudandose muy bien, carga
aquella riqueza en cofres, y

lo metieron en la Barca, habiendo, entre las otras cosas de grande estima, tomado una espada, que fuera de la pedrería que tenia, era de tal valor, que por donde cortaba, deshacia todos los hechizos y encantamientos. Y asimismo una sortija de memoria, toda de un diamante, así el cerco, como la piedra, hecha en dos medias, que quando se juntaban, tenia virtud de acordarse, quien la tenia, de todo quanto pudiese haber hecho, y pasado por él hasta aquel punto. Con este tesoro, y ricos vestidos que Aja recogió, se fueron todos tres á la Barca, que ayudada de las velas y remos, se dieron tan buena maña, que metidos en alta mar con tiempo próspero, iban caminando la buelta de Napoles, el qual Reyno descubrieron una mañana al amanecer. Era grande el gozo de todos tres, especial de la hermosa Princesa, que con amorosas palabras solemnizaba su contento en haberse presto de vér Christiana, y en compañia de su amado Principe. En este punto vió Aja desde muy lejos asomar una Barca que venia á ellos con gran furia, y muy congojada se volvió al Principe, diciendo: Ay mi Señor que aquella Barca que hemos descubierto es

de la Soldana mi madre, que
gica, y encantamientos nos l
truir sin resistencia. El Princip
laba, haciendo donayre, que un
ger le pudiese conquistar; pe
yor consuelo que ella tuvo fu
de la espada que el Principe tı
dán: y asi, aunque con gran
muchas lagrimas, le aconsejó
bia otro remedio sino que c
espada cortase qualquiera cosa
Barca pasase, y no la dexase a
serian perdidos. En este medio
la Soldana con gran braveza,
dolos, y llamando de rufian, y
ger, y amenazandoles que ah
brarian de sus manos, y a
Principe, que no llegase, si no
muerta; ella no curando de
taciones, se llegó cerca del b
niendo las manos aferradas en
tra Barca para saltar en ella,
que estaba sobre aviso, la c
dos, y quanto habia arrimac
ca, y asi la hizo apartar
la qual, quando vió que por
espada se habia defendido de
diendo mas, dixo á la hija con
bia: Pues calla, traydora, que

ses de tu rufian, yo haré que por la primera muger que abrazare, te olvide á tí; y con esto se volvió hecha una Leona, sus dedos cortados. Ellos viendose libres de este peligro, y cerca del Reyno de Napoles, llegaron con mucho contento al Puerto, adonde el Principe muy disimulado, por no quererse dár á conocer por entonces, hizo llamar al Alcayde, al qual bien conocia, y descubriendoselo á él solo aparte: el Alcayde atónito de lo que veía, se fue á arrodillar para besarle los pies, y las manos; mas el Principe le hizo del ojo, y le mandó que disimulase, y le tratase como á un Caballero particular, que no se queria por entonces dár á conocer; y asi, mandando llevar todos los cofres, se fueron á descansar á su casa, adonde á sola su muger, y dos hijas que tenia, se dió parte del gozo tan grande: y bien se cree quál seria, pues por la pérdida de su Principe andaban todos en aquel Reyno vestidos de sacos negros, con la mayor tristeza que se vió jamás. Pues asi llegados, lo primero que Aja hizo fue christianarse por mano de un Obispo, á quien tambien se descubrieron, y el Principe se desposó luego con su Señora Aja; y otro dia, dexando-

dola encomendada al Alcayde
ger, y hijos, se partió él y e
trage de Peregrinos á present
de su padre, y ser el primer
se las albricias, prometiendo
y señora de venir luego con
recibimiento por ella; la qual
do lo que podia suceder, le
en el dedo la media sortija
de aquel diamante (que dixim
dose ella con la otra mitad.
nera llegaron á la Corte, ad
el Rey y la Reyna sus padre
en el Palacio, adonde al b
se le iban las lagrimas, asi
esperaba con sus padres, con
teza que por su ausencia ha
no; y diciendo, que traía u
importancia con el Rey, en
tecámara, y allí despues de
con los Caballeros mil burl
res con el gozo que tenian,
para que poco á poco dixe
padre su venida; de suerte
cha alegria no le causase
qual fue hecho todo muy b
alli padre y hijo, con m
y abrazos se recibieron.
Principe contando al Rey

so de su prision, y como por industria de la linda Aja se habia librado, llegó á la sazon la Reyna despavorida, y alterada con el mucho placér, abrazandole con muchas lagrimas. El Rey entonces dixo á la Reyna: Por mi vida, señora, os soseguëis, que me vá mi hijo contando la mas linda historia de su peregrinacion que se oyó jamás; y pidiendole que prosiguiese, y dixese á dónde habia quedado la linda Aja que decia, el Principe todo desacordado, dixo, como maravillado de un nuevo accidente, que él no conocia á Aja, ni sabía quien era, ni tal habia visto; y mientras el Rey mas se maravillaba de esto, mas lo negaba el Principe, hasta que la Reyna dixo al Rey, que le suplicaba le dexase, y no tratase mas de Aja, pues el Principe no la conocia, que gozase el bien que tenian. Y asi se divulgó luego la nueva, y hicieron grandes fiestas por todo el Reyno. Y porque se habia tratado de casar al Principe con la Reyna de Sicilia, (que por su pérdida habia cesado) enviaron luego sus Embajadores á ella, con acuerdo y voluntad de su hijo el Principe, que sin acordarse de su Señora Aja lo tuvo por bien; pues como esto viese el Doctor, y como

el Principe, no solo no iba c
recibimiento por su Señora A
aun se acordaba de ella, muy l
volvió adonde ella estaba :
se alteró mucho, antes most
ánimo, al Alcayde le mandó,
Doctor se fuesen á la Corte, y
sen la mejor casa que hubie
Palacio, llevando mucho or
de aquel tesoro, con facultad,
sen en el aparato de ella gra
tidad; y con esto envió un M
Rey, haciendole saber, que u
de Reyno estraño venia á su
negocio de importancia, que
tad le mandase hacer el recib
á su estado convenia. El Rey
de quién podia ser tan grand
mandó hacer recibimiento de
lleros de su Corte, pidiendo
briese quien era; porque él
corto en la honra que se le de
da Aja respondió, que de su
su Magestad quien ella fuese
niendo el Alcayde una gran cas
de brocados, y doseles, con r
dos y oficiales, como para ca
convenia, dió orden de recib
Aja con grande aparato, y o

las calles por donde habia de pasar, con las mas invenciones, juegos y danzas que él pudo hallar. De esta manera entró vestida con la mayor riqueza, que se vi Reyna, ni Princesa: y como su hermosura era la mayor del mundo, á todos le parecia que fuese mas que cosa humana El Rey y la Reyna estuvieron en part donde la pudieron vér pasar de su Palacio y lo mismo el Principe, quien al pasa quitó la gorra, y ella le hizo su acatamiento, mirandole mucho y tiernamente como aquella que no estaba olvidad de él: el qual, puesto que le pareció l mas linda criatura que hubiese visto, n se acordaba nada de ella, aunque not quan tiernamente le habia mirado: co lo qual, y ser ella tan linda, quedó nuevamente aficionado. De esta manera entró la hermosa Aja, con mucha maravi lla de toda la Corte, haciendo grande franquezas y liberalidades. Otro dia d mañana el Rey la envió á visitar con s Mayordomo Mayor: el qual, aunque er muy gallardo Cortesano, quando la entr á hablar, enmudeció de ver tanta belleza sin acertar á dár el recado. Aja le mand sentar, y favoreció mucho, de lo qual quedó como atónito, sin saber despedirse,

se, ni salir de alli. La Princesa
quererle mucho, y haberle con
buen termino, le dió lugar á q
con ella: y con este favor lleg
la ceguedad del Mayordomo,
le dexase aquella noche dormir
que fuese sobre un banco, po
se acertaba á ir. A lo qual la he
le dixo, que no solo donde él p
aun en su misma cama. El M
muy contento lo acetó, y qua
reció hora, pidió un peine y
dor para peinarse, diciendo á la
que aquello usaba el siempre, y
tierra era costumbre, y dandose
cesa con su propia mano, se
á peinar; y ella se acostó bie
porque no hacia sino llamarle q
se á acostar, y el bueno del M
escusarse que luego en peinando
le comia mucho la cabeza: y
peinandose hasta la mañana sin
cer otra cosa. La Princesa se
vistió, y le quitó el peine, y p
la mano, enviandole para maja
ciendo, qué necesidad tendria
se, pues ella no se peinaba. De
nera se fue muy corrido el pobr
yordomo adonde estaba el Re

brazo hecho pedazos, y la cabeza desollada de tanto peinar, quexandose del mal que la forastera le habia hecho, que fue bien reido del Rey, y Reyna y Principe: los quales no cesaban de burlarse de él, y mucho mas el Mayordomo de la Reyna, diciendo, que para qué se peinaba, que á fé que no lo hovieran con él: por lo qual la Reyna le mandó, que él fuese luego con el mismo recado, para ver como le iba. Fue, pués, muy contento; pero con toda su destreza le aconteció lo mismo que al primero, aunque por otra via; porque despues de haber comido y cenado, y pasado por los pasos que el primero, queriendole la Princesa dar el peinador y peine, él se escusó de peinar, pensando, que en aquello iba la monta, diciendo, que él no tenia necesidad de peinarse; pero tomóle un antojo muy grande de querer matar la vela que allí ardia, y asi la fue á soplar luego, y aunque la mató tornósele á encender, y él á soplar, y la vela á encenderse; se estubo toda la noche soplando, que aunque le llamaba la Princesa, respondia: Luego mi Señora, quando mate esta vela, que no ha de poder mas que yo. De lo qual la Princesa, y algunas de sus Damas que allí estaban,
gus-

gustaban mucho; y asi se estub
mañana en este exercicio, y ell
muy corrido. El fue á la Reyna
que deseaba vér en qué paraba s
za: tanto fue el contento del
yordomo peinado de vér est
parecia tener asma, que se le m
cho el enojo, y mas porque s
mejor de sus peinaduras. Y es
suspensos, el Rey y Reyna y el
de quien podia ser muger tan
y que tanto sabía, vino un recad
pidiendo al Rey audiencia sobre
cio que traía: el qual se la dió,
que viniese luego, y subiendo al
mandó la Reyna á sus Damas
biesen, y entró hermosísima, y
riqueza sobre si, pidiendo las
los Reyes, las quales no se las qui
hasta saber quién era, y qué qu
se les humilló, y se las tomó po
diciendo, que presto verian si s
dian dár de buena gana; y asi
Rey le hiciese justicia en mand
tuir medio anillo de memoria q
bia robado el Principe, el qual e
tenia en el dedo. El Principe m
rado, dixo, que era verdad que
pero que no se acordaba de hab

mado. Entonces la Princesa sacó el que ella tenia en su dedo, y en poniendole en el dedo del Principe, en el encage del otro, el Principe volvió en sí, como de un sueño, y abriendo los ojos, como viese delante de sí á su Señora Aja, hincandose de rodillas la fue á abrazar, diciendo: ¡O mi Señora, y verdadera esposa, y todo mi contento! y entonces acabó de contar al Rey y Reyna, sus padres, su discurso, y lo mucho que debia á aquella hermosa Princesa, los quales la abrazaron, y recibieron por hija: y estando en este gozo, entraron los Embajadores que venian de Sicilia, diciendo, que yá la Reyna se habia casado con otro Rey su comarcano, que al tiempo que la traían habia salido con grande armada, y la habia llevado á su Reyno, y casado con ella. De lo qual se holgaron mucho, viendo quan bien se habia hecho todo: y con muchas fiestas, y regocijos reynaron con mucha paz y prosperidad, succediendo en el Reyno el Principe, y la muy sábia y hermosa Aja.

FIN

FIN DEL CUENTO, Y PI
el Autor.

Debe tambien el que acaba
qualquiera cuento, ó novela
aunque sepa muchas, y le
buena gana, dár lugar á que
diga la suya, y no enviciarse t
to, que lo tengan por pesado
tuno, no convidandose siempre
pues principalmente sirven p
con ellas el tiempo ocioso.

Hase de guardar así en
en todo lo demás que se habla
piedad y pureza de los vocablo
tarse del comun uso, y verdad
es de ellos, procurando antes
no artificio: de manera, que
mun, y casero hablar podem
Sol, no hay para que diga el
mundo, ni estaba en el fronti
casa, por decir en la delanter
cir, que tomaba el frescór de
será bien decir, que recibia
la Aurora. Ni en las cosas or
tan palabras que sean fuera
guage; como algunos, que le
muestran grande habilidad e
bras fuera del uso.

Pues qué podiamos decir al proposito de las estudiantadas de algunos idiotas, que quieren hablar por metáforas, y terminos á su parecer subidos, y aventajados.

Habiendose venido una Navidad á ver á sus padres, y deudos un Estudiante, estando con ellos al rededor de la lumbre, pareciendole que mostraba su habilidad, hablando extraordinariamente, para decir: Allegad esa leña al fuego que me yelo los pies, dixo asi: Aplicad esos materiales aqui al consumidor de todas las cosas, pues veis que el diente mordedor de la natura me supedita el temple de los ambulativos. Acudió á esto su padre, que era práctico, y buen decidor: Pareceme, hijo, que la necedad que llevastes en romance, la traeis graduada en latin; y mal por mal, mas la quisiera en canto llano, que en contrapunto. Digo, pues, que deben ser las palabras lo mas que ser puedan, apropiadas y faciles, segun se usan en la tierra donde estubieres; y no tan antiguas, que se vuelvan (como dicen) rancias; pues se dirá mejor tapiz, ó paño Francés, que no paramento; y mejor se dice enseñar, que avezar; y acostumbrado, que no como algunos dicen: Estoy duacho á esto. Dexo aparte los Labra-

do-

dores y Aldeanos y otras ge
gares pequeños, que aunque
nos entretenga, y sea de dona
sotros, á ellos les está bien
sen salir de su ordinario, r
mal. Y en su tanto hay hom
buen entendimiento, que pued
ce y falta á muchos de los de
ro: por la mayor parte no ha
sino que si viesemos lo q
otros pasan en sus Consej
gustariamos mucho de ellos.

Caminando un curioso C
trage de Labrador, pasó por
á tiempo que estaban en Co
con ocasion del vestido que
pudo llegar á vér lo que alli
en aquel punto vió que se l
un Labrador de los que alli
tados, y quitandose su cape
los Alcaldes: Nobles Señore
morro, y Pedro Garcia se
par por Cohadres, si endilg
pondió el mas antiguo de los
engemineis tantos en la C
sucederá engobello, y no m
determinar.

En otro Lugar mas pe
que vió otro Alcalde, que

jadó, dixo de esta manera: Pasa aqui vos Meculas de Ana, y decí, ¿por qué traeis ese cochiello? A esto respondió Meculas de Ana; Traerle puedo por mi defendimiento. A lo qual el Alcalde con enojo respondió, puesto en el Tribunal: Pues quitadgele, y tomadgele, y de la picota colgadgele, y vos escriben loye, que asì lo sentencio, y mando.

Volviendo, pues, à nuestro proposito, digo que las palabras quieren ser claras, y esto será sabiendo tomar aquellas, que son del propio origen, y natural de su tierra, y no han de ser tan añejas, que estén duras para el entendimiento, y fuera de todo uso como los trages, y vestidos antiguos, porque por haber yá tanto que se dexaron, si alguno saliese vestido á lo antiguo, sería notado, y se reitian de él: por lo qual el que dixese membrése, por acordóse, y home bueno, por hombre bueno, y fincar, por quedar, y otras semejantes á éstas, parecería muy mal.

Tambien deben ser las palábras lo mas apropiadas que ser puedan, á lo que se quiere mostrar por ellas, y menos comunes á otras cosas, y significados, como decir: Fue conocido en las facciones; es

mas propio, que no: Fue conocido en la figura, ó imagen. Y mejor dirémos: Rechinó la puerta, que no: Gritó la puerta. Y mas propiamente dirémos, el temblor de la quartana, que no el frio, y otros muchos vocablos á este tono.

Ninguno puede bien hablar con quien no entiende la lengua en que habla, y por eso los curiosos, y especialmente Extrangeros, procuran saber Latin; por ser lengua tan comun en el mundo, y que de industria la aprenden por arte, á los que se les puede ofrecer peregrinar por Reynos extraños; y de mi parecer, los que pueden y tienen aparejo, no la debrian dexar de saber, para gozar del tesoro que hay en ella escrito; y la razon porque en España no se habla de ordinario, y bien, como en otros Reynos, es; porque en muchas partes la enseñan con muchos preceptos, y usan poco el exercicio de hablar en ella: pero en el comun uso, nadie debe salir de su natural lengua, si no tuviese mucha necesidad. Y si el Español hablare con el Italiano, ó Latino (que sabe que entiende bien romance) no tiene para que hablar en Italiano. Ni el Italiano ó Extrangero, que sabe el Español con quien habla la entiende,

no

no tiene para que hablar en romance, para escusar de decir gazafatones. Y hase visto el Italiano hablar en Castellano por pompa, y gallardía con el Español, y el Español con el Italiano, é ir rebentando el uno y el otro, y con facilidad conocerán en entrambos, que hablan mal: y quando los oyese alguno, se reiria de ellos, viendo las impropiedades, y tonterías que se dicen.

Estando, pues, en este termino un Español con un Italiano su amigo, hablando cada uno la lengua del otro, como se detubiesen tanto en sus razones, sin declararse bien, le dixo el Español: Pareceme, Señor, que si no destrocamos lenguas, no podemos pasar adelante: por eso vuelvame mi romance, y tomese su Italiano.

Puedo decir á este proposito, que un buen bebedor, llamó borracho á un Christiano nuevo, y el otro llamóle Judio; y habiendose acusado, y dado queja el uno del otro, estandolo averiguandole el Juez, dixo el bebedor: Señor, él confiesa haberme llamado Judio, y yo no niego haberle llamado borracho, vayase lo uno por lo otro, será pata; y sino vuelvame mi borracho, que yo le volveré su Judio:

y asi el Juez los dexó libre:
amigos. Digo, pues, volvie
posito, que nos debemos g
blar en esta lengua extran
no hubiere necesidad de ell

Debe tambien el discret
bre procurar que sus palabr
y honestas, y bien sonantes
cir, que tengan buen sonido
y buena significacion; porq
nas palabras que lo son en e
y no en el sonido, como q
Fuése reculando atrás, por
se retrayendo que en quanto
cacion, mejor, y mas hon
dice la amiga, que no la ra
jor: Era amigo de una mala
no: Era rufian de una su ma
ra, ó tal, y peor vocablo. Y
una palabra podemos darnos
en cosas de esta manera, r
con dos, como decir: apre
gozó de ella, si ya no las t
el donayre que tuvo un Alde
niendo por una dispensacion
Curial, Señor, acá me ha
para comprar una dispensa de
tifice: y preguntandole el No
bia tenido acceso ó copula

Si señor, ya hemos tenido enciensos y popula, y está preñada: que loores á Dios, no me podrán echar por omnipotente.

A un Letrado de esta Corte le acaeció con otro Labrador un caso gracioso, que siendo su letrado, despues de haberle tratado de su Pleyto, le dixo: Señor Licenciado, yo quiero con licencia de V. md. dár un par de nalgadas á la Señora su muger. El Letrado estuvo algo alterado de esto, hasta que prosiguió el Labrador, diciendo: Y en verdad, que me atrevo á darselas; porque el tocino es bueno: y asi fué que por decir lunadas de tocino, las llamó nalgadas.

Todas estas cosas se deben advertir en los razonamientos: y queriendo tomar mas amplia materia, se puede cada qual aprovechar de las reglas y documentos de la retórica: pero en lo que acá llamamos buena cortesía, es necesario usar de palabras modestas, gentiles y dulces, que no tengan ningun sabor amargo, y asi antes nos conviene decir: Yo no me declaré bien, que no: Vos no me entendisteis. Miremos bien, si es asi como vos decís, que no: Vos os errasteis, ó no es verdad, ó no lo sabeis; porque es uso cortés y amable el disculpar á

otro, aun en aquello que tu entiendes que tiene culpa, antes se debe hacer comun el error propio de tu amigo, y tomar primero una partecilla para tí, y despues reprehenderle á su tiempo, diciendo: Nosotros erramos el camino; y no se nos acordó de hacer esto: aunque sea verdad, que la falta de memoria estubiese en el otro, y no en el que se mete en la culpa. Y si alguno te prometió alguna cosa, y no lo puede cumplir, ò se descuidó, no está bien decirle: Vos me habeis faltado de vuestra fé y promesa, ó no teneis palabra, no habeis hecho cuenta de mí; porque tàles palabras punzan, y tienen en sí alguna ponzoña de infamia y villanía. Y los que acostumbran semejantes maneras de decir, son tenidos por asperos, y de poco ingenio; y así se huye de ellos, y de su amistad, como quien se aparta de mezclarse entre zarzas y abrojos, que dos por tres, (aunque sean cosas de ayre) son ocasionadas para echaros á perder; y así, no se debe jamàs hablar, sin que primero se haya formado en el ánimo lo que se ha de decir, para que tus razonamientos tengan buen parto, y vayan concertados. No debes tampoco procurar de ser el ha-

bla-

blador en las conversaciones, como tampoco pareceria bien, quando estás entre tus iguales, callar siempre; puesto que de estos dos estremos, menos se yerra callando. Como cuentan de Pionano, que fué en Italia un hombre muy gracioso y discreto, que diciendole uno muchas injurias y villanías, las oía y callaba; y siendo preguntado, por qué no hablába, y volvia por sí, respondió, que quando se las decia, consideraba, que del haber callado jamás se arrepentió; y del haber hablado se habia muchas veces arrepentido.

Verdad es, que los que hablan bien y graciosamente, sin perjuicio de nadie, están disculpados; y con todo eso ha de ser con tanta modestia, que dén lugar, y entrada á otros que hablen, mientras no le dieren las veces para que él solo hable: pero en esto del mucho hablar hay algunos tan apasionados, que ponen todo su gusto y deleyte en que les dexen hablar.

Y si acaso están dos habladores en un corro de gente, por maravilla se hallan bien juntos; porque cada uno querria ser el gallo de la conversacion donde está. Como le aconteció à un Caballero en esta Corte, muy grande hablador, que habiendo-

dose de ir à Cordova, el dia que se puso en camino, recibió un Lacayo que le acompañase, el qual en su tanto no era ménos amigo de hablar que su Amo, y fué así: Qué desde que salió de Madrid, hasta que llegó al Pueblo donde habia de hacer su primera jornada, en quatro leguas que habian caminado, el Amo no habia cesado de hablar con el nuevo mozo, haciendole preguntas, y contandole cuentos, sin darle entrada al criado para que pudiese hablar palabra. Por lo qual él se despidió diciendo: V. md. se cansa, y no me hace la merced; porque V. md. habla mucho, y yo tengo esta misma pasion de hablar, y como no me da entrada en el juego, ni hago suerte, rebentaria si de esta manera sin hablar llegase de aquí à Cordova; y por esto no quiso ir con él por mas que se lo rogó.

Pero si no tubieres en poco estos avisos, yo te aconsejo, que quando hablares tengas cuidado de entender la voluntad con que es recibida tu plática, y midela conforme al aplauso de los que te oyen.

No estés tan confiado, que te vayas escuchando, digo contentandote à tí mismo, haciendo visages con la boca, y movimien-

mientos con el cuerpo, dando siempre de manos, y brazos como quien representa; porque hay algunos, que de quanto fabrican en el entendimiento, hacen modelo de sus manos, jugando con todos los dedos de ellas.

La voz no ha de ser ronca, ni aspera ni se debe hacer mucho ruido con ella, por causa de risa, ni de otro accidente, como algunos, que rechinan con ella, que parecen carros por untar. Ni se puede hablar mientras está bostezando, ni estár tan descuydados con la memoria, que comiencen à decir la palabra, y se estén tartamudeando un rato primero que la saquen del cuerpo. Y el que fuere tardo de lengua, ò ronco, no quiera hablar mucho, sino corrija el defecto de su lengua con callar y oír, que aun se puede con algun estudio tapar el defecto natural. Tampoco parece bien alzar la voz como quien echa vando, ni se debe hablar tan paso que se dexe de oír; y si no te hubieren oído la primera vez, debes la segunda alzar mas la voz, y no cansarte siempre con un tono. Ni tampoco has de hablar à gritos, porque no te oyeron quando hablaste primero tan paso. Han de ser, pues, las palabras bien ordenadas, segun lo que es uso y costumbre,

bre, y no atadas, ni revueltas aca, y allá, ni entrincadas, como algunos usan por gallardía, como es decir: Mi lumbre se deslumbra en vuestra lumbre, que son maneras solamente convenientes à Poetas, si no fuese, quando de acuerdo de todos, y por donaire están tratando poesía, y echando versos, adonde si vieres, que los de tu profesion, y edad se desenvuelven, y entretienen en esto, no te debes tú de mesurar, ni extrañar, sino decir algo de lo que supieres à las vueltas; y sino tubieres tanta facultad en poesía, sea poco, retrayendote à su tiempo, como buen esgrimidor; porque al fin semejante exercicio no ha de ser ordinario como ahora dirémos.

DE LOS QUE SE DAN á la Poesía sin tener partes bastantes.

Porque hasta aquí hemos tratado del saber bien decir y motejar, y de la presteza y gracia que es menester en esto, y asimismo de los que sin facultad de ingenio porfian á querer hablar, y entretener la conversacion, por contentar á sí mismos, mas que à quien los oye, trataré

no de la confianza que algunos tienen de sí en estas cosas de Poesía.

Para lo qual daré por regla primera el recato con que el curioso gentil-hombre ha de tratar de esta materia; pues no le obliga su policía y gentileza á que lo sepa, ni gaste tiempo en ello, quando su natural no le ayudare mucho: y aunque hay muchas reglas que saber, la principal es, conocer cada uno el caudal y facultad que tiene para ello, porque la Poesía para poder parecer, ha de ser muy buena, que si en alguna cosa no se sufre medianía, es en esto. Verdad es, que pocos componen metros, que no estén muy confiados; y à su parecer piensan que son los mejores que han salido: y como los gustos, y opinion de la gente sea tan diferente, siempre hallan quien les dé aplauso y oido; y por ventura quien los anteponga à Poetas muy graves, con la novedad, y diferencia que tienen de los pasados; como tambien hay personas tan templadas à los viejos, que ningun metro moderno les contenta, aunque sea mas sutil y elegante que los antiguos, que ellos tomaron de memoria en su tiempo; porque hay hombres, que se calzan con un solo zapato: digo, que lo que primero oyen les hin-

hinche tanto el gusto, que no dexan vacío en él para lo que puede venir, aunque sea mejor. Solo se infiere, que la bondad de la Poesía vulgar puede ser una, así la que pasó, como la que se usa: y porque no es mi intencion hacer cancionero aquí, ni arte de Poesía, me remito à lo mucho, y muy bueno que hay escrito, antiguo y moderno; solo diré, que el curioso gentil-hombre conozca su talento; y si diere en ello haya visto, y leído mucho, y no se rija por su propio gusto, sino por el de los que de esto entienden. Y en las cosas graves, y de muchas veras, si no se halla pronto y facil, no se le dé mucho de reducirlas á consonante, que no siendo muy sutiles, solo dán gusto al que las hace, y enfado à quien las oye, mayormente quejas de amor, y penar y morir sin saber acabar. Y por eso las Poesías que se hacen para tomar pasatiempo suelen ser bien recibidas; y si alguna faltilla hubiese, se disimularia mejor que en las cosas graves y severas, como seria una cosa pastoril y de donaire, poniendo la propiedad de lo que pasa en las Aldeas, segun hemos visto muchos Sonetos, y Madrigalejos graciosos; de los quales pondré solo uno por comparacion, que

fue

fue hecho à un Consejo de un lugar que se habia hecho Villa.

SONETO.

Rematóse con voz de pregonero,
Dentro en Consejo, el Soto, y el Molino
Siendo Alcalde el Señor Pasqual Merino,
Y Pablo Borracal su compañero.
A Aparicio quitaron ser Porquero,
Y dieronlo á Lorenzo su vecino,
Y macho á diez, y á diez y seis tocino,
Se obligó todo el año el Carnicero.
Sobre poner la encina, y la bellota,
Y dár á Macebras la Barbería,
Se salió Marco Gil de Ayuntamiento.
Tratóse el adobar de la picota,
Porque dixo con saña Gil Garcia,
Bien parece á la mi fé el Regimiento.

Todas estas cosas de donaire, que los buenos ingenios hacen aposta, para risa y entretenimiento, le dán muy sin perjuicio de su buena reputacion, que en este grosero estilo se manifiesta su buena habilidad y elegancia, y no les suele estár mal à veces un disfráz de estos: como el buen Musico, que qualquiera tonadilla que canta (aunque sean de las sin artificio,

y ordinaria) la hace parecer bien con su buena voz y gracia; pero quien no lo sabe hacer, y porfia à querer componer, y confiado de sí solo, saca obras suyas en público, ponese à ser juzgado: y estos tales, quando cogen al amigo en su casa, le martirizan con sus metros y sonetos; y Dios nos libre de una obra, ò discurso de amores en estancias largas tan hondas y prolijas, quanto es su dueño pesado, é importuno, que todo lo que os está leyendo en dos horas no ata, ni desata, y aunque no querais le habeis de oír, por ser la primera vez que le visteis. Dicen tambien, que para gustar mucho del metro, no se debe buscar en el medio, que en otras cosas tan importantes, sino los estremos. Por manera qué ha de ser muy bueno, para que dé gusto ò muy malo para hacer reir con él.

De los muy buenos, así antiguos, como modernos, llenos están los libros, y cancioneros de Poetas famosos, y laureados, á los quales remito al discreto Lector; pero de los muy malos, de bajo, y grosero entendimiento, bien se pudiera hacer un cancionero de Poetas modorros, que no fuera mal desenfado, y entretenimiento para los discretos; solo tocaré de

pa-

paso poco de esto malo por ser gustoso.

Hemos visto, y vemos cada dia humores de hombres gustosísimos, que pues nos han venido à las manos à este proposito, no dexaré de poner un poco en esta ensalada, y para nuestra musica servirá de tocar una farsa, ò por mejor decir, para esta farsa de entremés y pasatiempo.

Habiendose ido à examinar à Toledo un Ordenante, en tiempo de Temporas, presumiendo mucho de Poeta, dixo al Examinador, pensando de ganarle con sus chistes la voluntad: sepa V.md. que entre las otras cosas que nuestro Señor comunica con los hombres, à mí (aunque indigno) me ha hecho gracia de darme vena, y asi yo siento en mí, que se me viénen los consonantes de Poesía à borbollones, con tanta abundancia, que se atropellan unos con otros, y traygo algunos Villancicos à lo Divino para esta Santa Iglesia, y comenzandolos à leer, decia el primero:

Alegremonos, alegrèmonos,
Justo es que nos alegremos,
Alegremonos, alegremonos.

Otras muchas dixo à este tono, que hicieron risa, y donaire vér con las veras,

y

y confianza que las decia. Como tambien otro buen hombre, noche de Navidad, que se ponia á cantar éste:

Hai dedesme la mano
Pecadores he,
Y salvarnos he,

Y la letra decia:

Ay pecadores
Del cuerpo garrido,
Dedesme la mano,
Y aun en escondido,
Y salvarnos he.

Y otras cosas de esta manera, las quales se persuaden à decirlas delante de gentes, que no suele ser mal entretenimiento, como sea poco, y naturalmente dicho.

Pero el que no ha de ser Poeta, y ha de ir continuando su plática, no solo se debe guardar de las palabras que llevan consonantes; pero aun del hablar pomposo, y en tono como Predicador; porque puesto que es mayor maestría y dificultad predicar que no hablar, con todo eso, no se debe guardar à su tiempo, que seria co-

como el que vá por la calle, que no ha de baylar, sino andar; (que es lo que todos saben) porque puesto caso, que el baylar ó danzar es de mas artificio, no por eso pareceria bien ir danzando ó baylando, que esto se ha de guardar para las bodas y regocijos, asi, que ni mas ni menos te debes abstener de hablar haciendo tonos.

Procura asimismo guardarte de los que jamás cesan de hablar, como ya diximos; porque se ha visto algunos tener esta voluntad, de tal manera, que acabada la materia de lo que han hablado, no por eso cesan, antes vuelven á referir las cosas dichas, ó hablan en vacío, y si alguno sale con su razon, se la toman de la boca, que es como quando un pollo trae algo en el pico, llega otro, y se lo quita.

Y seguramente, que no pueden dexar de dár disgusto á los que les quitan asi las palabras; y ninguna cosa mueve tan presto á ira al hombre, como quando de improviso le estorvaron su voluntad y placér, por minimo que sea, que es como quien tiene alzado el brazo para tirar la piedra, y súbitamente se le tiene el que está detrás.

Todas estas cosas se deben huir, pues ántes en el hablar se ha de acudir al deseo de otro, que impedirlo: por lo qual, si alguno estubiere contando algun suceso, que acaso no es bueno, extragersele, ó decir que tú le sabes: ni quando fuere adelante con su historia, entremeter alguna hablilla ó donayre, ni zaherirle su razon con palabras ni señas, meneando la cabeza, ó torciendo los ojos, (como muchos hacen) afirmando no poder sostener el amargor de tal plática; ni por el semejante procures romper á otro la palabra de su boca, que es mala costumbre, y desplace, no menos que quando el hombre ha comenzado á correr, y otro le detiene: ni quando otro está hablando conviene hacer de tal manera, que los que le oyen le dexen por entreteger alguna novedad, y revolver para sí la atencion que le tenian á él; pues no le está bien despedir al que él no convidó, sino dexarlo á los demás que le escuchaban.

Asimismo debe estár atento al que está hablando; porque no sea menester á cada Credo, decir: ¿Qué? ¿Como fue éso? Como hacen muchos, que no es menos disgusto al que habla, que hacer es-

estropezar en los cantos al que vá andando.

Asi que todo esto, y generalmente lo que puede detener, y se puede atravesar en el curso de las pláticas del que razona, se debe huir: y si alguno fuere perezoso en el hablar, no seas tú tan colérico, que le pases adelante, ni le digas las palabras, como que tú tengas riquezas y abundançia de ellas, y el otro no, que muchos lo toman á mal, y especialmente los que piensan que saben bien hablar; porque se persuaden que no los tengas en lo que son, y que les quieres socorrer en su misma arte: como los Mercaderes ricos, que reciben afrenta que otro Mercader les ofrezca dineros, como que á ellos les falten, y sean pobres y menesterosos. Y debes saber, que á cada uno le parece que sabe bien decir, aunque por su modestia lo encubra.

Y no sabria yo adivinar de dónde esto procede, que quien menos sabe, mas esté razonando: y asi del mucho hablar conviene cada qual guardarse, especialmente si sabe poco; porque sería cosa rara hablar mucho sin errar, pues parece que el que habla sobrepuja en cierto

modo á los que le oyen, como Maestr
discipulos; y no le estaria bien atribui
sí la mayor parte de aquesta mejoría.

Asi como el mucho hablar dá pe
dumbre, tambien el mucho cullar la c
ría; porque estár uno callando siemp
adonde otros parlan, parece que no qu
re meterse á la parte del escote, y
hablar en tal caso, es abrir un ca
no de amistad con quien te oye: y
el contrario, el callar parece que es
quererse estár desconocido y encubie

Y asi en esta materia del hablar
de sus extremos, concluyo, procura
te sirva de modelo, y regla de poli
para vivir bien quisto; porque segu
cuenta en una antigua Cronica, h
en la parte de la Moréa un muy fa
so Escultor, llamado por su gran fa
Maestro clarísimo. Este siendo ya
mucha edad, hizo un tratado, en el q
puso todas las reglas y documentos
su arte, (como quien bien la sabía) m
trando como se debia mensurar los
manos miembros, para que tuviesen b
na proporcion y correspondencia: y
libro llamó el régulo ó regla, para
segun él ponia, se midiesen y regula
los bultos, que de ahí en adelante se

ci

siesen por otros Maestros; y para mostrar mas claramente su excelencia, hizo una estatua de un fino marmol, tan buena, y bien compasada, que mostraba bien ser exemplo y obra de su libro, y nombróla tambien la regla: la qual, juntamente con el libro, quedó para dechado perfectísimo á todos los Maestros Escultores, que fuesen de ahí adelante.

Ahora pues, caso que nuestro Señor haya permitido de otorgarme que este librito venga á ser la regla y medida que se puede tener, para imitar un mancebo agradable y bien quisto, servirá de lo que servia el primer tratado del Escultor; porque la otra estatua de marmol, que fue segunda regla, la qual es el poner por obra estos documentos, no los puedo poner por exemplo visible, segun hizo este gran Maestro, como sea verdad, que en las costumbres y manera de tratar de la gente, no basta saber la ciencia y regla; pero para ponerlas por obra, es menester el uso, el qual no se puede aprender en breve espacio de tiempo, sino en muchos años, y poco á poco, y en lo que uno ha vivido, puede enseñar al otro el camino en que él erró: y asi los que han caido y tropezado, tie-

 nen

sen mejor en la memoria los engañosos senderos y dudosos, mucho mas que quien no los ha visto por experiencia.

Y si en mi primera edad, quando los animos están mas tiernos y dóciles, hubiera yo tenido quien de todas estas cosas me avisára tan particularmente, por ventura hubiera sido tan considerado, quanto ahora procuro lo seas. Y debes saber, que aunque la fuerza de un buen natural sea grande, no por eso dexa de ser vencida y corregida del uso: y asi conviene, que á este uso se le opongan, y salgan al encuentro con buenas reglas y exemplos, antes que tome mucho poder y fuerzas; porque como dicen: Al enhornar se hacen los panes tuertos.

Esto las mas personas no lo hacen; porque se vá trás su voluntad y apetito, siguiendole á donde quiera que les lleva, obedeciendo á su natural inclinacion, como si la razon no fuese natural cosa en los hombres: antes esta razon tiene poder, como señora y maestra, de mudar los malos usos, y de ayudar y sobrellevar á la naturaleza (aunque ella trepiece y cayga alguna vuelta). Y como nosotros, por la mayor parte, no la escuchamos, podemos bien decir, que en lo

mas

mas somos semejantes á aquellos animales, á quien Dios no la dió (como son las bestias), en las quales obra algunas veces, no su razon, porque de suyo no la pueden tener, sino alguna cosa de la nuestra: como se puede vér en los caballos, los quales de su natural son selváticos, é indomitos, y el maestro de ellos los vuelve mansos, bien acostumbrados, casi como si tuviesen sabér; porque muchos andarian con mal trote, y el hombre les muestra á andar con suave paso, y á estár quedos, y correr, parar, y saltar, y ellos lo aprenden, y se sujetan á nuestra voluntad y razon.

Pues si el caballo, el perro, y las aves, y otros muchos animales, aun mas fieros que estos, se someten á la razon de otro, la obedecen, y alcanzan, (lo que su natural no sabia, sino que antes lo repugnan) y vienen á hacerse casi virtuosos, y cuerdos, no por naturaleza, sino por costumbre; ¿quánto mas se debe creer, que nos aventajariamos nosotros á ellos, por las reglas y documentos, que son sacados de nuestra misma razon, si les diesemos oídos? Pero los sentidos aman el deleyte presente, (sea qual fuere) y aborrecen lo que es enojo, y detienen-

nenlo, y por eso no se desecha la razon, pareciendoles amarga, como sea verdad, que ella les ponga delante, (no el placér muchas veces nocivo) sino el bien amargo, y congojoso, al gusto estragado, y vencido; porque mientras vivieremos conforme al sentido, serémos como el enfermo, que todo manjar, aunque sea delicado y suave, le parece malo y de mal sabor, y quejase de quien se lo dá, que no tiene culpa, pues él siente el mismo amargo de su lengua, y no el provecho y suavidad del manjar. Asi la razon, que de suyo es dulce, nos parece amarga, mas por nuestro mal sabor, que no porque ella lo sea, y como tiernos y regalados, no la estimamos; y disimulamos, y encubrimos nuestra culpa y flaqueza, con decir, que no hay espuelas, ni freno con que peder resistir, ni detener á nuestra naturaleza. Y cierto, que si los bueyes, y los irracionales hablasen, no podrian dár mas desconveniente, ni peor sentencia que ésta. Nosotros pues, seriamos siempre como niños en nuestra madura edad, que en la vejez, si no fuese por la razon, que con el tiempo crece en nosotros, y crecida, nos vuelve casi de bestias á hombres, por-

porque tiene fuerza y poder sobre los sentidos y el apetito, y asi el defecto es nuestro, y por nuestra culpa, y no de naturaleza.

Si yá no lo culpasemos por via de donaire, como referia en un teatro de mucho auditorio un gracioso Italiano, diciendo, que Madona naturaleza estaba errada en haber puesto en el hombre las piernas al contrario de como habian de estàr; porque la pantorrilla y talones, que habian de ir adelante, estaban atrás, y quando el hombre vá caminando, tropieza muchas veces en la espinillas, y en los dedos de los pies, que es grandísimo dolor, lo qual no haria, ni le doleria casi nada, si la pantorrilla de la pierna fuese delante, especialmente al subir de las escaleras, si estropiezan, y caen. Item, decia éste mismo, que el hombre deberia tener en la barriga una puerta, que se abriese y cerrase, para que quando estuviese indigesto y embarazado el vientre, abriendole aquella alacena, le desembarazasen y enjugasen las tripas, y no seria menester andar cañoneando la puerta falsa con tanta batería y munícion de pisteletes medicinales como se usan.

Y tambien serviria para que
lanes no pudiesen engañar á su
sino que quando les dicen: Señ
yo tengo aqui esculpida y ret
V. md. en mi corazon, lo pudi
vér por los ojos, abriendole la dic
ta: y de esta manera, ni ellos se
rian á mentir, ni las señoras est
incredulas.

Dexadas pues, estas burlas, y
do al proposito, digo, que es fal
probado decir, que contra la na
na hay freno ni maestro; porq
vemos que tiene dos: el uno e
tumbre, y el otro la razon, y
tumbre no puede ir contra lo
usa, y este uso es el hijo y m
de nuestro tiempo.

Por lo qual se debe desde
menzar á saber tener buen nat
uno, porque asi tiene el homb
tiempo de aprender y demostra
otro, porque en la tierna edad,
mo pura y neta, mas facilment
nen de otra qualquiera color; y a
bien, porque las cosas en las qu
de niño se muestra el hombre,
len agradar siempre, y durar en
discurso de su vida.

Allende de esto, es de considerar, que los hombres son apasionados de la hermosura, de la conformidad y medida; y por el contrario, enemigos de la fealdad, y cosa disforme sin medida: y este es un especial privilegio nuestro, del qual los irracionales no participan, ni saben conocer quál sea la belleza ni medida: y por esto, como cosa que no es comun con las bestias, sino cosa propia nuestra, lo debemos apreciar, y tener en mucho por sí mismo, y mucho mas los que fueren dotados de mejor entendimiento, como aquellos que están mas prontos á conocerlo: y aunque no se pueda especificar, qué cosa sea belleza, y su punto en qué consista, con todo eso, para que se tenga algun conocimiento de ella, quiero que sepas, que adonde se halla una conveniente medida entre las partes y el todo, aquesta es la hermosura, y aquella cosa donde se halla esta medida y buena proporcion, es la cosa perfecta y hermosa: y segun yo entendí de un docto hombre, quiere ser la hermosura un mejor quanto ser pueda de lo que es mas: y asi como tú vés, que son los rostros de las hermosas y gallardas Damas; porque las facciones de cada

una

una de ellas parecen criadas
rostro muy bueno, lo qua
feas, antes al contrario, so
tes malas tomadas de much
que puesto caso que una
ojos gruesos y saltados, la
ancha, las megillas hundidas,
la barba salida á fuera, y el
parece que aquella cara no
sola, sino compuesta de m
y hecha de pedazos, y no
una bien proporcionada, que
Y por ventura aquel Pin
que tuvo delante desnudas to
mosas mozas Calabresas, ning
sa hizo, sino reconocer las bue
que muchas de ellas hubies
de una sola: quien una cos
fecta, quien otra: á la qual, ha
todas le restituyesen lo que
mado de ella, se puso á trazar
do que tal, y asi junta debiese
lleza de Venus:

No quiero que pienses q
entienda de sola la hermosura
nas facciones y miembros ó c
lamente, antes acaece en el
obrar, ni mas ni menos que es
tuvieses una noble y princip

bien compuesta, sentada á labar paños en el arroyo de una calle pública, aunque por otra cosa no te diese pena de ello, en aquello que la viste hacer te enfadaria, y tambien en que no se mostraria una, sino muchas, porque su sér y estado sería de limpia y noble señora, y sus obras de vil y baja. Y puesto caso, que por esto no te viniese de ella olor ni sabor malo, ni sonido ni color desagradable; ni en alguna manera diese enojo á tu apetito, pero te desagradaria por sí aquella desconformidad y baja manera, y obra tan apartadā de lo que ella es, y representa.

Convienete pues, guardar mucho qualquier desconformidad, como de aquestas desconvenientes maneras y tratos, aun con mayor cuidado de no dár nota ni escandalo de tí á nadie, mucho mas que de las demás cosas que hasta aqui te he dicho; porque mas dificil es de conocer quando uno yerra en estas cosas, que no en las otras: como sea verdad, que mas agible cosa se vé, que es el sentir, que el entender; pero no por eso dexa de acontecer muchas veces, que aquello mismo que enfada los sentidos, desagrade tambien al entendimiento; pe-

ro esto no será por la misma
sino por diversa, como dixe arr
rando que el hombre se debe
uso de los otros, y no á su hun
que no dé muestra que los qu
regir y reprehender: lo qual es
sa cosa al gusto de la demás ge
ama ser loada: pero tambien de
juicio de los hombres entendid
que no solo se debe el hombre
tar de hacer las cosas buenas, p
diar de manera que sean gallard
mosas, y no es otra cosa esta g
sino una luz que resplandece de
veniencia, y conformidad de l
que son bien compuestas: sin
medida, aun el bien no es her
la hermosura de él es agradable.
Y asi como la vianda, aun
buena y sana, si le faltase el
daria gusto; asi tambien son al
ces las costumbres de las perso
aunque en sí no sean nocivas y
con todo eso serian simples y
si no se les diese la gracia y gal
lo que acá llamamos donaire.
qual en los vicios y pecados,
por sí conviene que desagrade
sí es una desconveniente cosa, y

mos compuestos y atentados sienten enojos de su desconveniencia; y asi en todos las cosas quien ama ha de ser agradable á la gente en el conversar, debe huir los vicios, y mucho mas los que son sucios, como lujuria, avaricia, crueldad, y los demás, de los quales algunos son viles, como el ser glotón, y embriagarse, y cada uno de estos, por su mala propiedad, son desechados y aborrecidos de las personas, como cosas deshonradas. Pero porque aqui no hemos de tratar de la naturaleza de los vicios, ni de las virtudes, sino de las agradables y desapacibles maneras y descuidos en que caen las gentes, como fue la de aquel Conde Ricardo y otros, de quien he tratado, no me detendré en ellos: solo es mi intento decir lo que conviene á las personas prácticas y bien acostumbradas, que es tener cuidado con aquella medida y buena proporcion de las cosas que tengo dichas, de la qual debemos usar en sus hechos y dichos, en el andar, y en el estár quedo, y asentarse, en el traerle, en el vestirse, en las palabras, en el callar, y en el reposar, y finalmente en qualquiera cosa que se hiciere. Y por esto hallo, que no se debe el hombre ade-

aderezar á manera de mug
de ser el ornamiente uno,
otra, como se han visto
traen los cabellos encrespa
ros calientes, ni labarse co
badas.

Ni debe andar nadie suc
so; porque lo uno es de
lo otro de afeminados: y l
le está al gentil-hombre, e
da, que ni es bien ni mal,
la mejor limpieza.

Podria algunas veces usa
riosidad con unos buenos gu
dos al descuido: y lo que m
al que se precia de galàn,
ciados los lienzos con aguas
en todo lo que es ropa bl
aseo y limpieza: que quien l
cer, y no lo hace, ofende los
amigos; pues la limpieza es
porqueria vicio: como dixo b
to Arzobispo, que fue de C
un su Capellan, que pensa
la voluntad, con ánimo de s
mas presto, se quiso diferen
otros Capellanes en andar s
aseado, el pescuezo de fuera, s
sele ningun genero de camisa,

bizbajo, conociendo el cuerdo Arzobispo su hipocresia, le dixo: Padre, esa no es santimonia, sino sucimonia: andad con aseo y limpieza, que de otra manera no grangeareis nada conmigo: ó por el consiguiente le pareciera mal á este Prelado ver en sus criados la demasía de polideza y atavío que algunos usan, apretandose tanto la garganta, y de suerte, que si han de volver la cabeza á un lado, no pueden, sino con todo el cuerpo, y en los abanillos y guarniciones, no se diferencian de los que traen las mugeres que se precian de bizarras. Y asi, toda desproporcion parece mal, como parecerian al práctico Cortesano, por el contrario, andar bajado y desaliñado, sin cuydado de abrocharse y entallarse bien, y no con el vestido manido, como cuentan de un hijo segundo de un Señor, que como nunca le diese sino el vestido que dexaba su hermano mayor, habiendo caído enfermos entrambos, al tiempo que les traían para que comiesen pollos, escogieron el mas manido para el mayor. Viendo pues esto el hermano segundo, dixo á sus padres; ¿Cómo, señores, el pollo duro, y el vestido manido? Estimóse el dicho, y cayóles tanto

en gracia, que de alli adelan
vestir tan de nuevo como al
yor.

Tus vestidos, como te
conviene que sean segun e
otros de tu tiempo, y en la
versaciones de hombres grave
cerian las plumas y penachos
Soldados en la guerra, ni las b
recamados, y mucho menos
mallas que en la guerra parec
tes los curiosos Caballeros y S
son prácticos, quando se hallan
tes y Ciudades, se moderan de
ria, en la qual suelen aventaj
mayor parte los que nunca es
la guerra, ni salieron de sus ti
las Ciudades y Pueblos pacific
andan muy armados y llenos de
no parecen bien; porque son co
tigas y amapolas entre las yerv
domesticas de los huertos, y a
recibidos en las de los Ciudada
diferenciados de ellos, y su tra

No debe el hombre honra
por la calle, ni aguijar demasia
quien anda de portante, que e
mozos de espuelas, y peones de

que no dé gente de bien: y allende de esto, se sudan y afanan sin proposito alguno, quando no hubiese mucha necesidad.

Ni por eso se debe andar tan despacio, y menudo como muger, ni con tanto reposo como si fuese novia. Ni quando camina apriesa vaya meneando el cuerpo, y haciendo melindres, como las mugercillas. Ni llevar las manos colgadas, ni echar los brazos, que parezca que vá sembrando con ellos.

Hay algunos que quando andan alzan los pies como caballos que se espantan, y echan las piernas ácia fuera, como si las sacasen de alguna arca ó media hanega: otros, que sacuden tan recio el pie en el suelo, que es poco mayor el ruido de los carros; y tal hay, que echa el un pie ácia fuera. Y otros que ván blandeando las piernas, ó se ván sacudiendo y paboneando, las quales cosas todas desplacen y dán desgracia; porque si tu caballo por ventura trae la boca abierta, ó muestra la lengua, aunque no impida para su bondad y fortaleza, con todo eso, por aquella fealdad valdria menos. Pues si la polideza y gallardía se aprecia en los animales que no son racionales, y tambien en las cosas que no tie-

tienen ningun sentido, como
plo dos casas hechas en un
y con una misma costa, si la
tiene mejor medida y parecer
y por eso vale mucho mas, q
be esta medida y polideza pro
ciar mas en los hombres, bien
tender.

No es bueno quando está
rascarse; y debese el hombre e
po guardar de escupir, y si se
por buena manera disimulada
yo he oído decir que se ha v
que nunca escupian, pero n
nos podemos detener por un
pacio.

Debemos tambien guarda
mar la vianda con tanta agon
ello engendre zollipo ú otro
acto como hace quien se apres
nera, que le convenga resoll
resoplar con pesadumbre de t
versacion.

Ni le conviene alli refrega
tes con la servilleta ó con el d
juagarse la boca, y escupir las
ras de ella, de suerte que toc
Ni despues de levantado de

var en la boca el mondadientes ó palillo con que se monda á guisa de pajaro, que lleva las pajas á su nido, nì sobre la oreja, como Barbero.

Y quien trae colgado del cuello el escarbador de dientes, no lo acierta; porque allende de ser un estraño arnés, para verle sacar del seno á un gentil-hombre, es instrumento de sacamuelas, y parecen hombres muy prevenidos para el servicio de la gula: que segun esto, bien podria traer la cuchara atada tambien al cuello.

No conviene recostarse sobre la mesa, ni hinchir la boca de vianda, de manera, que hinche los carrillos. Ni se debe hacer acto alguno, por el qual muestre á otro que le haya contentado mucho la vianda ó el vino, que son costumbres de taberneros, ó de parleros bebedores. Ni convidar á los que están á la mesa: ¿Vos no comisteis esta mañana? ¿O vos no teneis aqui cosa que os dé gusto? Comed de esto: lo qual no me parece bien, aunque aquel á quien convida le tenga por muy familiar y de casa, que aunque parece que tiene cuidado de él, es ocasion muchas veces para que el convidado coma con poca libertad, porque le parece que tiene

lastima de él. Y por esto, el presentar á otro nada de lo que él tiene en su plato, no creo le estaria bien, si el no fuese mucho mayor en grado que el otro, de suerte, que el presentado reciba honra; porque entre iguales, parece que el que dá se hace en cierta manera mayor que el otro, y puede acontecer pesarle á alguno que el otro le dé nada. Nì por eso tampoco se debe refretar, ni volver lo que te ha presentado, porque no parezca que le desprecias ó reprehendes.

DEL BRINDARSE.

EL convidar á beber (cuyo uso, con vocablo forastero, llamamos brindis, que es el brindarse) de suyo es mala y torpe costumbre; y aunque en nuestros Reynos algunos la quieren usar y entremeter, se debe huir de ella. Y si alguno te convidáre, podrás no acetar el convite, y decir que tú te dás por vencido, dandole las gracias, y teniendo en mucho el vino por cortesía, sin beberlo.

Este brindis dicen ser antigua costumbre en las partes de Grecia, de donde oí referir á algunos, que alli tuvo fama de esto del

del brindarse un buen hombre de aquel tiempo, llamado Socrates: del qual cuentan, que le duró toda la noche el brindarse á porfia, con otro gran bebedor, llamado Aristofanes, y la mañana siguiente hizo una linda medida de Geometria, sin errar un punto: Adonde mostró, que el vino no le hubiese hecho estorvo, y esto por la continuacion que tenia de haberse muchas veces arriesgado á beber á porfia. Y aunque muchos mostraban su valor en el beber mucho, y sobre apuestas sin perder el sentido, la victoria que han ganado es tal, que lo debemos tener por vicio pestilencial, y pecado muy torpe.

No muestres inconstancia en lo que yá no tiene remedio, y si estubieres arrepentido de alguna cosa que hubieres hecho, por no mostrar tu flaqueza, aunque por via de donaire lo dió á entender un galán en un mote que sacó, y no le estuvo mal: del qual cuentan que habiendole mandado una Dama que saliese á una justa vestido de azul, él se ofreció de salir, y como no tubiese dineros para la libréa, ni otra cosa de que se proveer, vendió un negro que él tenia en mucho, y habiendo sacado la libréa azul como le hubiese despues pe-

sado, por la falta que le haria su negro, sacó este mote,

Del negro saqué el azul.
Con que yo ahora me alegro,
Mas por Dios, bueno era el negro.

No se debe nadie despojar de sus vestidos delante de otro, especialmente el descalzarse; porque podria acontecer que la parte del cuerpo que mas se suele cubrir, se descubriese con vergüenza de él, y de quien le mira, ni peinarse, ni lavarse las manos delante de gente que sea de cuenta, pues se debe hacer á solas en sus aposentos, y no en público, salvo que esto del lavar las manos se puede hacer delante de todos quando se sientan á la mesa: antes en este caso, aunque estén limpias, se las deberia cadaqual labvar, para que el que come con él esté cierto de su limpieza. No se debe parecer delante de gente con la cofia ó paño de tocar que se acostó la noche antes, ni salirse atacando alli: ni decir al que vés que está en su casa, lo que vulgarmente dicen muchos: O señor, ¿acá está V. md.? Ni es bueno acostumbrarse á tocarse y apretarse la cabeza

de

de noche, como se ha visto hacer á algunos con tanto cuidado como las mugeres, si acaso no hay mucha necesidad para ello.

Tenia esta curiosidad de tocarse un gentil-hombre recien casado, el qual como de suyo fuese lampiño, y mozo sin barba ninguna, estando con su muger en la cama, entróle á buscar un Labrador que le traía un despacho, y como entrase allá, y los viese tocados, y tan sin barbas el uno como el otro, preguntó: ¿Quál de sus mercedes es el señor á quien yo vengo encaminado, porque no me yerre? Entonces el marido quitóse el paño de tocar, y propuso de no ponersele mas, hasta que le saliese la barba.

Hay algunos que tienen por maña de torcer muchas veces la boca ó los ojos, ó de hinchar los carrillos, ó soplar, ó hacer con el rostro diversos movimientos: y otros que se embebecen tanto quando hacen alguna cosa, que sacan un palmo de lengua mientras están en aquello. Estos tales conviene que del todo dexen estos actos, como cuentan de la Diosa Palas, que se deleytó un cierto tiempo en tañer la Cornamusa ó Corneta: Aconte-

ció

ció pues, que sonandola un dia p
satiempo sobre una fuente, se r
agua, y viendo los nuevos acto
mientos, que sonando le conve
con el rostro, tuvo vergüenza de
go arrojó la Corneta: y á la ve
bien, por no ser instrumento d
antes es tambien desconveniente
rones, sino es á los que lo tiene
cio. Y lo mismo que parece mal
tro, ha lugar en todos los miem
que no parece bien mostrar los c
risa, ni escarvar mucho la barva
gar las manos una con otra, n
mucho, y estár afligidos, y qu
como muchos hacen, mas por
bre que tienen, que no por b
estarse estendiendo, y despere
dár gritos: Eú me, ay de mí,
he visto hacer algunos. Ni es
cer ruido con la boca, en señal c
raville de alguna cosa, ó por
contrahacer cosa fea; porque
contrahechas no están muy le
verdaderas. No se debe reir
mente, con disformes visages
por costumbre, mas que por
ni tú te pagues mucho de tu

movimientos, que es una loa de tí mismo, pues el reir toca al que oye, y no la que dice. Debese pues, poner cuydado en el menear del cuerpo, mayormente hablando, pues acontece estár tan embebecidos en lo que hablan, que no miran en otra cosa, y algunos menean la cabeza, ó vuelven los ojos, ó levántan las cejas hasta la mitad de la frente, ó las bajan mucho; y tal hay, que tuerce la boca, y algunos otros escupen, y salpican la cara á aquellos con quien están hablando. Hallanse tambien otros que mueven tanto y tan apriesa las manos hablando, que parece que están amosqueando, que todas estas propiedades son enojosas, y como decia Pindaro: Todo aquello que tiene en sí suavidad y gusto, fue hecho por mano de la gallardía y conformidad. Ora pues, qué podré yo decir del que sale del escritorio entre la gente, con la pluma en la oreja, ó trae en la boca el lienzo, ó del que mete debajo da la mesa la una de las piernas, ó del que escupe entre los dedos, y de otras inumerables boberías, que se pueden echar de vér: en la prueba de las quales no me entiendo meter, ni alargar mas, pues habrá muchos que dirán, que
las

las que se han dicho son demasiadas. Y asi concluyo diciendo, que no pienses, que porque cada una de estas cosillas, es un pequeño error, muchas juntas no sea mucho error: hartos de muchos pocos se hace uno grande; y asi, tanto quanto son menores, tanto es menester tener mas cuydado de quitarlos; porque no se echan de vér, ni mira en ello quien los hace, que son como el gasto menudo, que por su continuacion consume la hacienda sin sentirse; asi tambien estas ligeras culpas, con su mucho numero, gastan la buena crianza: por lo qual, siendo de tanto momento, no se debe hacer donaire de ellas.

FIN DE ESTE TRATADO.

DESTIERRO DE IGNORANCIA,

nuevamente compuesto, y sacado á luz en lengua Italiana por Horacio Riminaldo Boloñés.

Y ahora traducido de lengua Italiana en Castellana.

ES Obra muy provechosa, y de gran curiosidad, y artificio: porque cifrandose todo lo que en ella se contiene debajo del numero de quatro, discurre con él por todo el Abecedario, comenzando primeramente por cosas que tienen por principio la letra A. De esta suerte.

A

ARTE.

QUatro cosas se perfeccionan con el arte: La muger prudente, la facundia del hablar, el sentido natural, y la gracia en las cosas mundanas.

Ani-

Animal.

Quatro animales se sustentan, cada qual de solo un elemento: El Topo de la tierra, el Alache del agua, el Camaleon del viento, y la Salamandra del fuego.

Quatro animales dán mas provecho al hombre que los otros: Las Ovejas, los Bueyes, las Gallinas, y las Abejas.

Abundancia.

De quatro cosas es dañosa la abundancia: de mugeres, de comedores, de juegos, y de palabras.

Alcanzar.

Quatro son las cosas que los hombres mucho desean, y no las pueden alcanzar: Harto dinero, perfeccion de ciencia, reposo continuo, y alegria perpetua.

Afectos.

En quatro cosas principalmente oprimen y molestan los afectos á los hombres: En la ganancia del dinero, en el subir á las Dignidades, en el recogimiento de la familia, y en el hacer mal.

Qua-

Quatro afectos insaciables se hallan en el hombre: El deseo de adquirir, el mirar de los ojos, el deseo de saber, y el oír de las orejas.

Abusos.

Quatro obras hay en el mundo de grande abuso: Un Rey iniquo en el reynar, un espíritu descuidado en su Religion, un sabio sin obras, y un rico sin limosna.

Quatro obras del mundo son de grande abuso: Un Christiano pleytista, un pobre soberbio, un viejo sin Religion y una muger sin vergüenza.

Quatro abusos hay en el siglo muy grandes: Señor sin virtud, Plebe sin disciplina, Pueblo sin ley, y Mancebo sin obediencia.

Alegria.

Quatro cosas engendran alegria en un momento: El salir de la carcel, el casarse, el hacerse Soldado, y el alcanzar Dignidad.

Afliccion.

Por quatro ocasiones se aflige el hombre: Por alcanzar Dignidad, por huir de la pobreza, por evitar la afrenta, y por enriquecer á sus hijos.

Amor.

Amor.

Quatro son los grados d(vér, hablar, tocar, y posee

Avaricia.

Quatro cosas nacen de Hurtos, juramentos falsos, homicidios.

Quatro cosas hacen avar(El temor de la carestía, el es por servidumbre, la envidia los otros, y los muchos hijo:

Quatro cosas destierran : La abundancia de riquezas, la na, el tratar con gente libe tener hijos.

Abogado.

Quatro cosas debe tener Oír con paciencia á su adve derar bien las cosas que h aparejada la respuesta con que ha considerado, y conc alegando las cosas por él tr

Alferez.

Quatro condiciones deb ferez: Nobleza de linage, :

tria, ardimiento de corazon, y discrecion en la guerra.

Amistad.

Quatro suertes de hombres hay, que con mucha facilidad alcanzan las amistades: Los poderosos, los liberales, los benignos, y los afables.

Quatro cosas traen la amistad: El beneficio, la familiaridad, la conformidad de costumbres, y la facundia del hablar.

Amigos.

Quatro suertes de hombres pierden injustamente los amigos: El rico constreñido de la necesidad, el poderoso privado de su poder, el viejo consumido de años, y el dichoso oprimido por la desgracia.

Y aun estos son menospreciados, y tenidos en poco de los hombres.

Quatro son las suertes mas principales de amigos: Amigos de fortuna, de mesa, de fé, y de servicio: los primeros se despiden en despedirse la fortuna, los segundos desaparecen al quitar de las mesas, los terceros duran perpetuamente, y los ultimos duran mientras el servicio dura.

Alabanza.

Quatro son las cosas, cuyo efecto sale

siempre digno de grande alaba
dir consejo, el vivir con su pr
el apiadarse de los afligidos ,
mosna.

Ayunar.

Quatro cosas debe hacer
na : Comer moderadamente ,
cios , acordarse de las cosas
y hacer limosna á los pobres.

Admiracion.

Quatro cosas hay de gra
cion en el mundo : Que un ti
tenga debaxo de su dominio
grande , que en la guerra el
nor salga con su intento , qu
no quiten las haciendas á los
la multitud de la gente pueda
tida á todos los engaños.

B

Beneficio.

Quatro suertes de homb
contra su voluntad le ha
El deudor quando se les ha
que debe , el niño quando l
reciendolo , el enfermo

quando no le dexan dormir, el frenético quando le atan en el frenesí.

Quatro cosas mueven al hombre á hacer beneficio: La ganancia, el temor, la esperanza, y el amor.

Bienes inútiles.

Quatro cosas no aprovechan despues de hechas: El sueño, el pensar despues de hecho, el examinarlo, y la tristeza.

Brevedad.

Quatro cosas no pueden durar mucho tiempo: El hombre contencioso, el tirano imprudente, el poseedor injusto, y el gastador sin medida.

C

Ciudad.

Quatro Ciudades marítimas son las mas eminentes: Genova, Venecia, Constantinopla, y Pisa: la primera es rica, la segunda abundante, la tercera de mucho trato de Mercaderes, la quarta de grandes Ciudadanos.

Quatro son las Ciudades mayores que las otras: París en Francia, Milán en Lom-

 bar-

bardía, gran Cairo en Turqu
en Berbería.

Quatro cosas ennoblecen la
haberse fundado en tiempos mu
la Nobleza de los ciudadanos,
campales que ha tenido, y e
cha cuenta con la union de su

Qatro cosas sustentan y
Ciudad: La paz, la sabidu
mor, y la justicia.

Quatro Ciudades son las
das: París por las ciencias,
los Medicos, Bolonia por la
Aurelia por los Autores.

Quatro cosas destruyen la
guerra cruel, la envidia avari
de los mantenimientos, y la p

Quatro cosas echan al h
Ciudad: El tirano, la falta
tenimientos, los gastos, y
presentes.

Quatro cosas hacen habi
por los Extrangeros, y los
La conservacion de la justici
de los Ciudadanos, la gana
y la abundancia de los man

Casa.

Quatro cosas hacen vol

á casa muchas veces: El amor de la muger, la amenidad de la casa, el no hallar con quien tratar fuera de ella, y el mal tiempo.

Quatro cosas echan al hombre de casa: El mucho humo, la gotera, el mucho hedor, y las riñas de la muger.

Codicioso.

Quatro cosas no saben hacer los codiciosos: Abstenerse de las cosas vedadas, gozar de las permitidas, usar piedad, y tener cuenta con lo venidero.

Compañia.

Quatro cosas son las que mas particularmente no admiten compañia: El mandar en una Ciudad, el recrearse con su muger, el que adquiere alguna ganancia, y el que está hambriento en su plato ò escudilla.

Quatro son los que mas principalmente tienen necesidad de compañia: El que está metido en alguna perplexidad ò duda, el nuevamente puesto en algun cargo, el afligido por el castigo, y el que vá de camino.

Criado.

Quatro cosas se deben hallar en un

buen criado: Curiosidad en el servir, presteza en el hacer, afabilidad y alegria en el hablar, y fidelidad en el tratar.

Criada.

Quatro cosas debe tener qualquiera buena criada: Cuidado de su señora, no descubrirle sus secretos, conservar la castidad, y hacer las cosas de casa con toda fidelidad y diligencia.

Catedratico.

Quatro cosas conviene que haga un Catedratico: Vér primero la leccion que ha de leer el siguiente dia, procurar estudiarla de parte de noche, para saberla por la mañana, declarar primeramente à sus discipulos las cosas mas dificiles, y ser afable con ellos.

Quatro cosas dán ánimo à un Catedratico para que lea bien, los muchos oyentes, el salario grande, el alcance que hace de mas ciencia leyendo, y la honra que por ello gana.

Confesion.

Quatro cosas impiden la confesion: La confianza de vivir, la verguenza de confesarse, el temor de la satisfaccion, y la desesperacion.

Co-

Conocer.

Quatro cosas no se pueden echar de vér: El vuelo del ave por el viento, el camino de la nave por el mar, la senda de la culebra por los bosques, y la vida de un mancebo en su mocedad.

Caridad.

Quatro cosas nacen de la caridad: El reverenciar á Dios, amár al próxîmo, ayudar à levantar al necesitado, y corregir al que yerra.

Constància.

Quatro cosas induce la constancia: El temor de la verguenza, del castigo, de la alabanza, y del gasto.

Consejar.

Quatro cosas son muy provechosas al que conseja: Oir las razones de las partes, considerar lo que ha oído con instrumentos autenticos, pedir à las partes salario moderado, y dár el consejo conforme las Leyes.

Quatro cosas son muy provechosas al hombre: El estár lexos de las riñas, dexar los dañosos deseos, comer viandas de-

 li-

licadas, y encomendar sus cc
de la partida.

Cortesano.

Quatro cosas tocan à un (
Oír con discrecion, responder
dencia, no dañar à ninguno
servicio à los Ciudadanos.

Quatro cosas hacen al hom
sano: La abundancia de riquez
bicion de honra, el buen ente
y el recibir servicios.

Capitan.

Quatro cosas son muy p
para un Capitan: Bastante c
gastar, mucha gente, abunda
mas y vituallas, y saber las
nes del adversario.

Quatro cosas importan m
pitan: Descubrir el poder d
escoger las cosas que entretie
tiempo la guerra, exortar co
mino, ánimo y alegria s
para el combate, y meneai
animosamente contra sus ene

Conquista.

Quatro cosas debe consi
lleva una conquista: Quién v
pañia, contra quién hace la
qué razon la hace, y qué s
tener.

Causa, ò pleito.

Quatro cosas son necesarias en una causa: El Juez docto, el actor legítimo, el reo convencido, y los testigos verdaderos.

Condicion humana.

Quatro cosas muestran la condicion de un hombre: El hablar, la disposicion del cuerpo, el movimiento de ánimo, y los afectos de los gestos y menéos.

D

Dote de naturaleza.

Quatro son las mas principales dotes que dá la naturaleza al hombre, y son La hermosura del cuerpo, la sabiduría del alma, la buena fama, y la facundia del hablar.

Deleite.

Quatro cosas son las que principalmente causan mucho deleite: La voz suave, el gesto hermoso, el comer delicado, y los lugares amenos, y deleitosos.

Con quatro cosas se deleita mucho el hombre: Con el hijo prudente, con las ri-

riquezas resplandecientes, con
zar gran dignidad, y con la ver
sus enemigos.

Discreto.

Con quatro cosas se conoce
bre discreto: Con el hablar bi
sadamente, con la conversaci
ta, con el alcanzar ciencia, y
berse moderar en sus acciones.

Descortesía.

Quatro cosas hacen usar
la descortesía: El movimiento
la avaricia, el estímulo de la
la envidia.

Directamente.

Quatro cosas vienen dir
es à saber: La introduccion d
fama de lo verdadero, el sab
el premio de la salud.

Dineros.

Quatro son las suertes d
bres que alcanzan dineros: E
avaros, discretos, y curios

Quatro cosas se alcanzan
El menosprecio de sí mism
sidad, la carestía, y la enf

Dificultad.

Quatro cosas se hacen m

à los hombres: El restituir lo que poseen de otro, el callar sintiendòse afrentar, el dexarse de quejar recibiendo agravio, y el dexar de gozar las cosas necesarias para su sustento teniendolas.

Dignidad.

Quatro cosas suben presto à un hombre à la Dignidad: La hacienda, la fuerza, la ciencia, y la astucia.

Desterrado.

Quatro cosas son provechosas al desterrado: Considerar el estado de los caidos, aguardar de mejorar de estado, gastar largamente, y meterse varonilmente à ganancias moderadas.

Dominar, ò señorear.

Quatro suertes de hombres hay, que tienen gran deseo de señorear: Los pobres por usurparse las haciendas de los ricos, los ricos por defenderlas, los agraviados por vengarse, y los buenos por defender la Ciudad: los primeros son pestilenciales para los Ciudadanos: los segundos se pueden sufrir en alguna manera, los terceros dañan muchas veces, y los ultimos son provechosos.

Da-

Daño sin remedio.

Quatro cosas se pueden qui bre, que despues no se le pı ver: La virginidad quando se pe, la vida quando se le quit quando se le gasta, y un mien do se le corta.

Dádiva sin daño.

Quatro cosas dá el hombre se de ellas: La ciencia quando la lumbre en llama quando la tesía quando la hace, y la c cumplimiento de palabras qu

Delito.

Quatro cosas nacen del de tento que de ello se recibe, con quien peca, el no ser c ello, y la utilidad que del deli

Descubrir.

Quatro cosas divulgando pecado cometido, la hacien el hombre la adquiere, la n pia, y las riquezas en pode

Dios.

Quatro cosas son mu

Dios en qualquier acto, y obra que se le ofrece ó pide: Discrecion, devocion, sumision, y contricion.

Quatro cosas agradan à Dios, y à los hombres: La concordia entre los hermanos, el amor del proximo, consentimiento del matrimonio, y la penitencia y enmienda del pecador.

E

Elemento.

Quatro son los elementos, de los quales se componen todas las cosas del mundo: Tierra, Agua, Ayre, y Fuego.

Quatro son los elementos, de los quales se engendran todos los males del mundo: Envidia, avaricia, soberbia, y ambicion.

Entendimiento.

Quatro cosas entorpecen el entendimiento mas que otras algunas: El deleite carnal, la adversidad grande, la opresion por temor, y la prosperidad sobrada.

Excelencia de hombres.

Quatro hombres ha habido excelentísi-

ximos en quatro diversa
das Macabéo en Judéa ;
la Christiandad, el Saladi
ros, y Cesar Augusto en

Quatro suertes de ho
cidos por excelencia: Salo
llamado èl Sabio, Aristot
llamado el Filosofo, Virg
llamado el Poeta, y San P
llamado el Apostol: el pri
nesta con la sabiduria,
Filosofia, el tercero escril
me, y levantado estilo, y
amonesta con la perfecta
l

Estudiante.

Quatro cosas principal
ne que haga un buen Estu
renciar à su Maestro, est
atencion quando le oye, r
veces lo que ha oído: y
los mas doctos las cosas q

Quatro cosas son las
tiempo suben á un Estudia
nen en la cumbre de la cie
mucha atencion, y percibir
cosas que le leen, repasarl
cular estudio, enseñarlas à
cribir para sacar en públicc

Evitar.

Quatro cosas se hallan que conviene las mas veces evitarlas, y son: Dár credito à qualquiera, afligirse sin saber por qué, fatigarse por lo pasado, y desear lo que no se puede haber.

Esclavo.

Quatro cosas hacen al hombre esclavo, sin perder la libertad: La dulzura del hablar, el deseo de ganar, el aceptar presentes, y el poco entendimiento.

Envidia.

Quatro cosas nacen de la envidia: La pesadumbre que por ello se recibe, la perdicion del que la tiene, la division de la gente, y la ruina de la Ciudad.

O verdaderamente: La vida afligida, la desventura, la presuncion de sí mismo, y la pobreza.

Quatro cosas engendran à la envidia: El deseo de la honra, el deseo de la ganancia, la felicidad de los otros, y el aborrecer al vecino.

Quatro cosas destierran la envidia; La privacion del poderío, la venida de la pobreza, el daño de los sentidos, y la falta de virtudes.

Enfermo.

Quatro cosas debe ha
Obedecer al Medico, gas
en lo necesario, tener c
Medico, y consolarse es
tud y reposo.

Encubrir.

Quatro cosas no se pu
La tos, el amor, la ira,
demás de las dichas, las
las señales.

Enemistad.

Quatro cosas principal
dran enemistad: El hablar
luxuria, la avaricia, y el

Otras quatro cosas son
les (haciendo beneficio co
enemistad: El prestar dine
los despues; salir fiador, y
pague el principal, tener
dár algo en algun termino
dexarlo de dár, servir à u
der sacar de él algun servic

Engaño.

Quatro cosas engañan a
deseo de la ganancia, la d
palabras, el poco entendi
muger.

Esperanza.

Quatro cosas nacen de la esperanza: La alegria del cuerpo, la salud del alma, el alivio de los trabajos, y la larga vida.

Estado.

Con quatro cosas puede el hombre llegar á buen estado: Haciendo bien, diciendo la verdad, tratando con amor, y no pensando en cosas viles, ni rateras.

F

Felicidad.

QUatro suertes de hombre son dichosos en diversa manera: El que con eficacia tiene cuenta con el servicio de Dios, el que abiertamente, y de raiz alcanza las causas de las cosas, el que puede defenderse de los encuentros del mundo, y el que se hace cauto con males agenos.

Quatro felicidades se convierten muchas veces en infelicidades, y son: Los muchos hijos, las muchas riquezas, el señorear à su Patria, y el tener muchos amigos.

Fé.

Quatro cosas hacen de la Fé: l
tidumbre de las cosas, la bondad
vida, el mantenimiento del alma
culto Divino.

Fastidio.

Quatro cosas hay, que dán gran f
La lluvia cayendo de dia, el mu
blar, el viento en el Invierno, y l
cion acompañada del trabajo.

Facundia.

Quatro cosas hacen al hombre
en el hablar: La osadía, el enten
to, el deleite, y el uso.

G.

Gula.

QUatro cosas destierran el vi
Gula: El cuidado de la g
el combatir con la hambre, el
cio del cuerpo, y el deseo c
neros.

Quatro cosas hacen al hom
so: El estàr acostumbrado á andar
gones, el imitar los golosos, la
rentas, y el reposo continuo.

Ganancia.

Quatro suertes de hombres hay que dicen ganar mas de lo que ganan: El Truhan, el Abogado, el Asesor, y el Medico.

Quatro suertes de hombres hay que dicen ganar menos de lo que ganan; El Regidor de su Regimiento, el Labrador de su labranza, el Mercader de su mercaduría, y el Jugador de lo que gana en el juego.

De quatro cosas saca el que las hace muy poca ganancia: De llevar huevos en saco, de esconderse el fuego en el seno, de dár la teta á la culebra, y de hacer bien á bellacos.

Guerra.

Por quatro cosas se permite hacer guerra con razon: Por la Fé, por la justicia, por mantener la paz, y por estár en libertad.

Quatro cosas son las que incitan al hombre á hacer guerra; La abundancia de tesoros, la ambicion, y deseo de reynar, el deseo de vengarse, y el aparato de las cosas necesarias para el Exército.

Quatro cosas destierran la guerra: El haber alcanzado venganza, la falta de

mantenimiento, el poco dinero, y el fastidio de pelear.

Quatro efectos muy dañosos hace la guerra: Despuebla la Ciudad, trae la falta de los mantenimientos, incita las gentes á que se vayan, y acarrea la carestía.

Gobierno.

Quatro cosas echan á perder al que tiene algun Gobiorno: El amor, el odio, el temor, y la ganancia.

Gusto.

Quatro cosas dán mucho contento al gusto: El sabor dulce, lo medianamente agrio, lo fuerte conveniente, y lo que se come con apetito.

H

Humor.

QUatro son los humores mas principales del cuerpo: Sangre, colera, flema, y melancolía.

Hombre.

Quatro cosas son las que ilustran al hombre mas que las otras: Hermosura

de

de cuerpo, sabiduría del alma, la buena fama, y la facundia en el hablar.

Quatro son las cosas que ayudan mas principalmente á enriquecer mucho al hombre: La curiosidad en el adquirir, la escaséz en el gastar, la paciencia en el sufrir las injurias, y la abstinencia en las cosas que ofenden.

Quatro cosas son importantísimas al hombre en este siglo: El conocerse á sí mismo, el disimular, la familia, y el no dexar los regimientos en manos de mugeres.

Quatro son las cosas que dán grandísima pesadumbre al hombre: La muerte de los hijos, la pérdida de la hacienda, el mejoramiento de sus enemigos, y la opresion de sus amigos.

Quatro cosas no puede evitar el hombre: La venida de la vejéz, la pérdida de su amigo, los accidentes que molestan, y el asalto de la muerte.

Quatro cosas hacen al hombre perfecto: El amar á Dios, el amar al próximo, el hacer á los otros lo que quiere para sí, y el no hacer á los otros lo que no quiere para sí.

Quatro cosas convienen mucho al hombre prudente: Guardar la justicia, en-

grandecer á los buenos, levantar á los caídos, y corregir á los que yerran.

Quatro suertes de hombres desplacen á Dios, y al mundo: El pobre soberbio, el rico mentiroso, el viejo luxurioso, y el que mete discordia entre los hermanos.

Hijo.

Quatro obligaciones tiene el hijo al padre, y son: Reverenciarlo, obedecerlo, no darle pesadumbre con que se entristezca, y tener mucha cuenta con él quando es viejo.

Hablar.

Quatro cosas conviene que tenga el que ha de hablar á otro: Prevenirse de lo que ha de decir, mirar con quien ha de hablar, tener cuenta con el tiempo, y decir las palabras con concierto.

Hurto.

Quatro cosas no se pueden hurtar á una persona: La ciencia, la voluntad, la discrecion, y el entendimiento.

Hacienda.

Quatro cosas son las que en súbito quitan la hacienda á los hombres: El incendio, el tirano, el diluvio y la piedra.

Huida provechosa.

De quatro cosas se huye con utilidad, y provecho: De acercarse á toda gente, de afligirse por cada cosa que no viene á nuestro gusto, de dolerse muchas veces por lo pasado, y de querer lo que no se puede alcanzar.

I

Ira.

QUatro cosas nacen de la ira: El trabajo del entendimiento, la ignorancia de sí mismo, el hecho injusto, y la sentencia iniqua.

Quatro cosas engendran la ira: El escarnio, la valentía, la ingratitud, y la injusticia.

Quatro cosas destierran la ira: Las dulces palabras, la venganza, la satisfaccion, y la carestía.

Inconveniente.

De quatro inconvenientes particularmente se debe guardar el hombre: De vecindad de rio, de compañia de traidor, de poyo á la puerta, y de heredad cabe ó cerca del camino.

Justicia.

Quatro cosas destierran la ju
amor, el odio, el temor, y la

Juez.

Quatro cosas convienen al J
benignamente, responder prude
considerar atentamente, y juzg
nemente.

I

Irrevocable.

Quatro cosas son irrevocab
piedra despues que ha salido d
no; la palabra una vez dicha, l
despues de ida, y el tiempo hab
sado.

Importancia.

Quatro cosas parecen de poc
tancia, y son muy importantes:
rar á cada uno con palabras, dec
dad agraviar á nadie, y tratar co
sos.

Incitar.

Quatro son las cosas que n
cipalmente incitan al hombre á
delito: La ira, la necesidad, el
el deseo.

Imposibilidad.

Quatro cosas son imposible

der cumplir, y son: Hacer que el Mar siempre esté en bonanza, el Cielo con serenidad, el Verano sin flores, y el Invierno sin nieves.

Infelicidad.

Quatro suertes de hombres se hallan, que son infelices, ó desdichados, y son: El que está siempre en pecado, el que puede hacer bien, y no lo hace, el que no sabe, ni quiere aprender, y el que sabe, y no quiere enseñar.

Insaciabilidad.

Quatro cosas hay insaciables: El fuego, la tierra, el enfermo, y la muger.

L

Luxuria.

QUatro cosas hace la luxuria: Ensucia el alma, debilita los sentidos, consume la hacienda, y hace envejecer dentro de poco tiempo.

Quatro cosas incitan á la luxuria: Los vinos fuertes, las comidas delicadas, la mucha familiaridad con mugeres, y la suavidad del reposo.

Qua-

Quatro cosas destierran la luxuria: El beber agua, la frialdad de las comidas, el está apartado de las mugeres, y el continuo trabajo.

Limosna.

Quatro suertes hay de limosna muy aceptas á Dios: Dár á los pobres, perdonar las injurias, corregir á los que pecan, y apartar del error á los que yerran.

Lengua.

Quatro cosas nacen de la mala lengua: La simiente de la disension, la ofensa de la fama, la maliciosa interpretacion, ó declaracion de las cosas, y mala doctrina.

Quatro cosas nacen de la lengua discreta: La introduccion de amor, las alabanzas de los hombres, la instruccion, y modo de vivir, y el premio de la salud.

Licor.

Quatro son los licores mas necesarios á la vida humana: El agua, vino, miel, y aceyte.

Mu-

M

Muger.

ESTAS quatro cosas, como mas principales, conviene que se hallen en la muger: Hermosura de rostro, y miembros, castidad de cuerpo, honestidad de costumbres, y curiosidad en las cosas de casa.

De quatro cosas tienen deseo mas principalmente las mugeres: De tener un hermoso mancebo por marido, de deleitarse en tener muchos hijos, de tener muchos y muy ricos vestidos, y de tener señorío y mando sobre todos los de casa.

De quatro cosas reciben gran disgusto las mugeres: De vér que el marido quiere bien á otra, de que muchas veces haya ruido en casa, de que sus hijos padezcan necesidad, y de que se le mueran antes de tiempo.

De quatro cosas debe tener cuidado la muger: De amar á su marido, de no hacerlo disgustar con enojos, de escusarle el gasto, y de tener mucho cuidados y cuenta con su persona.

Es-

Estas quatro calidades son las que debe procurar cada qual que tenga la muger con quien se quiere casar: Hermosura, limpieza de sangre, virtud, y riqueza.

Maravilla.

Quatro cosas hay en el mundo de grande maravilla, y son: Que el sol en un dia dé vuelta á todo el mundo, que el agua esté firme, y sin moverse juntamente con la tierra, que tanta diversidad de caras estén puestas debajo de una misma figura, y que tanta multitud de hombres (haciendo cada qual su diferente modo de vida) vengan todos á pretender un mismo fin, que es la muerte.

Mancebos.

Quatro cosas hacen los mancebos: Buscan riquezas, deleitanse en honras, procuran amistades, y se apartan de las cosas ilicitas, y dañosas.

Quatro cosas convienen mucho á los mancebos: Escuchar con paciencia, responder con prudencia, dañar á nadie, y hacer servicio con mucha voluntad á todo el mundo.

Quatro cosas competen principalmente á los mancebos: Tener muy bien

en la memoria las palabras de los viejos, obedecerles fielmente, decir con mucha discrecion lo que han de habalr, y reverneciar á los que lo merecen.

Mancebito.

Quatro cosas hacen los mancebitos: Disipan sus patrimonios, menosprecian la correccion, revuelvense con los vicios, y hacen poco caso del provecho.

Medico.

Quatro cosas conviene que tenga el Medico, las quales son: Buscar con diligencia la causa de la enfermedad, visitar muchas veces al enfermo, darle las medicinas en su propio tiempo y sazon, y consolarlè con gentil termino y manera.

Martyrio.

Quatro suertes de martyrios hay sin derramamiento de sangre: La virginidad en la mocedad, la abstinenecia en la abundancia, la humildad en la prosperidad, y la paciencia en la adversidad y tribulaciones.

Mercader.

Quatro cosas conviene que tenga el Mercader: Que sea discreto en el tratar, curio-

rioso en el vender, fiel en los trat
afable con los que trata.

Marido.

De quatro cosas debe tener c
el marido: De hacer que la muge
tinuamente este ocupada en hac
cienda, de tenerla atemorizada,
tentarla convenientemente, y de
moderadamente.

Muerte.

Quatro cosas son peores que
ma muerte: Vejéz con pobreza, f
sentidos, envejecimiento en peca
carcel con enfermedad.

Quatro cosas dán la muerte
bre antes de tiempo: La muger
sa, el estímulo de la melancolía
mer ponzoñoso, y el ayre corr

Mudanza.

Quatro cosas se mudan much
La voluntad en la muger, la s
las cosas prosperas, el gusto ó
las cosas cemetidas, y el viento

N

Notario.

QUatro calidades debe tener el Notario: Ser continuo en el Oficio, hábil en el escribir, cortesano en agradecer, y verdadero en el notar.

Negocio.

Quatro cosas se deben considerar en qualquier negocio, es á saber: Qué convenga segun la necesidad; qué sea lícito segun la honestidad, qué haga al proposito segun la utilidad, y qué puede resultar segun el tiempo.

Naturaleza.

Quatro cosas mudan al hombre de su condicion ó naturaleza: Las honras, el amor, las caricias de la muger, y el vino.

Noble.

Con solo quatro cosas tienen cuenta en estos tiempos los Nobles: Con quitar la hacienda á otros, con mandar, con ganar, y con menospreciar la liberalidad.

De solo quatro cosas se deleitan los

No-

Nobles: De ir á caza, de adquir
de hacer mercedes de palabras,
cerse alabar

Niño.

Quatro propiedades se halla
niños: El enojarse presto, el p
presto, el olvidarse con mucha
y el jugar con sus pares.

O

Obstinacian.

QUatro suertes de hombres
son muy obstinados y perti
tinano en retenerse el señorío:
en no querer salir de su heregía
tumbrado á bajezas en no quere
se de ellas, y el poseedor de la
agena en no querer restituirla.

Ofensa sin remedio.

Quatro cosas ofenden ter
y son de ningun provecho:
sin hijos, la tristeza odiosa, el
to vano, y la envidía mordaz.

Oido.

Quatro cosas mas principa

leytan el oido: La voz suave, la habla elegante, el murmurar apacible, y el sonido de los dineros.

Oyente.

De quatro cosas debe estár advertido el oyente: De escuchar con paciencia á quien le habla, considerar con prudencia lo que oye, tener en la memoria las cosas buenas, y olvidarse presto de las malas.

Oír.

Quatro calidades se requieren en el oír: La atencion, el callar, la paciencia, y la obediencia.

Obligacion.

Á quatro obras principalmente están obligados los hombres: Á engrandecer á los virtuosos, á castigar á los malos, á honrar las virtudes, y favorecer á los necesitados.

Ojo.

Quatro cosas dán mucho contento á los ojos: El hermoso gesto, la variedad de los colores, la compostura exterior, y la serenidad del Cielo.

Olvido.

Quatro suertes de hombres se olvidan presto de los beneficios que reciben: El mancebito despues de haber crecido, el de baja mano despues de puesto en Dignidad,

el soberbio envuelto en su soberbia, y el encarcelado librado de la carcel.

Odio.

Quatro cosas son las que mas principalmente engendran odio: El hablar deshonesto, la ofensa, la avaricia, y la division.

Obras.

Quatro obras debe usar el hombre principalmente con los otros: La caridad, el amor y afabilidad, el enseñar al ignorante, y el honrar á la vejéz en qualquier tiempo.

Quatro obras hay de grandísima alabanza: El introducir la paz, el conservar la justicia, el levantar á los oprimidos, y el favorecer á los necesitados.

P

Prudencia.

QUatro cosas son, que la misma prudencia las enseña: Acordarse de las cosas pasadas, disponer de las presentes, proveer á las venideras, y suspender las dudosas.

Quatro cosas destruye la prudencia: El amor, el odio, el temor, y la ganancia.

Quatro suertes de hombres tienen necesidad de grande prudencia: El Sacerdote

en

en dár la penitencia, el Juez en dár la sentencia, el Medico en curar al enfermo, y el Rico en usar de las riquezas.

Quatro cosas dañan principalmente la fama de la prudencia: Hablar, y cometer cosas feas, negar la justicia á quien la tiene, menospreciar á los otros, y dar credito á todo lo que se le dice.

Prudente.

Quatro cosas hacen al hombre prudente: El estudio ordinario, la experiencia en las cosas, la consideracion nocturna, y la imitacion de lòs prudentes.

Quatro cosas convienen al prudente: Vivir con orden, adquirir riquezas, saber seguir el apetito de los otros, y moderarse á sí mismo.

Paz.

Quatro efectos hace la paz muy principales: Acrecienta las Ciudades, trae la abundancia de los mantenimientos, introduce el adquirir las riquezas, y hace andar alegres á los Ciudadanos.

Quatro cosas debe hacer el hombre para vivir en paz; Vér, oír, callar, y sufrir.

Quatro cosas son muy provechosas al que quiere conservar la paz: No tomar lo ageno, tener paciencia, favorecer á los bien confederados, y guardar en qualquier cosa la justicia.

Palabras.

Quatro son las palabras que el hombre particularmente debe tener puestas en la memoria: Que la mucha liberalidad no puede durar, que el entendimiento no siempre aprovecha, que la cortesía algunas veces engaña, y que la medida jamás pierde de lo suyo.

Peligro.

Quatro cosas hay de grande peligro entre las otras: Vivir debajo de mando de tirano, confiarse en los vientos, ser en el pelear de los primeros, y tratar con locos.

Pereza.

Quatro cosas trae particularmente la pereza: Los lugares obscuros, el reposo solitario, el rumor disgustoso, y el pensamiento vano.

Quatro cosas se hacen sin pereza: Tratar cosas de deleytes, acompañarse con regocijados, asistir á convites, y hallarse algunas veces en musicas, y dulces melodías.

Padre.

Quatro bienes debe procurar el padre al hijo: Darle buenas costumbres, hacerle ensèñar algun arte, tenerlo constreñido, y criarlo con amor.

Quatro cosas debe hacer el padre de familias: Tener la familia debajo de un mode-

derado temor, darle sustento conforme su hacienda, enseñarle cosas buenas, y mostrarse alegre, y regocijado en casa á sus tiempos.

Provecho.

Quatro cosas son de utilidad antes del hecho: Examinar los principios de qualquier empresa, considerar el medio, preveer el fin, y aconsejarse con el sabio.

Prelado.

Quatro cosas convienen á un Prelado: La continua residencia en su ministerio y cargo, la honestidad en las costumbres, el cuidado en el regimiento, y la benignidad en las correcciones.

Predicador.

Quatro cosas debe tener el Predicador: Dár á entender las cosas provechosas al Pueblo, señalar de qué materia quiere tratar, no repetir muchas veces lo que ha dicho, y usar de la brevedad.

Pregunta.

Quatro cosas son provechosas (considerandolas bien) al que pregunta: Quién pregunta, á quién pregunta, por qué pregunta, y qué es lo que pregunta

Pena.

Quatro cosas dan, molestia, y pena muy grande al hombre: El cuidado de los hi-

hijos, la pérdida de la hacienda, el encuentro impensado de los enemigos, y el constreñimiento, y opresion de los amigos.

Pesadumbre.

Quatro cosas hay de grandísima pesadumbre: Servir al ingrato, rogar sin ser oido, hacer bien sin ser premiado, y aguardar al que no viene.

O verdaderamente: Estár enfermo, ser pobre, estár con el ánimo suspenso, y estár detenido en la carcel.

Quatro cosas dán grande molestia al hombre mas que las otras: Vivir con familia necia, tenér muchos hijos malos, perder en un punto la ganancia de mucho tiempo, y haber de sufrir ser mandado

Pleytear.

Quatro cosas se deben hallar en el que pleytea: Humildad en el proponer sus pretensiones, discrecion en el responder, diligencia en el pleytear, y liberalidad en el gastar.

Pobreza.

Quatro suertes de hombres caen en la pobreza en breve tiempo: El pròdigo, el glotón, el perezoso, y el que lleva vandos.

Quatro cosas hacen al hombre pobre: Mugeres, juegos, malas compañias, y el mover pleitos.

Quatro cosas nacen de la pobreza: El cometer maldades, el menosprecio de la persona, la ruína del cuerpo, y la ruína de la familia.

Pecado.

Quatro pecados se hallan en el hombre notablemente perversos, y malos: El matar al próximo, el decir mal de otro, el tomar injustamente de los otros, y el afrentar á alguno.

Presentes.

Quatro efectos hacen los presentes, ó dádivas: Destierran la avaricia, encubren los vicios, acrecientan la nobleza, y arruinan al enemigo.

Perfeccion.

Quatro cosas traen la obra á perfeccion: La doctrina del arte, el imitar á los prudentes, el conservar el uso, y costumbre, y la buena pronunciacion.

Penitente

Quatro cosas son necesarias al buen penitente: La confesion de la boca, la contricion de corazon, la satisfaccion de obras, y la perseverancia en hacer bien.

Precio inestimable.

Quatro cosas son de inestimable precio: La ciencia, la sanidad, la libertad, y la virtud.

Plebeyos.

Quatro cosas dán grande contento gente plebeya: El haber pocas artes, rato de los mantenimientos, el cons miento y opresion de los nobles, vedades continuas.

Q

Queja.

QUatro suertes de hombres hay se quejan neciamente: El que se ja de Dios porque no le hizo co quisiera, el que se queja de la suer tando en trabajos, el que se queja d por casos fortuitos, y el que se queja pesandole de haber dexado ir la o

R

REY.

QUatro cosas estàn bien à un R bernar à los subditos con a padre, adquirir amigos con me ser afable con quien le ruega, y e con piedad y clemencia la justic tra los delinqüentes.

Razon.

Quatro cosas son las que ma

palmente perturban la razon del ánimo? El desordenado amor, la embriaguéz, la avaricia, y el odio.

Regimiento.

Quatro cosas mantienen regimiento: La honra, la habilidad en saber hacer justicia, ó castigar los malos, el hacer servicio, y el hacer beneficio.

Riquezas.

Quatro cosas principalmente acarrean las riquezas: La posesion ó campo, la ciencia, el trato, y la buena suerte ó ventura.

Quatro suertes de hombres hay, que no saben gozar de las riquezas: El rencilloso, el imprudente, el avaro, y el pródigo.

Quatro cosas particularmente hacen las riquezas: Ganan grande credito al que las posee, aumentan la gente, levantan á los infimos, y oprimen á los enemigos.

Regidor.

Quatro obras son las que mas principalmente convienen á un Regidor: Favorecer á los buenos, apremiar à los malos, honrar á las virtudes, y levantar los oprimidos.

Quatro obras debe tener el Regidor: Experiencia en las cosas, amor á los subditos, constancia en las cosas hechas, y admi-

ministrar justicia en qualquier nego

Quatro cosas debe hacer el R de una tierra: Guardar la igualdad la gente, procurar la abundancia de sas necesarias, dár audiencia à cad y conservar la justicia.

Rameras.

Quatro suertes de rameras se mas comunmente: Unas por bien otras por el desenfrenado apetito concupiscencia, otras por rapar e ro, y otras por ser nombradas.

Remozar.

Quatro cosas remozan en un vi corazon, la vanidad, la lengua, y e

Religioso subdito.

Quatro cosas convienen á un so subdito: Que salga pocas veces nasterio, que guarde la debida ob á su Superior, que huya la ocio que sea continuo en la Oracion.

Rogado.

Quatro cosas principalmente c siderar el que es rogado: Quién por quien es rogado, qué sea lo ruega, qué se podrá seguir si de, y qué si no lo concede.

S

Soberbia.

QUatro cosas proceden de la soberbia: La ingratitud del beneficio recibido, la opresion del próxîmo, el hablar mal, y las riñas.

Quatro cosas destierran la soberbia: La pobreza, la opresion, la vejéz, y la enfermedad.

Soberbia.

Quatro cosas hacen al hombre soberbio: La hacienda, el poderío, la dignidad, y el linage.

Ciencia.

Quatro cosas introducen la ciencia: El amor de la honra, y gloria, el deleite de leer, el deseo de adquirir, y la inspiracion divina.

Quatro son las ciencias mas principales: Teología, Decretos, Leyes, y Física: la primera es el comer del alma, la segunda levanta á los infimos, la tercera enriquece al pobre, y la quarta es remedio de la enfermedad.

Salida.

Quatro cosas nuestras en sí tener mala salida: El menosprecio del consejo, el co-

comenzar malamente una cosa, el mas de lo que se puede, y el usur| ageno.

Subditos ó Vasallos.

Quatro cosas principalmente c nen á los subditos ó vasallos: Obe(su Señor en las cosas lícitas, proc bien comun, favorecer á los bue oprimir á los malos.

Señorío injusto.

Quatro suertes de hombres h tienen señorío injusto sobre los Los ricos, los engañosos, los sob y los atrevidos.

Quatro inconvenientes nacen d río injusto: La reverencia fingida, vidia mortal, el odio de los Princ el castigo de los herederos del que

Servir.

Quatro cosas hacen servir al El amor, el temor, la ganancia, bicion.

A quatro cosas sirven los hon la relacion de las palabras, á la del dinero, á la pena de las cos sas, y á la ayuda de su persona.

Soldado.

Quatro cosas convienen á ur Entendimiento, bondad, dinero ralidad.

Sujecion.

Quatro suertes de hombres hacen bien en tener sujetos á los otros: El Rey á sus subditos, ó vasallos, el padre á sus hijos, el marido á la muger, y los maestros á los discipulos.

Secreto inutil

Quatro cosas hay, que no importa tenerlas secretas: Las rentas, el poderío, el entendimiento, y la facundia de hablar.

Sentido.

Quatro cosas adelgazan el sentido: El deseo de contrastar, la moderada consideracion, el tratar con prudentes, y el ofrecimiento de las dádivas.

Quatro son los sentidos de que el hombre tiene mas necesidad: El vér, el oír, el tocar, y el gustar.

Sabio.

Quatro cosas no están bien en la boca del sabio: Alabar las cosas feas, no alabar las cosas que deben ser alabadas, contradecir las cosas que no entiende al que las entiende, y disputar con el vecino impertinencias.

Sanidad.

Quatro cosas dañan la sanidad: El desordenado tratar con mugeres, las sobradas comidas, el padecer demasiado frio, y el andar mucho tiempo en trabajo.

Tiem-

T

Tiempo.

QUatro son los tiempos, ó partes del año: Primavera, Estío, Otoño, é Invierno.

Temperamento.

Quatro son los temperamentos de que principalmente participan los cuerpos: Calor, frio, sequedad, y humedad.

Tener.

De quatro cosas tiene el hombre mas de lo que piensa: De enemigos, de pecados, de años, y de deudas.

De quatro cosas tiene el hombre mas de lo que piensa: De entendimiento, de bondad, de amigos, y de sensualidad.

Tirano.

Quatro fueron los tiranos mas crueles y severos: Herodes en Judéa, Nerón en Roma, Atila en Francia, y Ascelmo en la Marca ó Lombardía: el primero él mismo se mató con una espada, al segundo le mató el Pueblo, el tercero murió subitamente, y el quarto murió atosigado, y fue enterrado en el Castillo Soncino, en la Ciudad de Cremona.

Quatro son las obras del tirano: Destruir

truir á los buenos, echar á los pobres, engrandecer á los malos, y postrar la virtud.

Quatro cosas oprimen al tirano: La carestía de los mantenimientos, el grande constreñimiento, el sustentar la guerra, y el abandonar la justicia.

Quatro cosas engañan al tirano, por que piensa alcanzarlas: El favor del Pueblo, la nobleza de la fama, las muchas riquezas, y el deseo de gobernar.

Quatro efectos hace el tirano: Hace nacer cisma entre los Ciudadanos, oprime á los prudentes, desnuda á los ricos, y abate á los poderosos.

Quatro cosas impiden el gobierno, y mando al tirano: La concordia de los Ciudadanos, la multitud de los ricos, la discrecion de los prudentes, y la osadía de los poderosos.

Quatro cosas crecen juntamente con el tirano: La severidad de los hechos, el estímulo de soberbia, la afliccion de los sugetos, y el menosprecio de los Nobles.

Quatro costumbres se hallan en el tirano: Ser arrojado en las cosas crueles, ser impaciente en escuchar al que le habla, querer que todas las cosas salgan de el, y no querer ser reprehendido.

Quatro cosas son muy provechosas al

que

que está subdito al tirano: Honrar á los grandes, no ofender á ninguno, hablar poco, y vivir en soledad.

Trabajar.

Quatro cosas no se pueden alcanzar sin trabajo: Las excelentes alabanzas, la mucha ciencia, la hacienda, y el poderío.

Templanza.

De quatro cosas nos amonesta la templanza: De apartar las cosas superfluas, de refrenar los deseos, de abstenerse de las ilícitas, y de dár de mano á los deleytes y placeres.

Tierra.

De quatro cosas recibe grande daño la tierra: Del esclavo quando reyna, del tonto quando está harto, de la muger aborrecible quando se casa, y de la esclava quando queda señora heredera.

Traydor.

Quatro cosas se hallan en el traydor: Grande dulzura de palabras en la boca, con las quales engaña; la hiel mortífera en el corazon, con la qual vende; la falsa risa en la cara, con la qual disipa; y el efecto mortal en el acto fingido.

V

Verdad.

QUatro cosas destierran la verdad: El amor, el temor, el odio, y la ganancia.

Vida.

Quatro cosas alargan la vida: El vivir con templanza, el habitar con personas á quien se tiene voluntad, el estar en lugar sano, y el estár siempre alegre.

Uso.

Quatro cosas no se pueden saber sin mucho uso: La Gramatica, el escribir con buena ortografia, el predicar bien, y el hacer versos.

Valiente.

Quatro cosas hacen al hombre valiente: La razon, las fuerzas, el encendido ánimo, y el adversario debil.

Vicio.

Quatro son los vicios mas enormes, y feos, que se pueden hallar: El renegar á Dios, el vender á su Patria, el matar á sus padres, y el engañar á su compañero.

Quatro cosas hacen estár encubiertos los vicios: La liberalidad en el gastar, la afabilidad en el hablar, la honestidad en las costumbres, y la astucia en las obras.

Quatro vicios hay que se disfrazan maravillosamente con otras quatro virtudes: La astucia con la prudencia, la obstinacion con la constancia, la avaricia con la continencia, y la crueldad con la justicia.

Verguenza.

Quatro cosas trae la verguenza mas que otras: El venir á ser pobre, el recibir afrenta, el rogar á otro, y el ser echado de un Ayuntamiento.

Viento.

Quatro son los vientos mas principales: Levante ó Solano, Austro ó Abrego, Tramontana ó Septentrional, y Poniente ó Zefiro.

Vino.

Quatro calidades ha de tener el vino para ser bueno: Maduro, claro, viejo y delicado.

Vejéz.

Quatro cosas nacen de la vejéz: Falta de sentidos, escaséz cruel, mengua de fuerzas, y vano temor, y presuncion.

Què cosas son aquellas, que pocas veces se hallan en una persona juntas?

Hermosura, y libertad con castidad, ser sabio y rico, ser mozo y continente, tener el hombre viejo muger hermosa, y no ser zeloso.

FIN DE ESTE TRATADO.

VI-

VIDA
DEL
LAZARILLO
DE
TORMES,
CASTIGADO.

AHORA NUEVAMENTE impreso, y enmendado.

AL LECTOR.

AUnque este Tratadillo de la Vida de Lazarillo de Tormes, no es de tanta consideracion, en lo que toca á la lengua, como las Obras de Christobal de Castillejo, y Bartolomé de Torres Naharro, es una representacion tan víva y propria de aquello que imita, con tanto donaire y gracia, que en su tanto, merece ser estimado, y asi fue siempre á todos muy acepto; de cuya causa, aunque estaba prohibido en estos Reynos, se leía é imprimia de ordinario fuera de ellos. Por lo qual con licencia del Consejo de la Santa Inquisicion, y del Rey nuestro Señor, se enmendaron algunas cosas, porque se habia prohibido, y se le quitó toda la segunda Parte, que por no ser del Autor de la primera, era muy impertinente y desgraciada.

PROLOGO DEL AUTOR
á un Amigo suyo.

YO por bien tengo, que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oidas ni vistas, vengan á noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido; pues podria ser, que alguno que las lea, halle algo que le agrade, y á los que no ahondaren tanto, les deleyte; y á este proposito dice Plinio, que no hay Libro por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente, que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y asi vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto, para que ninguna cosa se debria romper ni echar á mal, si muy detestablemente no lo fuese, sino que á todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio, y pudiendo sacar de ella algun fruto; porque si asi no fuese, muy pocos escribirian para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, yá que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean

sus

sus obras, si hay de que se las alaben: y á este proposito dice Tulio: La honra cria las artes. ¿Quién piensa que el Soldado, que es primero del escala, tiene mas aborrecido el vivir? No por cierto; mas el deseo de alabanza le hace poner al peligro: y asi en las artes, y letras es lo mismo. Predica muy bien el Presentado, y es hombre que desea mucho el provecho de las animas; mas pregunten á su merced, si le pesa quando lo dicen: O qué maravillosamente lo ha hecho vuestra Reverencia. Justó muy ruinmente el Señor Don Fulano, y dió el sayete de armas al truhán, porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas; ¿qué hiciera si fuera verdad? Y todo vá de esta manera, que confesando yo no ser mas santo que mis vecinos, de esta nonada, que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte, y huelguen con ello todos los que en ella algun gusto hallaren, y vean, que vive un hombre con tantas fortunas, peligros, y adversidades. Suplíco á vuesa merced, reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera mas rico, si su poder y deseo se conformáran. Y pues vuesa merced escribe, se le escríba y relate el caso muy por extenso;

pa-

parecióme no tomarle por el m
sino del principio, porque se teng
tera noticia de mi persona, y tan
porque consideren los que heredaro
bles estados, quán poco se les
pues fortuna fue con ellos parci
quánto mas hicieron los que sien
contraria, con fuerza y maña rem
salieron á buen puerto.

C



CUENTA LAZARO SU LINAGE y Nacimiento.

PUes sepa v. md. ante todas cosas, que á mí me llamaban Lazaro de Tormes, hijo de Tomé Gonzalez, y de Antoña Perez, naturales de Tejares, Aldéa de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del Rio de Tormes, por la qual causa tomé el sobrenombre, y fue de esta manera. Mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una Haceña, que está Ribera de aquel Rio, en la qual fue Molinero mas de quince años; y estando mi madre una noche en la Haceña, preñada de mí, tomóla el parto, y parióme alli, de manera, que con verdad me puedo decir nacido en el Rio. Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron á mi padre ciertas sangrias mal hechas en los costales de los que alli á moler venian, por lo qual fue preso, y confesó, y padeció persecucion por Justicia. Espero en Dios, que está en la Gloria. En este tiempo se hizo cierta Armada

con-

contra Moros, entre los quales fue mi padre, que á la sazon estaba desterrado por el desastre yá dicho, con cargo de Azemilero de un Caballero que allá fue, y con su señor, como leal criado, feneció su vida. Mi viuda madre, como sin marido, y sin abrigo se viese, determinó arrimarse á los buenos, por ser uno de ellos, y vinose á vivir á la Ciudad; y alquiló una casilla, y metióse á guisar de comer á ciertos Estudiantes, y lavaba la ropa á ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena: de manera, que frequentando las caballerizas, ella y un hombre moreno de aquellos, que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venia á nuestra casa, y se iba á la mañana: otras veces de dia llegaba à la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrabase en casa. Yo al principio de su entrada, pesabame con él y habiale miedo, viendo el color y mal gesto que tenia; mas desde que ví, que con su venida mejoraba el comer, fuíle queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne, y en el Invierno leños, á que nos calentabamos. De manera, que continuando la posada y conversacion, mi madre vino á darme de él un negrito muy

bo-

bonito, el qual yo brincaba y ayudaba á calentar. Y acuerdome, que estando el negro de mi padrastro trevejando con el mozuelo, como el niño veia á mi madre, y á mi blanco, y á él no, huía de él con miedo para mi madre, y señalando con el dedo, decia: Mama, coco. Y él respondió riendo: O hi de puta ruin. Yo aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dixe entre mí: Quántos debe de haber en el mundo, que huyen de otros, porque no se vén á sí mismo. Quiso nuestra fortuna, que la conversacion del Zaide, que asi se llamaba, llegó á oidos del Mayordomo, y hecha pesquisa, hallóse, que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas, y las sabanas de los caballos hacia perdidas, y quando otra cosa no podia, las bestias desherraba, y con todo esto acudia á mi madre para criar á mi hermanico: y probósele quanto digo, y aun mas, porque á mí con amenazas me preguntaban, y como niño respondia, y descubria quanto sabía con miedo, hasta ciertas herraduras, que por mandado de mi madre á un Herrero vendì. Al triste de mi padrastro azotaron, y pringaron, y á mi ma-

madre pusieron pena por justicia sobre el acostumbrado centanario, que en casa del sobredicho Comendador no entrase, ni al lastimado Zaide en la suya acogiese. Por no echar la soga trás el caldero, la triste se esforzó, y cumplió la sentencia, y por evitar peligro, y quitarse de malas lenguas, se fue á servir á los que al presente vivian en el Meson de la Solana; y allí padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico, hasta que supo andar. Yá yo era buen mozuelo, que iba á los huespedes por vino y candelas, y por lo demás que me mandaban.

ASIENTO DE LAZARO CON EL Ciego.

EN este tiempo vino á posar al Meson un Ciego, el qual pareciendole que yo seria para adestrarle, me pidió á mi madre, y ella me encomendó á él, diciendole como era hijo de un buen hombre: el qual por ensalzar la Fé habia muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios, no saldria peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien, y mirase por mí, pues era huerfano. El respondió, que asi lo haria, y que me reci-

ci-

cibia no por mozo, sino por hijo. Y asi, yo comencé á servir, y á adestrar á mi nuevo y viejo amo. Como estubimos en Salamanca algunos dias, pareciendole á mi amo, que no era la ganancia á su contento, determinó irse de alli; y quando nos hubimos de partir, yo fui á vér á mi madre, y ambos llorando, me dió su bendicion, y dixo: Hijo, yá sé que no te veré mas, procura de ser bueno, y Dios te guie: criado te hé, y con buen amo te he puesto, valete par tí; y asi me fui para mi amo, que esperando me estaba. Salimos de Salamanca, y llegando á la Puente, está á la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de Toro, y el Ciego mandóme, que llegase cerca del animal, y alli puesto, me dixo: Lazaro llega el oído á este Toro, y oirás gran ruido dentro de él. Yo simplemente llegué, creyendo ser asi; y como sintió que tenia la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano, dióme una gran calabazada en el diablo del Toro, que mas de tres dias me duró el dolor de la cornada, y dixome: Necio, aprende, que el mozo del Ciego, un punto ha de saber mas que el diablo, y rió mucho de la burla. Parecióme que en aquel instante desperté

de

de la simpleza, en que como niño dormido estaba, y dixe entre mí: Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo, y avisar; pues soy solo, y pensar como me sepa valer. Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos dias me mostró gerigonza, y como me viese de buen ingenio, holgabase mucho, y decia: Yo, oro ni plata no te lo puedo dár, mas avisos para vivir, muchos te mostraré: y fue así, que despues de Dios, éste me dió la vida, y siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar á vuesa merced estas niñerias, para mostrar quánta virtud sea saber los hombres subir, siendo bajos, y dexarse bajar, siendo altos, quanto vicio. Pues tornando al bueno de mi Ciego, y contando sus cosas, v. md. sepa, que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó mas astuto, ni sagáz: en su oficio era un aguila, ciento y tantas oraciones sabía de coro, un tono bajo, reposado, y muy sonable, que hacia resonar la Iglesia donde rezaba; un rostro humilde, y devoto, con muy buen continente ponia quando rezaba sin hacer gestos, ni visages con boca, ni ojos, como otros suelen hacer. Allende de esto, tenia otras mil formas, y maneras para sacar el dine-

nero, decia saber oraciones para muchos, y diversos efectos: Para las mugeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisiesen bien; echaba pronosticos á las preñadas, si traían hijo, ó hija. Pues en caso de medicina, Galeno no supo la mitad que él, para muelas, desmayos, males de madre; finalmente, nadie le decia padecer alguna pasion, que luego no le decia: Haced esto, hareis estotro, coged tal yerva, tomad tal raíz. Con esto andabase todo el mundo tras él, especialmente mugeres, que quanto les decia creían: de éstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba mas en un mes, que cien Ciegos en un año. Mas tambien quiero que sepa v. md. que con todo lo que adquiria y tenia, jamás tan avariento, ni mezquino hombre no ví, tanto, que me mataba á mi de hambre, y á sí no se remediaba de lo necesario. Digo verdad, si con mi fortaleza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas con todo su saber y aviso, le contraminaba de tal suerte, que siempre ó las mas veces me cabia lo mas y mejor. Para esto le hacia burlas endiabladas, de las quales contaré algu-

nas

nas, aunque no todas á mi sa
el pan, y todas las otras cosa
dél de lienzo, que por la boc
con una argolla de hierro, y
y llave, y al meter de las cosa
era con tanta vigilancia y ta
tadero, que no bastára tod
hacerle menos una migaja: m
ba aquella laceria que él me da
en menos de dos bocados era c
Despues que cerraba el candad
cuidaba; pensando que yo est
diendo en otras cosas, por u
costura, que muchas veces del
fardél descosía, y tornaba á cos
ba el avariento fardél, sacand
tasa, pan, mas buenos pedazos,
y longaniza; y asi buscaba c
tiempo para rahacer; no la c
la endiablada falta, que el mal
faltaba. Todo lo que podia si
tar, traía en medias blancas,
le mandaban rezar, y le daban
como él carecia de vista, no
que se la daba amagado con el
do yo la tenia lanzada en la b
media aparejada, que por pres
echaba la mano, yá iba de m
aniquilada en la mitad del just

Quejabaseme el mal Ciego; porque al tiento, luego conocia y sentia que no era blanca entera, y decia: ¿Qué diablos es esto? que despues que conmigo estás no me dán sino medias blancas? y de antes una blanca, y un maravedí hartas veces me pagában; en tí debe de estár esta desdicha. Tambien él abreviaba el rezar, y la mitad de la oracion no acababa, porque me tenia mandado, que en yendose el que la mandaba rezar, le tirase por el cabo del capuz. Yo así lo hacia. Luego él tornaba á dár voces, diciendo: Manden rezar tal y tal oracion, como suelen decir. Usaba poner cabe ó cerca de sí un jarrillo de vino quando comiamos, yo muy de presto le asía, y daba un par de besos callados, y tornabale á su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos conocia la falta; y por reservar su vino á salvo, nunca despues desamparaba el jarro, antes lo tenia por el asa asido: mas no habia piedra imán que tragese á sí el hierro, como yo el vino con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenia hecha, la qual metiendola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dexaba y buenas noches. Mas como fuese el traydor tan astuto, pienso que me sintió, y desde en adelante mudó proposito, y asentaba su jarro

entre las piernas, y tapabale c
y asi bebia seguro. Yo como e
al vino, moria por él; y viend
remedio de la paja no me apro
valia, acordé en el suelo del j
una ſuentecilla, y agujero sutil,
mente con una muy delgada tor
taparlo, y al tiempo de comer
hab r frio, entrabame entre las
triste Ciego á calentarme en l
lumbre que teniamos, y al calor
go era derretida la cera, por ser
comenzaba la fuentecilla á desti
boca, la qual yo de tal manera
maldita la gota se perdia. Qua
brete iba á beber, no hallaba na
tabase, maldeciase, daba al diabl
y el vino, no sabiendo que pod
direis, Tio, que os lo bebo yo, c
no lo quitais de la mano. Tantas
tientos dió al jarro, que halló la
cayó en la burla; mas asi lo disim
si no lo hubiera sentido, y luego
teniendo yo rezumado mi jarro c
no pensando en el daño que me e
rejado, ni que el mal Ciego me s
téme como solia, estando recibie
llos dulces tragos, mi cara pues
Cielo, un poco cerrados los ojos

jor gustar el sabroso licor, sintió el de
perado Ciego, que ahora tenia tiemp
tomar de mí venganza, y con toda su f
za, alzando con dos manos aquel d
y amargo jarro, le dexó caer sobre mi
ca, ayudandose (como digo) con tod
poder; de manera, que el pobre Laz
que de nada de esto se guardaba, a
como otras veces, estaba descuidado, y
zoso, verdaderamente me pareció qu
Cielo, con todo lo que en él hay, me h
caido encima. Fue tal el golpecillo, que
desatinó, y sacó de sentido, y el jarr
tan grande, que los pedazos de él se
metieron por la cara, rompiendomela
muchas partes, y me quebró los dientes,
los quales hasta hoy dia me quedé. De
aquella hora quise mal al mal Ciego
aunque me queria, y regalaba, y me cu
ba, bien ví que se habia holgado del c
castigo. Labóme con vino las roturas,
con los pedazos del jarro me había hec
y sonriendose, decia: Qué te parece La
ro? Lo que te enfermó, te sana, y dá sal
y otros donaires, que á mi gusto no
eran. Yá que estuve medio bueno de
negra trepa, y cardenales, consideran
que á pocos golpes tales, el cruel Ci
ahorraria de mí, quise yo ahorrar de
 m

mas no la hice tan presto por hacerlo mas á mi salvo, y provecho, aunque yo quisiera asentar mi corazon, y perdonarle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento, que el mal ciego desde alli adelante me hacia, que sin causa, ni razon me hería, dandome coscorrones, y repelandome. Y si alguno le decia, por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuentro del jarro, diciendo; ¿Pensais que este mi mozo es algun inocente? Pues oid, si el demonio ensayára otra tal hazaña. Santiguandose los que lo oían, decian: Mirad, quién pensára de un muchacho tan pequeño tal ruindad, y reían mucho el artificio, y decianle: Castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habreis, y él con aquello nunca otra cosa hacia. Y en esto, yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede, por le hacer mal, y daño; si habia piedras, por ellas, si lodo, por lo mas alto, que aunque yo no iba por lo mas enjuto, me holgaba de quebrarme á mi un ojo, por quebrarlos al que ninguno tenia. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el qual siempre traía lleno de tolondrones, y pelado de sus manos; y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba, ni

me

me creía; mas tal era el sentido, y el grandísimo entendimiento del traydor. Y por que vea V. md. á quanto se estendia el ingenio de este astuto Ciego, contaré un caso, de muchos, que con él me acaecieron, en el qual me pareció dió bien á entender su gran astucia. Quando salimos de Salamanca, su motivo fue venir á tierra de Toledo, porque decia, ser la gente mas rica, aunque no muy limosnera. Arrimabase á este refrán: Mas dá el duro que el desnudo, y venimos á este camino por los mejores Lugares: donde hallaba buena acogida, y ganancia deteniamonos; donde no, á tercer dia haciamos San Juan. Acaeció, que llegando á un Lugar, que llaman Almoróz, al tiempo que cogian las ubas, un vendimiador le dió un racimo de ellas en limosna, y como suelen ir los cestos maltratados, y tambien porque la uba en aquel tiempo está muy madura, desgranabasele el racimo en la mano, para echarlo en el fardel tornabase mosto, y lo que á él se llegaba, acordó de hacer un banquete, asi por no poderlo llevar, como por contentarme, que aquel dia me habia dado muchos rodillazos, golpes, sentamonos en un vallardar, y dixo: Ahora quiero yo vsar contigo de una liberalidad, y es, que ambos

tomamos este racimo de ubas, y
de él tanta parte como yo, part
de esta manera: Tú picarás una
otra, con tal, que me prometas,
cada vez mas de una, uba, yo ha
mo hasta que lo acabemos, y de
te no habrá engaño: Hecho asi e
to, comenzamos; mas luego al
lance el traydor mudó proposito,
zó á tomar de dos en dos, consi
que yo debria hacer lo mismo:
que él quebraba la postura, no m
té ir á la par con él, mas aun pas
lante dos á dos, y tres á tres, y cor
las comia. Acabado el racimo, es
poco con el escobajo en la mano
neando la cabeza, dixo: Lazaro, e
me has, juraré yo que has comido l
tres á tres. No comí, dixe yo, mas
sospechais eso? Respondió el grac
Ciego: Sabes en qué veo que las
tres á tres? en que comia yo dos á
callabas. Reíme entre mí, y (aunq
chacho) noté mucho la discreta con
cion del Ciego: mas por no ser
dexo de contar muchas cosas, asi
sas, como de notar, que con este
mer amo me acaeciéron, y quiero d
despidiente, y con él acabar. Estaba

Escalona (Villa del Duque de ella) en un Meson, y dióme un pedazo de longaniza que le asase: Y yá que la longaniza habia pringado; y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa, y mandóme que fuese por él de vino á la taberna. Pusome el demonio el aparejo delante los ojos, el qual (como suelen decir) hace al ladron, y fue, que habia cabe (ó cerca del) el fuego un nabo pequeño, larguillo, y ruinoso, y tal que por no ser para la olla, debió ser echado alli: y como al presente nadie estubiese, sino él, y yo solos, como me ví con apetito goloso, habiendome puesto dentera el sabroso olor de la longaniza, del qual solamente sabia que habia de gozar: no mirando qué me podria suceder, pospuesto todo temor, por cumplir con el deseo, en tanto que el Ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza, y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador, el qual mi amo, dandome el dinero para el vino, tomó, y comenzó á dar bueltas al fuego, queriendo asar, al que de ser cocido por sus demeritos habia escapado. Yo fui por el vino, con el qual no tardé en despachar la longaniza, y quando vine, hallé al pecador del Ciego, que tenia entre dos rebanadas apretado el nabo, al qual

aun no habia conocido, por
tentado con la mano. Como to
banadas, y mordiese en ellas
tambien llevar parte de la lon
llóse en frio con el frio nabo;
dixo: Qué es esto, Lazarillo? 1
mí, dixe yo, si quereis achacar
no vengo de traer el vino? Alg
ahí, y por burla haria eso. No
él, que yo no he dexado el asado
no, no es posible. Yo torné á ju
jurar que estaba libre de aqu
cambio, mas poco me aprovecl
las astucias del maldito Ciego na
condia: Levantóse, y asióme po
za, y llegóse á olerme, y como
tir el huelgo, á uso de buen pod
mejor satisfacerse de la verdad,
gran agonía que llevaba, asiendo
manos, abrióme la boca mas de s
y desatentadamente metia la nar
tenia larga, y afilada, y á aquella
el enojo se habia aumentado un p
el pico del qual me llegó al galillo.
y con el gran miedo que tenia
brevedad del tiempo, que la neg
niza aun no habia hecho asiento
tomago, y lo mas principal con e
to de la cumplidísima nariz, n

ahogandome, todas estas cosas se juntaron, y fuéron causa que el hecho, y golosina se manifestase, y lo suyo fuese vuelto á su dueño; de manera, que antes que el mal Ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteracion sintió mi estomago, que le dió con el hurto en ella, de suerte, que su nariz, y la negra mal mascada longaniza á un tiempo saliéron de mi boca. O gran Dios! quién estubiera á aquella ahora sepultado, que muerto yá lo estaba. Fue tal el corage del perverso Ciego, que si al ruído no acudieran, pienso no me dexára con la vida. Sacáronme de entre sus manos, dexandoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenia: arañada la cara, y rasguñado el pescuezo, y la garganta; y esto bien lo merecia, pues por mi maldad me venian tantas persecuciones. Contàba el mal Ciego á todos quantos alli se llegaban mis desastres, y dabales cuenta una, y otra vez, asi de la del jarro, como de la del racimo, y ahora de lo presente: era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba, entraba á vér la fiesta mas con tanta gracia, y donaire contaba el Ciego mis hazañas, que aunque yo estaba tan mal tratado, y llorando, me parecia que le hacia injusticia en no se las reir. Y en quanto esto pasaba, á la

me-

memoria me vino una cobardía,
que hice porque me maldecia, y
xarle sin narices, pues tan bi
tube para ello, que la mitad del
taba andado: con solo apretar
se me quedáran en casa, y ser de
vado, por ventura lo retubiera
estomago, que tubo la longaniz
reciendo ellas, pudiera negar la
Pluguiera á Dios, que lo hubi
que eso me fuera asi que asi.
amigos la Mesonera, y los que al
y con el vino que para beber le
do labaronme la cara y la garga
lo qual discantaba el mal Ciego
diciendo: Por verdad, mas vino
este mozo en lavatorios al cabo de
yo bebo en dos. A lo menos, La
mas encargo al vino, que á tu p
que él una vez te engendró, mas
te ha dado la vida; y luego contal
veces me habia descalabrado, y
cara, y con vino luego sanaba. Y
(dixo) que si hombre en el mu
ser bien afortunado con vino, qu
y reían mucho los que me lavab
to, aunque yo renegaba. Mas e
co del Ciego no salió mentiroso
pues acá muchas veces me acuerd

hombre, que sin duda debia tener espíritu de profecía, y me pesa de los sinabores que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando lo que aquel dia me dixo, salirme tan verdadero, como adelante V. md. oirá. Visto esto, y las malas burlas con que el Ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo dexarle, y como lo tenia pensado, y lo tenia en voluntad, con este postrer juego que me hizo, afirmélo mas, y fue asi, que luego otro dia salimos por la Villa á pedir limosna, y habia llovido mucho la noche antes; y porque el dia tambien llovia, andaba rezando debajo de unos portales que en aquel Pueblo habia, donde no nos mojabamos, mas como la noche se venia, y el llover no cesaba, dixome el Ciego: Lazaro, esta agua es muy porfiada: y quanto la noche mas cerraba, mas recia, acojamonos á la posada con tiempo. Para ir allá habiamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande; yo le dixe: Tio, el arroyo vá muy ancho; mas si quereis, yo veo por donde atravesemos mas ahina, sin nos mojar, porque se estrecha alli mucho, y saltando pasarémos á pie enjuto. Parecióle buen consejo, y dixo: Discreto eres, por eso te quiero bien, llevame á ese lugar, donde el arroyo se desangosta, que ahora es invierno,

y sabe mal el agua, y mas llevar los pies mojados. Yo, que vi el aparejo á mi deseo, saquéle debajo de los portales, y llevélo derecho de un pilar, ó poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el qual, y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y dixele: Tio, este es el paso mas angosto que en el arroyo hay. Como llovia, y el triste se mojaba, y con la priesa que llevabamos de salir del agua que encima nos caía; y lo mas principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento, por darme de él venganza, creyóse de mí, y dixo: Ponme bien derecho, y salta tú el arroyo. Yo le puse bien derecho enfrente del pilar, y doy un salto, y pongome detrás del poste, como quien espera tope de toro, y dixele: Sus, saltad todo lo que podais, porque deis de este cabo del agua. Aun apenas lo habia acabado de decir, quando se abalanza el pobre Ciego como cabron, y de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de corrida, para hacer mayor salto, dá con la cabeza en el poste, que sonó tan recio, como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atrás medio muerto, y hendida la cabeza. ¿Cómo olisteis la longaniza, y no el poste? Huele, huele, le dixe yo, y dexéle en poder de mucha gente que lo habia

sido á socorrer, y tomé la puerta de la Villa en los pies de un trote, y antes que la noche viniese dí conmigo en Torrijos. No supe mas lo que Dios hizo de él, ni procuré de saberlo.

COMO LAZARO ASENTO con un Clerigo.

OTro dia, no pareciendome estár allí seguro, fuime á un Lugar, que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un Clerigo que llegando á pedir limosna, me preguntó, si sabia ayudar á Misa. Yo dixe que sí, como era verdad, que aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del Ciego, y una de ellas fue esta Finalmente, el Clerigo me recibió por suyo, escapé del trueno, y dí en el relampago, porque era el Ciego para con éste un Alexandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado; no digo mas, sino que toda la lacéria del mundo estaba encerrada en éste. El tenia una arca vieja, y cerrada con su llave, la qual traía atada con una agujeta del paletoque, y en viniendo el bodigó de la Iglesia, por su mano era luego alli lanzado, y tornada á cerrar el arca; y en toda la casa no habia

bia ninguna cosa de comer, como suele estár en otras, algun tocino colgado al humero, algun queso puesto en alguna tabla, ó en el armario, algun canastillo con algunos pedazos de pan, que de la mesa sobran, que me parece á mí, que aunque de ello no me aprovechára, con la vista de ello me consolára. Solamente habia una horca de cebollas, y trás llave, en una camara en lo alto de la casa, de éstas tenia yo de racion una para cada quatro dias, y quando le pedia la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, echaba mano al balsopeto, y con gran continencia la desataba, y me la daba diciendo: Toma, y vuelvela luego, y no hagais sino golosmear: como si debajo de ella estubieran todas las conservas de Valencia. Con no haber en la dicha camara (como dixe) maldita otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo, las quales él tenia tambien por cuenta, que si por males de mis pecados me desmandára á mas de mi tasa me costára caro. Finalmente, yo me finaba de hambre. Pues yá que conmigo tenia poca caridad, consigo usaba mas. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar; verdad es, que partia conmigo del caldo, que de la carne tan blanco el ojo, sino un poco de pan, y

plu.

pluguiera á Dios que me demediára. Los Sabados comense en esta tierra cabezas de carnero, y enviabame por una que costaba tres maravedís: aquella la cocia, y comia los ojos, y la lengua, y el cogote, y sesos, y la carne que en las quijadas tenia, y dabame todos los huesos roídos, y dabamelos en el plato, diciendo: Toma, come, triunfa, que para tí es el mundo, mejor vida tienes que el Papa. Tal te la dé Dios, decia yo, paso entre mí. Al cabo de tres semanas que estube con él, vine á tanta flaqueza, que no me podia tener en las piernas de pura hambre: vime claramente ir á la sepultura, si Dios, y mi saber no me remediáran; para usar de mis mañas no tenia aparejo, por no tener en qué darle salto, y aunque algo hubiera, no pudiera cegarle, como hacia al que Dios perdone:, si de aquella calabazada feneció, que todavia aunque astuto, con faltarle aquel preciado sentido, no me sentia; mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tubiese como él tenia: quando al ofertorio estabamos, ninguna blanca en la concha caía, que no era de él registrada, el un ojo tenia en la gente, y el otro en mis manos: bailabanle los ojos en el casco como si fueran de azogue; quanta blancas ofrecian tenia por

cuen-

cuenta, y acabado el ofrecer luego me quitaba la concheta, y la ponia sobre el Altar: no era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví, ó por mejor decir morí. De la taberna nunca le trage una blanca de vino, mas aquel poco que de la ofrenda habia metido en su arca, compasaba de tal forma, que le duraba toda la semana, y por ocultar su gran mezquindad, deciame: Mira mozo, los Sacerdotes han de ser muy templados en su comer, y beber, y por esto yo no me desmando como otros: mas el lacerado mentia falsamente, porque en cofradias y mortuorios, que rezabamos á costa agena, comia como lobo, y bebia mas que un saludador. Y porque dixe mortuorios, Dios me perdone, que jamás fui enemigo de la naturaleza humana sino entonces, y esto era porque comiamos bien, y me hartaba, deseaba, y aun rogaba á Dios, que cada dia matase el suyo. Y quando dabamos Sacramento á los enfermos, especialmente la Extrema-Uncion, como manda el Clerigo rezar á los que estaban alli, yo cierto no era el postrero de la oracion, y con todo mi corazon, y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase á la parte que mas servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de este mundo;

y quando alguno de estos escapaba, Dios me lo perdone, que mil veces le daba al diablo, y el que se moria otras tantas bendiciones llevaba de mi dichas, porque en todo el tiempo que allí estuve, que serían casi seis meses, solas veinte personas fallecieron, y éstas bien creo que las maté yo, ò por mejor decir murieron à mi requesta; porque viendo el Señor mi rabiosa, y continua muerte, pienso que holgaba de matarlos, por darme à mi vida, mas de lo que al presente padecia, remedio no hallaba, que si el dia que enterrabamos yo vivia, los dias que no habia muerto, por quedar bien vezado de la hartura, tornando à mi quotidiana hambre, mas lo sentia. De manera, que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo tambien para mí, como para los otros, deseaba algunas veces, mas no la via, aunque estaba siempre en mi. Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por dos cosas lo dexaba. La primera, por no me atrever à mis piernas, por temor de la flaqueza, que de pura hambre me caía; y la otra, consideraba, y decia: Yo he tenido dos amos, el primero traíame muerto de hambre, y dexandole, topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues

si de ésto desisto, y doy en otro
qué será sino fenecer? Con esto r
ba menear, porque tenia por fé
los grados habia de hallar mas
bajar otro punto , no sonára La
òyera en el mundo. Pues esta
afliccion, qual plega al Señor lib
à todo fiel Christiano , y sin sa
consejo viendome ir de mal en
dia que el cuitado , ruin y lacer
amo habia ido fuera del lugar, lleg
à mi puerta un Calderero , el qu
que fué Angel enviado à mí por
Dios en aquel habito ; preguntón
algo que adobar. En mi teniades
hacer, y no hariades poco, si me
sedes, dixe paso , que no me oy(
mo no era tiempo de gastarlo e
alumbrado no sé por quien le d
una llave de ésta arca he perdido, y
mi Señor me azote ; por vuestra
si en esas que traeis hay alguna q
que yo os lo pagaré. Comenzó
el Angelico Calderero una, y otra
sartal que de ellas traía, y yo à ay
mis flacas oraciones , quando no
veo cantidad de panes dentro del
abierto , dixele : Yo no tengo di
os dar por la llave; mas tomad de a

El tomó un bodígo de aquellos, el que mejor le pareció, y dandome mi llave, se fue muy contento, dexandome mas à mí; mas no toqué en nada al presente, porque no fuese la falta sentida, y aun porque me ví de tanto bien Señor, parecióme que la hambre no se me osaba llegar. Vino el mísero de mi amo, y quiso Diós que no miró en la oblada, que el Angel habia llevado. Yo otro dia, én saliendo de casa, abro mi paraiso panal, y tomo entre las manos, y dientes un bodígo, y en dos credos le, hice invisible, no se me olvidando el arca abierta, y comienzo à barrer la casa con mucha alegria, pareciendome con àquel remedio remediar dende en adelante la triste vida. Y asi estuve con ello aquel dia, y otro gozoso: mas no estaba en dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero dia me vino la terciana derecha, y fue que veó à deshora al que me mataba de hambre sobre nuestra arca, volviendo, y revolviendo, contando, y tornando á contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oracion, devociones y plegarias, decia: San Juan, y ciegale. Despues que estuvo un gran rato hechando la cuenta por dias, y dedos contando, dixo: Si no tuviera á tan buen recaudo esta arca, yo dixera que me

habian tomado de ella panes: pero de hoy mas, solo por cerrar puerta à la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos: nueve quedan, y un pedazo. Nuevas malas te dé Dios, (dixe yo entre mí) parecióme con lo que dixo pasarme el corazon con saeta de montero; y comenzéme el estomago á escarbar de hamhre, viendose puesto en la dieta pasada. Fué fuera de casa, y yo por consolarme abro el arca, y como ví el pan, comencélo de adorar, no osando recibirlo. Contélos, si à dicha él lacerado se erraba, y hallé su cuenta mas verdadera que yo quisiera. Lo mas que yo pude hacer, fué dar en ellos mil besos, y lo mas delicado que yo pude, del partido partí un poco, al pelo que él estaba, y con aquel pasé aquel, dia no tan alegre como el pasado: mas como la hambre creciese, mayormente que tenia el estomago hecho à mas pan aquellos dos ò tres dias ya dichos, moria mala muerte, tanto qne otra cosa no hacia en viendome solo, sino abrir y cerrar el arca, y contemplar en aquella cara de Dios; (que así dicen los niños) mas el mismo Dios, que socorre à los afligidos, viendome en tal estrecho, trajo à mi memoria un pequeño remedio, que considerando entre mí, dixe: este arqueton es viejo, grande, y roto,

y

y por algunas partes con algunos pequeños agujeros; puedese pensar, que ratones, entrando en él hacen daño à este pan: sacarlo entero, no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir: esto bien se sufre, y comienzo à desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno, y dexo otro, de manera, que en cada qual de tres ò quatro, desmigajé su poco; despues, como quien toma gragéa, lo comí, y algo me consolé: mas él como viniese à comer, y abriese el arca, vió el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habian hecho, porque estaba muy al proprio contrahecho, de como ellos lo suelen hacer. Mira toda el arca de un cabo à otro, y vióle ciertos agujeros por donde sospechaba habian entrado; llamóme, diciendo: Lazaro, mira que persecucion ha venido aquesta noche por nuestro pan. Yo hiceme muy maravillado, preguntandole que seria. Qué ha de ser, dixo él, ratones que no dexan cosa à vida. Pusimonos à comer, y quizo Dios, que aun en esto me fue bien, que me cupo mas pan, que la laceria que me solia dár, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo: Comete eso, que el raton cosa limpia es. Y

así aquel dia, añadiendo la racion del trabajo de mis manos ò de mis uñas,por mejor decir,acabamos de comer,aunque yo nunca empezaba , y luego me vino otro sobresalto, que fué verle andar solícito , quitando clavos de paredes, y buscando tablillas, con las quales clavó,y cerró todos los agujeros de la vieja arca. O Señor mio, dixe yo entonces, ¡à quanta miseria y fortuna, y desastres estamos puestos los nacidos,y quan poco duran los placeres de esta nuestra trabajosa vida! Heme aquí, que pensaba con este pobre, y triste remedio remediar, y pasar mi laceria, y estaba ya quanto que alegre , y de buena ventura; mas no quiso mi desdicha, despertando à este lacerado de mi amo, y poniendole mas diligencia de la que él de suyo se tenia; pues los míseros por la mayor parte, nunca de aquella carecen , sino que ahora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta à mi consuelo,y la abriese à mis trabajos. Asi lamentaba yo,en tanto que mi solícito Carpintero con muchos clavos , y tablillas dió fin à su obra , diciendo : Ahora de unos traidores ratones, convieneos mudar proposito , que en esta casa mala medra teneis. De que salió de su casa, voy à vér la obra,y hallé, que no dexó en la triste , y vieja arca agujero, ni aun por

por donde le pudiese entrar un mosquito: abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho, y ví los dos, ó tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados, y de ellos todavia saqué alguna laceria, tocandolos muy ligeramente, à uso de esgrimador diestro, como la necesidad sea tan gran maestra. Viendome con tanta siempre, noche, y dia, estaba pensando la manera que tendria en sustentar el vivir, y pienso para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen, que el ingenio con ella se aviva, y al contrario con la hartura; y asi era por cierto en mí. Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podria valer, y aprovecharme del arca, sentí que mi amo dormia, porque lo mostraba con roncar, y en unos resoplidos grandes que hacia quando estaba durmiendo; levantéme muy quedito, y habiendo en el dia pensado lo que habia de hacer, y dexado un cuchillo viejo, que por allí andaba, en parte donde le hallase, voyme à la triste arca, y por donde habia mirado tener menos defensa, la acometí con el cuchillo, que à manera de barreno de él usé, y como la antiquísima arca, por ser de tantos años la hallase sin fuerza, y corazon, an-

tes muy blanda y carcomida, luego se me rindió, y consintió en su costado, por mi remedio un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca, y al tiento del pan que hallé partido, hice (segun de suyo está escrito) y con aquello algun tanto consolado, tornando à cerrar, me volví à mis pajas, en las quales reposé, y dormí un poco, lo qual yo hacia mal, y echabalo al no comer, y asi seria, porque cierto en aquel tiempo no me debian de quitar el sueño los cuidados del Rey de Francia. Otro dia fué por el Señor mi amo visto el daño asi del pan, como del agujero, que yo habia hecho, y comenzó à dar al diablo los ratones, y decir: Qué dirémos à esto? Nunca haber sentido ratones en esta casa sino ahora, y sin duda debia de decir verdad, porque si casa habia de haber en el Reyno justamente de ellos privilegiada, aquella de razon habia de ser, porque no suelen morar donde no hay que comer. Torna à buscar clavos por la casa, y por las paredes, y con tablillas à tapar los agujeros. Venida la noche, y su reposo, luego yo era puesto en pié con mi aparejo, y quantos él tapaba de dia, destapaba yo de noche. En tal manera fué, y tal priesa nos dimos, que sin duda por esto se debió de-

cir,

cir, donde una puerta se cierra otra se abre; finalmente pareciamos tener à destajo la tela de Penelope, pues quanto él tegia de dia rompia yo de noche, y en pocos dias, y noches pusimos la pobre despensa de tal forma, que quien quisiera propiamente de ella hablar, mas corazas viejas de otro tiempo, que no arca la llamára, segun la clavazon, y tachuelas sobre sí tenia. De que vió no le aprovechar nada su remedio, dixo: Esta arca está tan maltratada, y es de madera tan vieja y flàca, que no habrá raton à quien se defienda, y vá ya tal, que si andamos mas con ella, nos dexará sin guarda; y aun lo peor, que aunque hace poco: todavia hará falta faltando, y no me pondrá esta en costa tres ó quatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro á estos ratones malditos; luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso, que à los vecinos pedia, continuo el gato estaba armado dentro del arca, lo qual era para mi singular auxîlio; porque puesto caso, que yo no habia menester muchas salsas para comer, todavia me holgaba con las cortezas del quesó que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del bodígo. Como hallase el pan

ra-

ratonado, y el queso comido, y no cayese el raton que lo comia, dabase al diablo, preguntaba à los vecinos, ¿ qué podria ser comer el queso, y sacarlo de la ratonera, y no caer, ni quedar dentro el raton, y hallar caída la trampilla del gato? Acordáron los vecinos no ser el raton el que este daño hacia, porque no fuera menos de haber caído alguna vez; dixole un vecino: en vuestra casa yo me acuerdo, que solia andar una culebra, y esta bede de ser sin duda, y lleva razon, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo, y aunque la coja la trampilla encima, como no éntre toda dentro, tornase à salir. Quadró à todos lo que aquel dixo, y alteró mucho à mi amo, y dende en adelante no dormia tan à sueño suelto, que qualquier gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roía el arca, y luego era puesto en pié, y con un garrote, que à la cabecera (desde que aquello le dixeron) ponia, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacia, y à mí no dexaba dormir. Ibase à mis pajas, y trastornabalas, y à mi con ellas, pensando que la culebra se iba para mí, y se envolvia en mis pajas, ó en mi sayo, porque

que le decian, que de noche acaecia à estos animales buscando calor, ir à las cunas donde están criaturas, y aun morderlas, y hacerlas peligrar. Yo las mas veces hacia del dormido, y en la mañana deciame él: esta noche, mozo, no sentiste nada? Pues trás la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para tí à la cama, que son muy frias, y buscan calor. Plega à Dios que no me muerda, (decia yo) que harto miedo la tengo. De esta manera andaba tan elevado, y levantado del sueño, que à mi fé la culebra, ò el culebro, por mejor decir, no osaba roer de noche, ni levantarse al arca; mas de dia, mientras estaba en la Iglesia, ò por el Lugar, hacia mis saltos. Los quales daños viendo él, y el poco remedio, que les podia poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo; yo hube miedo, que con aquellas diligencias no me topase con la llave, que debaxo de las pajas tenia, y parecióme lo mas seguro meterla de noche en la boca, porque ya desde que viví con el Ciego, la tenia tan hecha bolsa, que me acaeció tener en ella doce, ò quince maravedís, todos en medias blancas, sin que me estorvase el comer, porque de otra manera no era señor de una blanca, que el maldito Ciego no cayese con ella, no dexando cos-

tu-

tura, ni remiendo que no me buscaba muy à menudo. Pues así, como digo, metia cada noche la llave en la boca, y dormia sin recelo, que el brujo de mi amo cayese con ella; mas quando la desdicha ha de venir, por demas es diligencia. Quisiéron mis hados, ò (por mejor decir) mis pecados, que una noche, que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debia tener de tal manera y postura que el ayre y resoplo, que yo durmiendo echaba, salia por lo hueco de la llave, que de canuto era, y silvaba, segun mi desastre quiso muy recio, de tal manera, que el sobresaltado de mi amo lo oyó, y creyó sin duda ser el silvo de la culebra, y cierto lo debia parecer. Levantóse muy paso, con su garrote en la mano, y al tiento, y sonido de la culebra, se llegó à mí con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra; y como cerca se vió, pensó que allí en las pajas donde yo estaba echado, al calor del mio, se habia venido, levantando bien el palo, pensando tenerla debaxo, y darla tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descarga en la cabeza tan gran golpe, que sin ningun sentido, y muy mal descalabrado me dexó. Como sintió que me habia dado, segun yo debia hacer gran sen-

ti-

timiento con el fiero golpe, contaba él, que se habia llegado á mí, dandome grandes voces, llamandome, procuró recordarme; mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que habia hecho, y con mucha priesa fué à buscar lumbre, y llegando con ella, hallóme quexando, todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera, que debia estár al tiempo que silvaba con ella. Espantado el matador de culebras, qué podria ser aquella llave, miróla, sacandomela de la boca, y vió lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba: fué luego à probarla, y con ella probó el maleficio; debió de decir el cruel cazador: el raton, y culebra que me daban guerra, y me comian mi hacienda he hallado. De lo qué sucedió en aquellos tres dias siguientes ninguna fé daré, porque los tuve en el vientre de la ballena; mas de como esto que he contado oí, despues que en mí torné, decir à mi amo, el qual à quantos allí venian lo contaba por extenso. Al cabo de tres dias yo torné en mi sentido, y vime echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada, y llena de aceytes y unguentos, y espantado dixe,

xe, qué es esto? Respondióme el cruel S
cerdote: A fé que los ratones, y culeb
que me destruian, ya los he cazado. Y m
por mí, y vime tan maltratado, que lu
sospeché mi mal. A esta hora entró u
vieja que ensalmaba, y los vecinos, y
mienzame à quitar trapos de la cabeza
curar el garrotazo, y como me halla
vuelto en mi sentido, holgaronse muc
y dixeron: pues ha tornado en su acuer
placerá à Dios no será nada, y allí torna
de nuevo à contar mis cuytas, y à reir
y yo pecador à llorarlas. Con todo e
dieronme de comer, que estaba trans
de hambre, y apenas me pudieron rer
diar; y así de poco en poco à los qui
dias me levanté, y estuve sin peligro, i
no sin hambre, y medio sano. Luego e
dia, que fuí levantado, el Señor mi amo
tomó por la mano, y sacóme la puert
fuera; y puesto en la calle, dixome: La
ro, de hoy mas eres tuyo, y no mio, bu
amo, y vete con Dios que yo no quiero
mi compañia tan diligente servidor; no
posible, sino que hayas sido mozo de C
go; y santiguandose de mi, como si
estubiera endemoniado, se torna à me
en su casa, y cierra la puerta.

ASIEN

ASIENTO DE LAZARO con un Escudero.

De esta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco à poco, con ayuda de las buenas gentes, dí conmigo en esta insigne Ciudad de Toledo, adonde con la merced de Dios, dende à quince dias se me cerró la herida; y mientras estaba malo, siempre me daban alguna limosna; mas despues que estuve sano, todos me decian: Tú, bellaco, gallofero eres, busca, busca un amo à quien sirvas. ¿Y à donde se hallará ese, decia yo entre mí, si Dios ahora de nuevo (como crió el mundo) no le criase? Andando asi discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio, topóme Dios con un Escudero, que iba por la calle, con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás con orden; miróme, y yo à él, y dixome, muchacho buscas amo? Yo le dixe, si señor; pues vente trás mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo, alguna buena oracion rezaste hoy. Seguile, dando gracias à Dios por lo que le oí, y tambien, que me parecia, segun su habito, y continente, ser el que yo habia menester. Era de mañana quando este mi tercero

amo

amo topé, y llevóme tras sí gran part
la Ciudad. Pasamos por las Plazas d(
se vendia pan y otras provisiones; yo ;
saba, y aùn deseaba, que allí me que
cargar de lo que se vendia, porque
era propia hora quando se suele pro
de lo necesario, mas muy atendido
pasaba por estas cosas. Por ventura n
vé aquí à su contento, decia yo, y qu
que lo compremos en otro cabo. De
manera anduvimos hasta que dió las o
entonces se entró en la Iglesia mayor
yo trás él; y muy devotamente le ví
Misa y los otros Oficios Divinos, hasta
todo fué acabado, y la gente ida. Entó
salimos de la Iglesia, y à buen paso ten
comenzamos à ir por una calle abajo
iba ya el mas alegre del mundo, en vér
no nos habiamos ocupado en buscar de
mer; bien consideré, que debia ser h
bre mi nuevo amo, que se proveía
junto, y que ya la comida estaria à pu
y tal como yo la deseaba, y aun la h
menester. En este tiempo diò el Relo
una despues de medio dia, y llegam
una casa, ante la qual mi amo se pa:
yo con él, y derribando el cabo de la (
sobre el lado izquierdo, sacó una llav
la manga, y abrió su puerta, y entra

en casa, la qual tenia la entrada obscura, y lóbrega, de tal manera, que parecia que ponia temor á los que en ella entraban, aunque dentro de ella estaba un patio pequeño, y razonables camaras. Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenia las manos limpias, la sacudimos, y muy limpiamente, soplando un poyo que alli estaba, la puso en él; y hecho esto, sentóse cabe ó cerca de ella, preguntandome muy por extenso de dónde era, y cómo habia venido á aquella Ciudad. Yo le dí mas larga cuenta que quisiera, porque me parecia mas conveniente hora de mandar poner la mesa, y escudillar la holla, que de lo que me pedia; con todo eso yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes, y callando lo demás, porque me parecia no ser para en camara. Esto hecho, estuve asi un poco, y yo luego ví mala señal, por ser yá casi las dos, y no le vér mas aliento de comer que á un muerto. Despues de esto consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba, ni abajo pasos de viva persona por la casa, todo lo que habia visto eran paredes, sin vér en ella silleta ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arca como la de

marras; finalmente, ella parecia casa
cantada. Estando asi, dixome: Tú, m
has comido? No señor, dixe yo, que
no eran dadas las ocho quando con v.
encontré. Pues aunque de mañana, y
bia almorzado, dice, y quando asi
algo, hagote saber, que hasta la n
me estoy asi; por eso pasate como
dieres, que despues cenarémos. V. md.
quando esto le oí, que estuve en
de caer de mi estado no tanto de
bre, como por conocer de todo en
la fortuna serme adversa; alli se me
presentaron de nuevo mis fatigas, y
né á llorar mis trabajos: alli se me v
la memoria la consideracion que
quando me pensaba ir del Clerigo, d
do, que aunque aquel era desventu
y misero, por ventura toparia con
peor. Finalmente, allí lloré mi trab
vida pasada, y mi cercana muerte
dera, y con todo, disimulando lo
que pude, le dixe: Señor, mozo so
no me fatigo mucho por comer, be
Dios; de eso me podré yo alabar
todos mis iguales por de mejor garg
y asi fui yo loado de ella hasta hoy d
los amos que yo he tenido. Virtud es
dixo él, y por eso te querré yo mas,

que el hartarse es de los puercos, y el comer regaladamente es de los hombres de bien. Bien te he entendido, dixe entre mí, maldita sea tanta medicina y bondad como aquestos mis amos, que yo hallo, hallan en la hambre. Puseme á un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habian quedado de los de por Dios. El que vió esto, dixome: Vén acá mozo, que comes? Yo lleguéme á él, y mostréle el pan; tomóme él un pedazo de tres que eran, el mejor, y mas grande, y dixome: por mi vida, que me parece este buen pan. Y cómo ahora, dixe yo, señor, es bueno? Y á fee, dixo él: á dónde le hubiste? Si es amasado de manos limpias? No sé yo eso, le dixe, mas á mí no me pone asco el sabor de ello. Asi plega á Dios, dixo el pobre de mi amo, y llevandolo á la boca, comenzó á dár en él tan fieros bocados, como yo en el otro. Sabrosísimo pan está, dixo, por Dios. Y como le senti de qué pie coleaba, dime priesa, porque le ví en disposicion, si acababa antes que yo, se comediria á ayudarme á lo que me quedase, y con esto acabamos casi á una hora. Comenzó á sacudir con las manos unas pocas de migajas, y bien menudas, que en los pechos se le habian quedado, y entró

en una camareta, que alli estaba, y sacó
jarro desbocado, y no muy nuevo, y d
que hubo bebido, convidóme con él.
por hacer del continente, dixe: Señor,
bebo vino: agua es, me respondió, b
puedes beber. Entonces tomé el jarro, y
bí, no mucho, porque de sed no era mi c
goja. Asi estuvimos hasta la noche hab
do en las cosas que me preguntaba, á
quales yo le respondia lo mejor que su
En este tiempo metióme en la camara d
de estaba el jarro de que bebimos, y
xome: mozo pasate alli, y verás como
cemos esta cama, para que la sepas
çer de aquí adelante. Puseme de un ca
y él del otro, y hicimos la negra cama
la qual no habia mucho que hacer,
que ella tenia sobre unos bancos un
ñizo, sobre el qual estaba tendida la
pa encima de un negro colchon, que
no estár muy continuado á lavarse
parecia colchon, aunque servia de él,
harta ménos lana que era menester: a
tendimos, haciendo cuenta de abland
lo qual era imposible, porque de lo
ro, mal se puede hacer blando. El di
del enjalma maldita la cosa tenia de
de sí, que puesto sobre el cañizo, t
las cañas se señalaban, y parecian al

pio entrecuesto de flaquísimo puerco, y sobre aquel hambriento colchon un altamar del mismo jaéz, del qual el color yo no pude alcanzar. Hecha la cama, la noche venida, dixome: Lazaro yá es tarde, y de aqui á la plaza hay gran trecho; tambien en esta Ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capéán; pasemos como podamos, y mañana, viniendo el dia, Dios hará merced: porque yo, por estár solo, no estoy proveido: antes he comido estos dias por allá fuera, mas ahora hacerlo hemos de otra manera. Señor, de mí (dixe yo) ninguna pena tenga v. md. que bien sé pasar una noche, y aun mas, si es menester, sin comer. Vivirás mas sano, me respondió, porque, como deciamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho, como comer poco. Si por esta via es, dixe entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esta regla por fuerza; y aun espero en mi desdicha tenerla toda mi vida. Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubon, y mandóme echar á sus pies, lo qual yo hice; mas maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas, y mis sentidos huesos en toda la noche dejaron de rifar, y encen-

derse, que con mis trabajos, ma
hambre, pienso que en mi cuerpo
bia libra de carne. Y tambien, como
dia no habia comido casi nada, r
de hambre, la qual con el sueño
nia amistad; maldixeme mil veces
me lo perdone, y á mi ruin fortuna
lo mas de la noche, y lo peor, nc
dome revolver, por no despertarle
dia á Dios muchas veces la muerte. I
ñana venida, levantamonos, y co
á limpiar y sacudir sus calzas, y
sayo y capa, y yo que le servia
lillo, y visteseme muy á su placer
cio: echéle agua manos, peinóse,
su espada en el talabarte; y al tiem
la ponia, dixome: ¡O si supieses
qué pieza es esta! No hay marco
en el mundo, porque yo la diese
asi, ninguna de quantas Antonio
no acertó á ponerle los azeros tan
como ésta los tiene; y sacóla de la
y tentóla con los dedos diciendo
aqui, yo me obligo con ella cerc
copo de lana. Y yo dixe entre m
con mis dientes, aunque no son
ro, un pan de quatro libras. To
meter, y ciñósela, y un sartal de
gruesas del talabarte, y con un

segado, y el cuerpo derecho, haciendo con él, y con la cabeza muy gentiles menéos, echando el cabo de la capa sobre el hombro, y á veces sobre el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo: Lazaro, mira por la casa, en tanto que voy á Misa, y haz la cama, y vé por la vasija de agua al Rio, que aqui abajo está, y cierra la puerta con la llave, no nos hurten algo, y ponla aqui al quicio, porque si yo viniere en tanto, pueda entrar. Y subese por la calle arriba, con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera, pensára ser muy cercano pariente al Conde de Arcos, ó á lo menos Camarero que le daba de vestir. Bendito seais vos, Señor, quedé yo diciendo, que dais la enfermedad, y poneis el remedio. ¿Quién encontrará aquel mi señor, que no piense, segun el contento de sí lleva, haber anoche cenado, y dormido en buena cama, y aunque ahora es de mañana, no le cuenten por bien almorzado? Grandes secretos son, Señor, los que vos haceis, y las gentes ignoran. ¿A quién no engañará aquella buena disposicion, y razonable capa, y sayo? Y quién pensára, que aquel gentil-hombre se pasó ayer todo el dia con

aquel mendrugo de pan que su criado Lazaro trajo un dia y una noche en el arca de su seno, donde no se le podia pegar mucha limpieza, y hoy lavandose las manos y cara, á falta de paño de manos, se hacia servir del alda del sayo? Nadie por cierto lo sospechára. ¡O Señor, y quantos de aquestos debeis tener por el mundo derramados, que padecen por la negra, que llamaban honra, lo que por vos no sufririan! Asi estaba yo á la puerta mirando, y considerando estas cosas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Tornéme á entrar en casa, y en un credo la anduve toda alto, y bajo, sin hacer represa, ni hallar en qué. Hago la negra y dura cama, y tomo el jarro, y doy conmigo en el Rio, donde en una Huerta ví á mi amo en gran requesta con dos rebozadas mugeres, al parecer, de las que en aquel Lugar no hacen falta, antes muchas tienen por estilo de irse á las mañanicas del Verano á refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza, que no ha de faltar quien se lo dé, segun las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del Lugar. Y como digo, él estaba en ellas hecho un Mazías,

di-

diciendoles mas dulzuras, que Ovidio escribió. Pero como sintieron de él que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago. El, sintiendose tan frio de bolsa, quanto caliente del estomago, tomóle tal calor frio, que robó el calor del gesto, y comenzó à turbarse en la platica, y à poner escusas no validas. Ellas, que debian ser bien astutas, como le sintieron la enfermedad, dejaronle para el que era. Yo que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con las quales me desayuné, con mucha diligencia, como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné à casa, de la qual pensé barrer alguna parte, que bien era menester, mas no hallé con qué: puseme à pensar qué haria, y parecióme esperar à mi amo, hasta que el dia remediase y viniese, y por ventura traxese algo que comiesemos, mas en vano fué mi esperanza: desde que ví ser las dos, y que no venia, y que la hambre me aquejaba, cierro mi puerta, y pongo la llave donde mandó, y tórnome à mi menester, con baja y enferma voz, y inclinadas mis manos en los senos, y puesto Dios ante mis ojos, y la lengua en su nombre, comienzo à pedir Pan por

las

las puertas y casas mas grandes que me parecia; mas como yo este oficio lo hubiese mamado en la leche, quiero decir, con el gran maestro el Ciego lo aprendí, tan suficiente discipulo salí, que aunque este Pueblo no fuese muy abundante, tan buena maña me dí, que antes que el relox diese las quatro, yá yo tenia otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo, y mas de otras dos en las mangas, y senos. Volvíme á la posada, y al pasar por la triperia, pedí á una de aquellas mugeres, y dióme un pedazo de uña de baca, con otras pocas de tripas cocidas. Quando llegué á casa, yá el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa, puesta en el poyo, y él paseandose por el patio: como entré, vinose para mí, pensé que me queria reñir la tardanza, mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme de dónde venia. Yo le dixe: Señor, hasta que dieron las dos estuve aqui y de que ví, que V. md. no venia, fuime por esa Ciudad á encomendarme á las buenas gentes, y hanme dado esto que veis: mostréle el pan, y las tripas, que en un cabo de la alda traía, á lo qual él mostró buen semblante, y dixo: pues esperado te he á comer, y de qué ví que no veniste, comi.

Mas

Mas tú haces como hombre de bien en eso, que mas vale pedirlo por Dios, que no hurtarlo. Y asi él me ayude, como ello me parece bien, y solamente te encomiendo, no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra, aunque bien creo, que será secreto, segun lo poco que en este Pueblo soy conocido, nunca á él yo hubiera de venir. De eso pierda, señor, cuidado le dixe yo, que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esta cuenta, ni yo de darla. Ahora pues, como pecador, que si á Dios place, presto nos verémos sin necesidad, aunque te digo, que despues que en esta casa entré, nunca bien me ha ido; debe ser de mal suelo, que hay casas desdichadas, y de mal pie, que á los que viven en ellas pegan la desdicha: ésta debe de ser sin duda una de ellas, mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella, aunque me la dén por mia. Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por gloton, callé la merienda, y comienzo á cenar, y morder en mis tripas y pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partia sus ojos de mis aldas, que á aquella sazon servian de plato. Tanta lastima haya Dios de mí, como yo habia de él, porque

que sentí lo que sentia, y muchas v
habia por ello pasado y pasaba cada
Pensaba si sería bien comedirme à
vidarle; mas por me haber dicho que
bia comido, temiame no aceptaria el
bite. Finalmente, yo deseaba, que el p
dor ayudase à su trabajo del mio, y se
ayunase, como el dia antes hizo, pues l
mejor aparejo, por ser mejor la via
menos mi hambre. Quiso Dios cumpl
deseo, y aun pienso que el suyo, pe
como comenzê à comer, él se andab
seando, llegóse à mi, y dixome: Di
Lazaro que tienes en comer la mejor
cia, que en mi vida ví à hombre,
nadie te lo vé hacer, que no le p
gana, aunque no la tenga. La muy b
que tú tienes, dixe yo entre mí, t
ce parecer la mia hermosa. Con tod
recióme ayudarle, pues se ayudaba,
abria camino para ello, y dixele: S
el buen aparejo hace buen artifice
pan está sabrosísimo, y esta uña de
tan bien cocida y sazonada, que n
brá à quien no convide con su
Uña de baca es? Si señor. Digote
es el mejor bocado del mundo, y q
hay Faysán, que asi me sepa. Pues
be, señor, y verá qué tal está. Pc

en las uñas la otra, y tres ò quatro raciones de pan de lo mas blanco, asentóseme al lado, y comienza à comer, como aquel que lo habia gana, royendo cada huesecillo de aquellos, mejor que un galgo suyo lo hiciera. Con almodrote, decia, es este singular manjar. Con mejor salsa lo comes tú, respondí yo, paso. Por Dios, que me ha sabido, como si no hubiera hoy comido bocado. Asi me vengan los buenos años como es ello, dixe yo entre mi. Pidióme el jarro del agua, y diselo como lo habia traído, señal, que pues no le faltaba el agua, que no le habia sobrado à mi amo la comida. Bebimos, y muy contentos nos fuimos à dormir como la noche pasada; y por evitar prolixidad, de esta manera estuvimos ocho ò diez dias, yendose el pecador à la mañana con aquel continente, y paso contado à papar ayre por las calles, teniendo en el pobre Lazaro una cabeza de lobo. Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que habia tenido, y buscando mejoría, viniese à topar con quien no solo no me mantuviese, mas à quien yo habia de mantener. Con todo lo queria bien, con vér que no tenia, ni podia mas, y antes le habia lastima, que enemis-

pomistad, y muchas veces por llevar á la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal; porque una mañana, levantandose el triste en camisa, subió á lo alto de la casa á hacer sus menesteres, y en tanto yo por salir de sospecha, desenvolví el jubon, y las calzas, que á la cabecera dexó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecha con cien dobleces, y sin maldita la blanca, ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo. Este, decia yo, es pobre, y nadie dá lo que no tiene; mas el avariento Ciego, y el mal aventurado mezquino Clerigo, que con darselo Dios á ambos, al uno de mano besada, y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre; aquellos es justo desamar, y aqueste es de haber mancilla. Dios es testigo, que hoy dia quando topo con alguno de su habito con aquel paso y pompa le he lástima, con pensar si padecè lo que á aquel le ví sufrir, al qual con toda su pobreza holgaria de servir, mas que á los otros por lo que he dicho. Solo tenia de él un poco de descontento, que quisiera yo que no tuviera tanta presuncion, mas que bajára un poco su fantasía con lo mucho que subia su necesidad: mas segun me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada, aunque no haya cor-

cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar. El Señor lo remedie, que yá con este mal han de morir. Pues estando yo en tal estado, pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada, y vergonzosa vivienda no durase. Y fue, como el año en esta tierra fuese esteril de pan, acordaron en Ayuntamiento, que todos los pobres extrangeros se fuesen de la Ciudad, con pregon, que el que de alli adelante topasen, fuese punido con azotes. Y asi, executando la ley desde á quatro dias, que el pregon se dió, ví llevar una procesion de pobres azotando por las Quatro Calles, lo qual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme á demandar. Aqui viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa, y la tristeza y silencio de los moradores de ella, tanto, que nos acaeció estár dos, ó tres dias sin comer bocado, ni hablar palabra. A mí dieronme la vida unas mugercillas hilanderas de algodon, que hacian bonetes, y vivian par de nosotros, con las quales yo tuve vecindad y conocimiento, que de la laceria que les traían, me daban alguna cosilla, con la qual muy pasado me pasaba, y yo no tenia tanta lastima de mí

co-

como de mi amo, que en och
dito el bocado que comió, á lo
casa bien lo estuvimos sin co
yo cómo, ó dónde andaba, y
y verle venir á medio dia la call
estirado cuerpo, mas largo, q
buena casta, y por lo que toca
gra, que decian honra, tomab
de las que aun asaz no habia
saliase á la puerta, escarvando
da entre sí tenian, quejandose
aquel mal solar, diciendo: m
vér que la desdicha de esta
hace, como vés, es lobrega, tr
ra, mientras aqui estuvieremo
padecer; ya deseo se acabe es
salir de ella. Pues estando en e
y hambrienta persecucion, un
por qual dicha, ó ventura, en e
der de mí amo entró un real,
vino á casa tan ufano, como s
tesoro de Venecia, y con ros
gre, y risueño me lo dió, dici
Lazaro, que yá Dios vá abrie
no, vé á la plaza, y merca p
carne, quebremos el ojo al di
tè hago saber, porque te hu
he alquilado otra casa, y en e
da no hemos de estár mas

pliendo el mes, maldita sea ella, y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré. Por nuestro Señor, quanto ha que en ella vivo, gota de vino, ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso ninguno; mas tal vista tiene, y tal obscuridad y tristeza; vé, y ven presto, y comamos hoy como Condes. Tomo mi real y el jarro, y à los pies dando priesa, comienzo à subir mi calle, encaminando mis pasos para la Plaza muy contento y alegre. Mas que me aprovecha, si está constituido en mi triste fortuna, que ningun gozo me venga sin zozobra! Y asi fué este, porque, yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que emplearia mi real, que fuese mejor, y mas provechosamente gastado, dando infinitas gracias à Dios, que à mi amo habia hecho con dinero à deshora, me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos Clerigos y gente en unas andas traían: arriméme à la pared por darles lugar, y desque el cuerpo pasó, venia luego par del lecho una, que debia ser muger del difunto, cargada de luto, y con ella otras muchas mugeres, la qual iba llorando à grandes voces, y diciendo: Marido y señor mio, à donde os llevan? ¿A la casa triste y desdi-

chada? ¿A la casa lóbrega y ob:
casa donde nunca comen ni bebe
aquello oí, juntóseme el Cielo c
y dixe: O desdichado de mí, p
llevan este muerto; dexo el cam
vaba, y hendí por medio de la ge
vó por la calle abajo à todo el ma
pude para mi casa, y entrando en
à grande priesa, invocando el au
de mi amo, abrazandome de él, q
ga à ayudar y defender la entra
algo alterado, pensando que fues
me dixo: qué es eso mozo? Qué
Qué has? Por qué cierras la pue
furia? O señor, dixe yo, acuda aq
traen acá un muerto. Cómo asi
él? Aqui arriba le encontré, y
ciendo su muger: Marido y se
dónde os llevan? A la casa lóbr
cura? A la casa triste y desdich
casa donde nunca comen, ni b
señor, nos le traen. Y ciertame
do mi amo esto oyó, aunqu
por qué estár muy risueño, rió
muy gran rato estuvo sin poder
este tiempo tenia ya yo echada
à la puerta, y puesto el homb
por mas defensa. Pasó la gen
muerto, y yo todavia me recela

le habian de meter en casa; y desque fué ya mas harto de reir, que de comer el bueno de mi amo, dixome: verdad es, Lazaro, segun la viuda lo vá diciendo, tú tubiste razon en pensar lo que pensaste; mas pues Dios lo ha hecho mejor, y pasan adelante, abre, abre, y vé por de comer. Dexelos, señor, acaben de pasar la calle, dixe yo. Al fin, vino mi amo à la puerta de la calle, y abrela, esforzandome, que bien era menester, segun el miedo y alteracion, y tornóme à encaminar. Mas aunque comímos bien aquel dia, maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres dias torné en mi color, y mi amo muy risueño todas las veces que se le acordaba aquella mi consideracion. De esta manera estuve con mi tercero, y pobre amo, que fué este Escudero, algunos dias, y en todos deseando saber la intencion de su venida y estada en esta tierra, porque desde el primer dia, que con él asenté, le conocí ser Extrangero, por el poco conocimiento, y trato que con los naturales de ella tenia. Al fin se cumplió mi deseo, y supe lo que deseaba, porque un dia, que habiamos comido razonablemente, y estaba algo contento, me contó su hacienda, y dixome ser de Castilla la vieja, y que

habia dexado su tierra, no mas
quitar el bonete à un Caballero
Señor ; dixe yo , si él era lo qu
tenia mas que vos , no errabad
tarselo primero , pues decís que
os lo quitaba. Si es, y si tiene,
me lo quitaba él à mi , mas de q
ces yo se lo quitaba primero , no
lo comedirse él alguna , y ganar
mano. Pareceme , señor le dixe
en eso no mirára , mayorment
mayores que yo , y que tienen
muchacho , me respondió, y no
cosas de la honra , en que el dia
tá todo el caudal de los hombre
pues hagote saber, que yo soy (
un Escudero ; mas votote à Dios
de topo en la calle , y no me c
bien quitado del todo el bonete
vez que venga ; me sepa yo ent
casa , fingiendo yo en ella algun
atravesar otra calle , si la hay ,
llegue à mi , por no quitarselo, c
dalgo , no debe à otro , que à I
Rey nada , ni es justo , siendo
bien , se descuide un punto de ten
cho su persona. Acuérdome ; q
deshonré en mi tierra à un oficia
poner en él las manos , porque

que me topaba, me decia: Mantenga Dios à V. md. Vos don villano ruin, le dixe yo, por qué no soys bien criado? Mantengaos Dios me habeis de decir, como si fuese quien quiera. De alli adelante, de aqui acullá me quitaba el bonete, y hablaba como debia. Y no es buena manera de saludar un hombre à otro, dixe yo, decirle que le mantenga Dios? Mira, mucho de enhoramala, dixo él; à los hombres de poco arte dicen eso, mas à los mas altos como yo, no les han de hablar menos de; beso las manos de V. md. ò por lo menos: besoos, señor, las manos; si el que me habla es Caballero. Y asi, aquel de mi tierra, que me atestaba de mantenimiento, nunca mas le quise sufrir, ni sufriria, ni sufriré à hombre del mundo, del Rey abajo, que mantengaos Dios me diga. Pecador de mi, dixe yo, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue. Mayormente, dixo, que no soy tan pobre, que no tengo en mi tierra un solar de casas, que à estár ellas en pié bien labradas, diez y seis leguas de donde nací en aquella costanilla de Valladolid, valdrian mas de doscientos mil maravedís, segun se podrian hacer grandes y buenas; y tengo un palomar, que à no estár derri-

bado como está, daria cada añ
doscientos palominos, y otras cos
callo, que dexé por lo que toca
honra, y vine à esta Ciudad, pens
hallaria un buen asiento, mas n
sucedido como pensé. Canonigos
res de la Iglesia muchos hallo; m
te tan limitada, que no los sac
paso todo el mundo. Caballeros
talla tambien me ruegan, mas se
tos es gran trabajo, porque de h
habeis de convertir en malilla, y
dad con Dios, os dicen, y las n
son los pagamentos à largos plaz
mas ciertas, comido por servido,
do quieren formar conciencia, y
ros vuestros sudores, sois librad
cámara, en un sudado jubon, ò r
ò sayo. Ya quando asienta un ho
un señor de titulo, todavia pasa s
pues por ventura, no hay en mi
para servir, y contentar à estos.
si con él topase, muy gran su priv
so que fuese, y que mil servicios
porque sabria mentirle tan bi
otro, y agradarle à las mil mar
reirian mucho sus donayres, y co
aunque no fuesen las mejores de
nunca decirle cosa con que le pes

que mucho le cumpliese ser muy diligente en su persona, en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas, que él no habia de vér, y ponerme à reñir donde él lo oyese con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que à él tocaba: si riñese con algun su criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira, y que pareciesen en favor del culpado: decirle bien de lo que bien le estubiese; y por lo contrario, ser malicioso, mofador, malsinar à los de casa, y à los de fuera: pesquisar y procurar de saber vidas agenas para contarselas, y otras muchas galas de esta calidad, de que yo usaria; mas no quiere mi ventura que halle con quien lo pueda hacer. De esta manera lamentaba tambien su adversa fortuna mi amo, dandome relacion de su persona valerosa. Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre, y una vieja: el hombre le pide el alquiler de la casa, y la vieja el de la cama: hacen cuenta, y de dos meses le alcanzaron, lo que él en un año no alcanzára, pienso que fueron doce, ò trece reales; y él les dió muy buena respuesta, que saldria à la Plaza à trocar una pieza de à dos, y que à la tarde volviesen, mas su salida fué sin vuelta. Por manera, que à la tarde ellos vol-

vie-

vieron, mas fué tarde; yo les
aun no era venido. Venida la n
no, yo hube miedo de quedar e
y fuíme à las vecinas, y contélas
allí dormí. Venida la mañana, l
res vuelven: y preguntan por
mas à esotra puerta. Las muge
den: Veis aqui su mozo, y la
puerta. Ellos me preguntaron po
xeles, que no sabia adonde esta
tampoco habia vuelto à casa des
lió à trocar la pieza, y que pe
de mi, y de ellos se habia ido c
que. De que esto me oyeron, v
Alguacil y un Escribano, y he
vuelven luego con ellos, y toma
y llamanme, y llaman testigos,
puerta, y entran à embargar la
de mi amo hasta ser pagados
da. Anduvieron toda la casa, y
desembarazada, como he contad
me: ¿Qué es de la hacienda de tu
arcas y paños de pared, y alhaj
No sé yo eso, les respondí. Sin
cen ellos, esta noche lo deben de l
do, y llevado à alguna parte:
guacil prended à este mozo, q
donde está esto. En esto vino e
y echóme mano por el collar del j

ciendo: Muchacho, tú eres preso si no descubres los bienes de este tu amo: Yo como en otra tal no me hubiese visto, porque asido del collar habia sido muchas veces, mas era mansamente de él trabado, para que mostrase el camino al que no veia, yo hube mucho miedo, y llorando prometí de decir lo que me preguntaban. Bien está, dicen ellos, pues di lo que sabes, y no hayas temor. Sentóse el Escribano en un poyo, para escribir el inventario, preguntandome, qué tenia? Señores, dixe yo, lo que este mi amo tiene, segun él me dixo, es un muy buen solar de casas, y un palomar derribado. Bien está, dicen ellos, por poco que eso valga, hay para nos entregar de la deuda. ¿Y á qué parte de la Ciudad tiene eso, me preguntaron? En su tierra, les respondí yo. Por Dios, que está bueno el negocio, dixeron ellos. ¿Y á donde es su tierra? De Castilla la Vieja, me dixo él que era, les dixe. Rieronse mucho el Alguacil, y el Escribano, diciendo: bastante relacion es esta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese. Las vecinas que estaban presentes dixeron: Señores, este es un niño inocente, y ha pocos dias que está con este Escudero, y no sabe de él mas que vuesas mercedes, sino quanto el pecadorcillo

se llega aqui à nuestra casa, y le da de comer lo que podemos, por amo Dios, y à las noches se iba à dormir co Vista mi inocencia, dexaronme, dan me por libre. Y el Alguacil y Escr no piden al hombre y à la muger sus rechos, sobre lo qual tubieron gran tienda y ruido, porque ellos alega no ser obligados à pagar, pues no h de qué, ni se hacia el embargo. Los o decian, que habian dexado de ir à otro gocio que les importaba mas por veni aquel. Finalmente, despues de dadas chas voces, al cabo carga un porque con el viejo alfamar de la vieja, y ván todos cinco dando voces, no sé en paró. Así como he contado, me dexó pobre tercero amo, donde acabé de co cer mi ruin dicha, pues señalandose lo que podia contra mí, hacia mis n cios tan al revés, que los amos que len ser dexados de los mozos, en mí fuese asi mas que mi amo me dexase huyese de mí.

LAZARO ASIENTA CON UN Capellan y un Alguacil, y despues toma manera de vivir.

Despues de esto asenté con un Maestro de pintar panderos, para moler los colores, y tambien sufrí mil males. Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un dia en la Iglesia mayor, un Capellan de ella me recibió por suyo, y púseme en poder un buen asno, y quatro cantaros y un azote, y comencé à echar agua por la Ciudad. Este fué el primer escalon que yo subí para venir à alcanzar buena vida: daba cada dia à mi amo treinta maravedís ganados, y los Sabados ganaba para mí, y todo lo demás, entre semana, de los treinta maravedís. Fueme tan bien el Oficio, que al cabo de quatro años que lo usé, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la qual compré un jubon de fustán viejo, y un sayo raído de manga trenzada y puerta, y una capa, que habia sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuellar. Desque me ví en habito de hombre de bien, dixe à mi amo, que se tomase su asno, que no queria mas seguir aquel Oficio.

Des-

Despedido del Capellan, asenté
Alguacil ; mas muy poco viví con
parecerme oficio peligroso : mayor
que una noche nos corrieron à pe
y à palos unos retraídos, y à mi an
esperó, trataron mal, mas à mí no
canzaron , con esto renegué del tr
pensando en qué modo de vivir h
asiento, por ganar algo para la vej
Dios alumbrarme , y ponerme en
y manera provechosa, y con favor
de amigos y señores , todos mis
y fatigas , hasta entonces pasado
pagados con alcanzar lo que proc
fué un Oficio Real , en el qual el d
yo vivo, y es , que tengo cargo
nar los vinos que en esta Ciudad
den , y en almonedas , y cosas
acompañar los que padecen pers
por Justicia, y declarar à voces s
Pregonero , hablando en buen
Hame sucedido tan bien, que cas
cosas, al oficio tocantes, pasan p
no , tanto , que en toda la Ciu
ha de echar vino à vender , ò a
zaro de Tormes no entiende en
cuenta de no sacar provecho. E
po, viendo mi habilidad , y bu
niendo noticia de mi persona

cipreste de San Salvador, mi señor, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya; y visto por mí, que de tal persona no podia venir sino bien, y favor, acordé de lo hacer, y asi me casé con ella, y hasta ahora no estoy arrepentido, porque allende de ser buena hija, y diligente servicial, tengo en mi señor Arcipreste todo favór y ayuda; y siempre en el año le dá en veces al pié de una carga de trigo; por las Pasquas su carne, y quando el par de los bodígos, las calzas viejas que dexa; y hizonos alquilar una casilla par de la suya; los Domingos y fiestas casi todas las comiamos en su casa; mas malas lenguas, que nunca faltaron, no nos dexan vivir, diciendo, nó sé qué, y si se qué, porque vén à mi muger irle à hacer la cama, y guisarle de comer, y mejor les ayude Dios, que ellos dicen la verdad, porque allende de no ser ella muger, que se pague de estas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá, que él me habló un dia muy largo delante de ella, y me dixo: Lazaro de Tormes, quien mirare à dichos de malas lenguas, nunca medrará; digo esto, porque no me maravillaria que alguno murmurase, viendo entrar en mi casa à tu muger; ella entra muy à tu honra y suya,

ya, y esto te lo prometo. Por tant
mires à lo que pueden decir, sino à
te toca, digo à tu provecho. Señor, le
yo determiné de arrimarme à los bu
verdad es, que algunos de mis amig
han dicho algo de eso, y aun por m
tres veces me han certificado, que
que conmigo casase, habia parido tr
ces, hablando con reverencia de V.
por estár ella delante. Entonces mi
echó juramentos sobre sì, que yo pe
casa se hundiera con nosotros, y de
tomóse à llorar, y echar mil maldi
sobre quien conmigo la habia casad
tal manera, que quisiera ser muerto
que se me hubiera soltado aquella p
de la boca; mas yo de un cabo, y mi
de otro, tanto la diximos, que cesó su
to, con juramento que la hice de
mas en mi vida mentarla nada de aq
y que yo holgaba, y habia por bien d
ella entrase y saliese de noche y de
pues estaba bien seguro de su bonda
asi quedamos todos tres bien confo
hasta el dia de hoy nunca nadie nos
sobre el caso: antes quando alguno
que me quiere decir algo de ella, le
y le digo; mirad si sois mi amigo, n
digais cosa con que me pese, que n

go por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi muger, que es la cosa del mundo que yo mas quiero, y la amo mas que à mi, y me hace Dios con ella mil mercedes, y mas bien que yo merezco, que yo juraré, que es tan buena muger, como vive dentro de las puertas de Toledo; y quien otra cosa me dixere, yo me mataré con él. De esta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa. Esto fue el mismo año que nuestro victorioso Emperador, en esta insigne Ciudad de Toledo entró, y tuvo en ella Cortes, y se hicieron grandes regocijos, y fiestas, como V. md. habrá oído. Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad, y en la cumbre de toda buena fortuna.

FIN.

